Col. 522
Top. 201.551

SUR

Revista Semestral

PRIMERA ANTOLOGIA POETICA

332
333

ENERO-DICIEMBRE 1973

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
ARGENTINA

SUR

FUNDADA EN 1931

DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración

VIAMONTE 494, 8º piso

T. E. 32-5148 - 31-3220

Número doble a cargo de

ENRIQUE PEZZONI
Jefe de Redacción

COMITE DE COLABORACION

MILDRED ADAMS
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
ROGER CAILLOIS
ALBERTO GIRRI
EDUARDO GONZALEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI
SILVINA OCAMPO
ERNESTO SABATO
MARIA ROSA OLIVER
ENRIQUE PEZZONI

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número semestrales ..... $ 20,—

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina y países limítrofes:		Otros países	
Anual	$ 30,—	Anual	u$s. 14,—
Número simple:	$ 20,—	Número simple:	u$s. 7,—

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor
Precio
Fecha - 7 OCT 1998

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522

Top. 201.551

S1CJ.15.1.2 42

H0008119

Esso

es servicio

Novedades

PRIMER SEMESTRE 1973

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

Ciro Alegría: LAZARO, 216 págs.
Raymond Queneau: EL RAPTO DE ICARO, 226 págs.
Jorge Amado: CACAO - SUDOR, 270 págs.
Jorge Amado: CAPITANES DE LA ARENA, 288 págs.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Manuel Ruano: SEGUN LAS REGLAS, 88 págs.
Jorge Enrique Ramponi: LOS LIMITES Y EL CAOS, 200 págs.
Sara Vial: EN LA ORILLA DEL VUELO, 104 págs.
Sara de Ibáñez: CANTO POSTUMO, LXIV + 216 págs.

PRISMA

Christiane Rochefort: ES EXTRAÑO ESCRIBIR, 120 págs.
Enrique Molina: UNA SOMBRA DONDE SUEÑA CAMILA O'GORMAN, 320 págs.

CRISTAL DEL TIEMPO

Jean-Paul Sartre: ALREDEDOR DEL 68, 364 págs.
Jean-Paul Sartre: EL ESCRITOR Y SU LENGUAJE, 276 págs.

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Beatriz de Nóbile: EL ACTO EXPERIMENTAL, 176 págs.
César Fernández Moreno: ¿POETIZAR O POLITIZAR?, 260 págs.

LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA

Luis Alberto Sánchez: BREVE HISTORIA DE AMERICA, 556 págs.

BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORANEA

Gabriel Celaya: DIRECCION PROHIBIDA (T. 390), 144 págs.
José María Arguedas: EL ZORRO DE ARRIBA Y EL ZORRO DE ABAJO (T. 391) 290 págs.
Alberto Camus: EL MITO DE SISIFO (T. 392) 156 págs.

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 **BUENOS AIRES**
MONTEVIDEO **SANTIAGO DE CHILE** **LIMA** **BOGOTA**



Sagazola sa

Industrial, Comercial, Inmobiliaria y Financiera

Av. del Libertador 7112 - Buenos Aires - REPUBLICA ARGENTINA
Cables: Sagazola - Baires - Telex 012-1004 - T. E. 70-8577/8769/6443/3785

SURVEY

A JOURNAL OF EAST & WEST STUDIES

PUBLISHED BY OXFORD UNIVERSITY PRESS

Ilford House
133 Oxford Street

tel: 01-734 0592
London, W1R 1TD

ULTIMOS EXITOS DE LA

EDITORIAL SUDAMERICANA

Lawrence Durrell: LA PAPISA JUANA

¿El papa Juan VIII fue una mujer inglesa que dio a luz a un hijo después de reinar sobre la cristiandad durante dos años, nueve meses y cuatro días en el siglo IX? Una obra maestra de ingenio e irreverencia, adaptada y recreada del original griego de Emmanuel Royidis por LAWRENCE DURRELL. Colección Horizonte

$ 25,— dólares 2,50

R. L. Laing: NUDOS

El famoso y revolucionario psicólogo R. D. Laing pone al descubierto las tortuosidades que se ocultan en las relaciones humanas. Intrincados diseños donde se revelan la agresión, el egoísmo, el miedo.

$ 26,— dólares 2,60

John Berger: G

La novela que obtuvo el Booker Prize, la distinción inglesa más importante para la literatura de creación. Una obra que plantea problemas sociales, morales y estéticos de importancia fundamental.

Colección Horizonte $ 48,— dólares 4,80

Una gran novela publicada por la Editorial SUR y distribuido por la Editorial SUDAMERICANA

Graham Greene: EL CONSUL HONORARIO

un conflicto desgarrador magistralmente enfocado por Graham Greene: Un ex sacerdote y un médico ante el dilema de ajusticiar a un secuestrado durante la lucha política.

$ 36,— dólares 3,60

EDITORIAL SUDAMERICANA S. A.
HUMBERTO Iª, 545 BUENOS AIRES
ARGENTINA

EDITORIAL COLUMBA

Presenta los últimos títulos publicados

EN LA COLECCION BIRREME:

1. MARIA CELINA GRIFFERO: **"Medea" de Eurípides**
   $ 9,50 (u$s. 1,50)
2. JOSE A. N. RASQUIN: **"El soldado fanfarrón" de Plauto**
   $ 9,50 (u$s. 1,50)
3. DORA SCARAMELLA: **"Las nubes" de Aristófanes**
   $ 9,50 (u$s. 1,50)
4. JOSE M. DEL COL: **"Los hermanos" de Terancio**
   $ 14,— (u$s. 1,50)

EN LA COLECCION NUEVOS ESQUEMAS:

28. FEDERICO PELTZER: **El amor creación en la novela**
    $ 7,— (u$s. 2,—)
29. ENRIQUE LUIS REVOL: **Literatura inglesa del siglo XX**
    $ 40,— (u$s. 6,—)

EDITORIAL COLUMBA

ADQUIERALOS EN LAS BUENAS LIBRERIAS
SOLICITENOS CATALOGOS COMPLETOS

EDITORIAL COLUMBA

Dpto. de ventas: **VIRREY CEVALLOS 1364**
T.E.: 26-1339. Buenos Aires

Los libros que SUR comenta en su Sección Bibliográfica los encontrará usted en ATLANTIDA, una librería distinta. Siempre con las últimas novedades.

FLORIDA 643
T. E. 31-4284
BUENOS AIRES



EL PRINCIPE MANCO o
LA REINA DE PALO o
EL INSOMNIO DE GONGORA o
LA TRANSMUTACION DE VELAZQUEZ
o PEDRO PABLO PONT VERGES

por JOSE VIÑALS

El material literario, polémico y caliente, se estructura en torno a la obra de uno de los más extraños y significativos artistas argentinos, el pintor Pedro Pablo Pont Vergés, cuya trayectoria el escritor analiza y devela paso a paso, proponiéndola como arquetípica de una búsqueda obstinada de la interioridad personal, como vía del conocimiento del ser, como posibilidad de toma de conciencia individual y colectiva.

Analiza Viñals la buena y la mala conciencia de los artistas; denuncia la falaz sinonimia que ha hecho de la *opinión* un equivalente ambiguo de la *conciencia* individual y colectiva y señala los contenidos represivos y contraculturales implícitos en ciertas políticas que, con peligrosa y eficaz asiduidad, definen al arte y a la cultura como "cuarta o quinta prioridad".

Es, más que un ensayo ponderado y erudito, una visión *interna* del arte y de la labor del artista.

TORRES AGÜERO Editor
Rondeau 3278 - T. E. 91-4709



MONOSILABOS

por NEMER IBN EL BARUD

Literariamente se trata de una obra excepcional en la que el autor se expresa como en un coloquio íntimo a través de cincuenta y cinco pensamientos. Con síntesis ejemplar, claridad y hondo contenido, el autor abarca diversos temas que podríamos nominar de éxtasis y meditación. El amor, la vida, la relación Hombre-Dios, todo está expresado en breves versículos. No busca explicaciones ni las da, no hay definiciones filosóficas; Barud se expresa, simplemente, como el hombre que medita en voz alta.

Texto bilingüe árabe castellano, impresión a colores, encuadernación fina.



¿Otra edición de "El Quijote"?

sí *Pero ésta que le ofrecemos hoy es la edición anotada por el erudito hispanista y cervantólogo*

Martín de Riquer

quien expurgó el texto sobre la base de los facsímiles publicados en 1917 por la Real Academia Española de las ediciones de "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha" de 1605 (primera parte) y 1615 (segunda parte).



Publicada en nuestra prestigiosa Biblioteca GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL (G.O.L.U.), contiene además

- **Un estudio preliminar crítico a cargo de Celina Sabor de Cortazar.**
- **Un resumen cronológico de la vida y la obra del autor.**
- **Noticia sobre Martín de Riquer.**
- **Noticia sobre Celina Sabor de Cortazar.**

Estamos, pues, en presencia de una edición completa, fiel, anotada y comentada, de 1.168 páginas en dos tomos tamaño 16 x 11,5 cm, cuyo precio es solamente de 32,00 $.

Editorial
KAPELUSZ
Corrientes 999 **Buenos Aires**

ULTIMOS TITULOS DE

EDITORIAL SUR S.A.

GRAHAM y HUGH GREENE: **El libro de cabecera del espía**

Una insólita antología ordenada y comentada por dos notables especialistas.

GRAHAM GREENE: **Ensayos**

Las apasionadas relaciones de Greene con libros, paisajes y seres humanos.

GRAHAM GREENE: **El cónsul honorario**

La última novela del gran novelista inglés plantea un tema candente: el secuestro y la ejecución de un hombre como recurso para la lucha contra la opresión, la injusticia social y la violencia institucionalizada.

JEAN-PAUL SARTRE: **El existencialismo es un humanismo**

La clave de la obra sartreana: en un debate ya clásico, el escritor francés responde a las objeciones que determinados sectores de la opinión formularon respecto a su actitud filosófica. Una obra de interés permanente para el hombre interesado en los problemas del mundo actual.

FRIEDRICH KAMBARTEL: **Experiencia y estructura**

La fundamentación de la matemática en relación con el discurso estructural. Col. Estudios Alemanes.

JUDITH JANOSKA-BENDL: **Max Weber y la sociología de la historia**

El "tipo ideal" de Weber en la contraposición espíritu-letra. Col. Estudios Alemanes.

HANS FREYER: **Teoría del espíritu objetivo**

Un libro fundamental para estudiar las objetivaciones con que el ser espiritual se manifiesta en categorías tales como la vida política y la conducta social. Col. Estudios Alemanes.

WILHELM HENNIS: **Política y filosofía práctica**

Un libro especialmente dirigido a la problemática actual de la ciencia política, orientado a recordar que la vida política se realiza sobre todo en el obrar, en la praxis. Col. Estudios Alemanes.

LOS ULTIMOS LIBROS DE

SIGLO XXI

PAULO FREIRE: **¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural**

ROLAND BARTHES: **El grado cero de la escritura y otros ensayos críticos**

LISA BLOCK DE BEHAR: **El lenguaje de la publicidad**

CESAR FERNANDEZ MORENO (comp.) **América Latina en la literatura**

LE CHAU: **Del feudalismo al socialismo: la ecanomía de Vietnam del norte**

PANAIA - LESSER - SKUPCH: **Estudios sobre los orígenes del peronismo, 2**

JOSE BIANCO: **La Pérdida del reino - Las ratas - Sombra suele vestir**

SOLICITE CATALOGOS E INFORMACION PERIODICA

CORDOBA 2064 **Tel.: 46-9059 - 45-7609**

DIOGENES

Revista Trimestral - Publicada bajo los auspicios del

CONSEJO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA Y

CIENCIAS HUMANAS y con el concurso de la UNESCO

Distribuidor exclusivo:

EDITORIAL SUDAMERICANA

HUMBERTO Iº 545 **BUENOS AIRES**

UNA SELECCION VIGENTE, ACTUAL, DE PARTE DE LA MEJOR PRODUCCION CUENTISTICA QUE SE HA ESCRITO EN EL PLANETA

Revista SUR, número doble (330-331) de 1972

ANTOLOGIA DE CUENTOS

"El primero de los trabajos presentados [...] pertenece al novelista y cuentista brasileño Jorge Amado. Es del número 96 de SUR, del mes de septiembre de 1942 [...] En cuanto al último, es de 1968 (números 308-10), y pertenece a Gisela Elsner (**El ejemplo**, traducción de Nélida Mendilaharzu de Machain). En el lapso que va entre uno y otro caben las admirables piezas elegidas. Ninguna de ellas, si bien se mira y atiende a sus temas o intenciones, desmerece entre las piezas de la **Antología**. Es ésta la primera indudable condición de la muestra que, por otra parte, responde al carácter de selección que tuvo y mantiene la revista fundada y dirigida por Victoria Ocampo, ya en sus largos y fecundos cuarenta años de vida. El lector podrá encontrar la mayor variedad de relatos; nunca quedará defraudado. ¿Que esto se debe también a los autores incluidos? Sí, desde luego... si se le suma el equilibrado criterio para elegir [...] Si a ello se agregan impecables traducciones, aquel adjetivo de admirable se convertirá en epíteto al hablar de este antológico número de SUR, que no es una mera revisión nostálgica del pasado sino una selección vigente, actual, de parte de la mejor producción cuentística que se ha escrito en el planeta. Y que resulta del privilegio de haber sabido difundir, por encima de políticas e intereses, la mejor literatura, mérito que no podrá serle disputado —ni retaceado por los rencorosos— a la célebre revista que desempeñó entre nosotros un papel admirable en la zona más viva y fértil del siglo." (**La Nación**, domingo 8 de abril de 1973.)

En todas las librerías y en Revista SUR, Viamonte 494, 8º piso. Teléfonos: 32-5148 y 31-3220, Buenos Aires

PUBLICACIONES "RICORDI"

Alvin: Música para el niño disminuido
Barbacci: Educación de la memoria musical
García Acevedo: Didáctica musical
Jaimes Freire: Mi buen amigo el folklore
Mansion: El estudio del canto
Martínez: El sentido humano en la obra de Puccini
Ramón y Rivera: Música indígena popular y folklórica de Venezuela
Schweitzer: J. S. Bach. El músico poeta
Tacchinardi: Rítmica musical
Talamon: Historia de la música, del siglo XVIII a nuestros días
Vega: El origen de las danzas folklóricas

recientemente publicado:

LA NOTACION DE LA MUSICA CONTEMPORANEA

por Ana María Locatelli de Pergamo

en venta en nuestros salones:

FLORIDA 677, Tel.: 392-4366 - SARMIENTO 1771, Tel.: 40-8877
CANGALLO 1560, Tel.: 40-9841 - BUENOS AIRES

y en todas las buenas casas de música del país

NOVEDADES EDITORIAL SUR

GRAHAM y HUGH GREENE: **El Libro de Cabecera del Espía**

GRAHAM GREENE: **Ensayos**

GRAHAM GREENE: **El Cónsulo Honorario**

JEAN-PAUL SARTRE: **El existencialismo es un humanismo**

FRIEDRICH KAMBARTEL: **Experiencia y estructura** (Col. Estudios Alemanes)

JUDITH JANOSKA-BENDL: **Max Weber y la sociología de la historia** (Col. Estudios Alemanes)

HANS FREYER: **Teoría del espíritu objetivo** (Col. Estudios Alemanes)

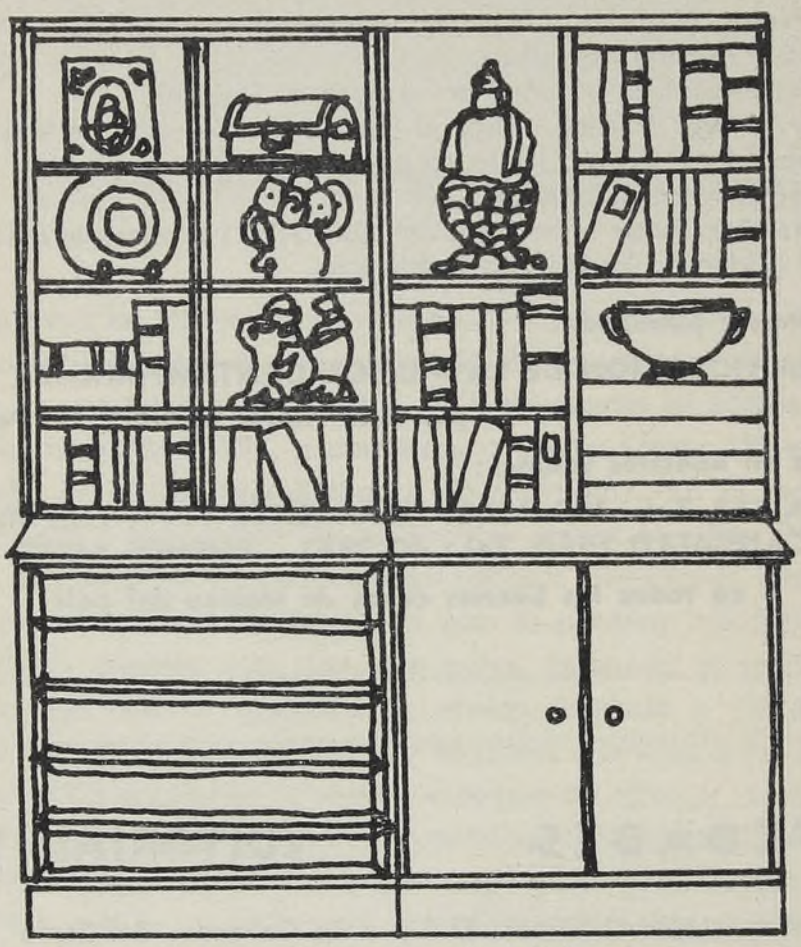
WILHELM HENNIS: **Política y filosofía práctica** (Col. Estudios Alemanes)

BERND NEUMANN: **La identidad personal** (Col. Estudios Alemanes)

HEINRICH SCHOLZ: **Qué es filosofía** (Col. Estudios Alemanes)

LUNDIACITA

BIBLIOTECAS



Dan a sus libros el sitio que se merecen. Modelos adecuados a su espacio y necesidad.Permiten adicionar nuevos cuerpos.

CITA S. A. Avda. R. S. Peña esq. Cerrito - TEL. 35-9446 Av. Montes de Oca 2040 TEL. 21-0229 y 0470

LUNDIACITA

BIBLIOTECAS

SUR

NÚMERO 332-333 ENERO - DICIEMBRE DE 1973

AYER, HOY, MAÑANA

El año 1941 SUR publicó el prefacio de Gide a la *Antología* de poemas encargada por Gallimard. Allí se cita una definición de Banville sobre el tema: "...esta magia que consiste en despertar sensaciones por medio de una combinación de sonidos... este embrujo gracias al cual ciertas ideas nos son comunicadas de una manera precisa por palabras que sin embargo no las expresan..." Yo diría más bien que las expresan al sesgo, porque el lenguaje parecería carecer de medios adecuados para arrimársele de frente a algo imposible de asir sin ese rodeo; algo evanescente por naturaleza; algo que escapa ante cualquier intento de traducción directa para captarlo.

La demostración más clara de este esquivarse de la substancia poética me la dio, de manera caricaturesca, la famosa explicación versificada y en francés del *Cementerio marino*. Se la debemos al Coronel Godchot. Creyó necesario ofrecerla al lector común, despistado por la oscuridad impenetrable, según él, del texto.

Ce toit tranquille où marchent des colombes...

Volvió a su punto de partida:

Cette tranquille mer où voguent des voiliers...

La desaparición total del poema, rápidamente disuelto en la prosa del servicial militar, fue obra de su empeño en que leyéramos poesía

como leemos en un periódico. El diario nos informa sobre acontecimientos que pasan; pero el poeta nos revela acontecimientos que *nos* pasan cuando miramos el mundo al sesgo, con él. El mar puede así convertirse en techo, el techo en mar, los veleros en palomas, las palomas en veleros como en nuestra vida de durmientes. En el sueño soñado como en la poesía nunca puede sorprendernos una transformación. Este poder transformador está en su esencia. Pero *si no nos pasa nada,* o si no advertimos que nos pasa algo, independientemente de lo que nos dice la prensa; si nunca recordamos un sueño; si el poeta no nos ayuda a entrar en un mundo en el que nos acontece lo que a él le acontece, un mundo en el que lo más distante en el espacio y el tiempo se muestra contiguo, entonces cedámosle el paso al Coronel Godchot (muy bien intencionado, por cierto) y aceptemos la aniquilación de la unidad de ese universo que el poeta es capaz de crear y darnos.

Sabemos de sobra que en general se vende el libro donde leemos

ese mar tranquilo en que navegan veleros

y no el del techo y las palomas. ¿Pero ese hecho basta para que nos amoldemos al gusto del cliente, como buenos comerciantes y renunciemos a modificarlo en lo posible, ya que nos consta que acarrea un empobrecimiento tan agobiante para el espíritu como lo es el otro para el cuerpo? Siempre he creído que no y he obrado en consecuencia.

Nos llama la atención que lo que ocurre en el sector de la poesía no ocurra en el de las artes plásticas; por lo menos en Europa y en los Estados Unidos. Los museos de arte moderno en que se exhiben telas, mármoles, bronces y otras materias menos nobles, que exigirían una colección de Coroneles Godchot para explicarlas a la inmensa mayoría, están abarrotados de público. Para entrar en la exposición de los objetos encontrados en la tumba de Tutankamón, expuestos en el British Museum, desde las seis de la mañana, en pleno invierno, se formaban colas interminables en las que no habían de abundar los egiptólogos. Esas personas serían tan egiptólogas como yo, nula en la materia: sin embargo fueron como fui yo a esa increíble muestra. El público se animaba incluso a comprar un catálogo, bastante costoso. Pero apostaría a que no compra una edición Penguin, barata, de poesía. ¿Por qué? A suponer que lo pudiera, ésta no es la ocasión de lanzarme a tan complejas investigaciones.

Aunque parezca extraño, siento que la poesía es la única tierra firme donde asentamos nuestra planta. A la tierra la entienden los poetas y el leerlos nos alivia de tantas incomprensiones. Créase o no, los poetas están menos desamparados ante los misterios del universo

que los hombres de ciencia, admirables adelantados, que a veces creen poner el pie en las Indias cuando lo han puesto en América, y que no aciertan siempre a proteger a la creación del arma que ellos mismos le proporcionan al hombre.

"Tratándose de arte —escribía Gide— no se puede hablar de progreso, ni pretender que la poesía de Apollinaire sea superior a la de sus predecesores por el solo hecho de ser más reciente..." En ciencia sí se puede hablar de progreso. El avión en que Blériot cruzó el Canal de la Mancha en 1909 poco se parece al Jet en que viajamos. Pero la ventaja de los poetas es que para ellos no hay ayer, hoy ni mañana. El aparato en que salen de vuelo no puede perfeccionarse.

Por eso me disgusta que esta Antología no sea más extensa y se remonte más lejos en el pasado. Siento sin embargo que en ella le damos al lector el ayer, el hoy y el mañana. La poesía no nació bajo el signo del progreso y las páginas de SUR vivirán por sus poetas, en verso o en prosa, más que por todo el resto.

No, la poesía no nació bajo ese signo, es decir el del desarrollo, y del perfeccionamiento. Nadie, creo, sostendrá que Dante, Shakespeare, Racine son poetas menores junto a Eliot, Claudel, Whitman, Neruda (*at their best*), ni que estos contemporáneos hayan alcanzado formas más acabadas y un contenido más rico que el del florentino, el Isabelino y el francés (tan abrazado a los clásicos grecolatinos). Puede afirmarse, eso sí, que los enfoques y el lenguaje simbólico, el vocabulario y las imágenes han variado. De otro modo no sobreviviría la poesía que está sometida, como todo lo que nos rodea, a una ley de mutaciones continuas. Se nos ocurre, al oír o leer en *El sueño de una noche de verano* aquellos versos burlescos, puestos en boca de Thisbe:

These lily lips,
This cherry nose,
These yellow cowslip cheeks...

que Shakespeare miraba ya con cierta impaciencia y evidente sorna comparaciones tan manoseadas como la de los labios de color cereza y la de tez como lirios. Hoy, nadie se atrevería a recurrir a ellas.

Cada arte —escribió Valéry— tiene su aspecto físico que ya no puede ser mirado ni tratado como antes. Pensaba que la ciencia moderna ha cambiado en tales proporciones nuestra noción del espacio, del tiempo y de la materia que esto ha de influir, forzosamente, hasta en la expresión poética. Las técnicas en todas las artes están sometidas a estas irradiaciones y las registran a su manera. Esto no significa que el pasado artístico quede abolido, como algunos se complacen en

proclamar. Ha dejado su magnífico testimonio, el más valedero y revelador de cada época. Por eso cuando tantísimas fechas de batallas (victorias y derrotas), cuando tantísimos acontecimientos históricos y políticos han sido semiolvidados, se forman interminables colas en Nueva York para ver el retrato de la Monna Lisa, y en Tokyo para contemplar a una diosa griega sin brazos (que fue probablemente una mujer con ellos). Ambas fueron mandadas por el gobierno de de Gaulle, con la misión de representar a Francia, a manera de embajadoras extraordinarias. Ninguna de las dos era francesa, y al más francés de los franceses no se le ocurrió objetar esa elección de su ministro y amigo predilecto: Malraux.

La Antología Poética que publicamos ahora y donde se mezclan voces de tantos países reafirma una vez más que en arte como en ciencia no hay fronteras. Y que el propósito de SUR, desde su nacimiento, en 1931, ha sido poner esta verdad de Pero Grullo al alcance de todos los argentinos. Esta actitud, premeditada, deliberada, no fue nunca la de ese "colonialismo cultural" tan zarandeado sino un acto de fe en la única verdad innegable en esta materia: el colonialismo espiritual no existe puesto que los bienes espirituales como el verdadero amor (de que habla Shelley en *Episychidion*) no disminuyen con el reparto. Las riquezas de la literatura y el arte son un bien común. Rechazar las que no han nacido en nuestro suelo (para mí la tierra entera es nuestro suelo) es un absurdo tan grande como sería negarse a recibir la vacuna antivariólica porque la descubrió un médico inglés, para la humanidad. Me pregunto si con una campaña de publicidad bien llevada no se podría convencer a buena parte de una población de que la vacuna antivariólica, por ser inglesa, resulta dañina y no profiláctica, en una epidemia. No me gustaría nada que se intentara la experiencia por aquí. SUR ha tratado siempre de proporcionar a sus lectores valiosas muestras de lo que ocurre no sólo en nuestro país sino en otros países en el dominio de las letras y el pensamiento. Lo ha hecho de cara y no de espaldas a nuestra nación. Lo ha hecho sin afán de lanzar un best-seller provechoso, como lo prueba publicar, en estos momentos de tambaleo económico, una Antología de poesía.

VICTORIA OCAMPO

POESÍA EN LENGUA ESPAÑOLA

SUR, Nº 138, abril de 1946

TRES SONETOS

I

Con lejanos perfiles y figuras
demuestra la esperanza su presencia
y, en mi vida, su fácil permanencia
sostiene de mi cielo las alturas.

Oh joven río que avanzar procuras
por yermos arenales, sin prudencia:
¿adónde vas por árida existencia
si allí más pronta muerte te aseguras?

Inútil proceder, a nada lleva
tanto fluir, si mueve tus intentos
necia intención de hallar lo no creado.

¡Pero te miente con su rosa nueva
la curva siempre frágil de los vientos,
triste de ti, cristal desordenado!

II

Suave perfil, dulcísimo sonido
naciente del silencio doblegado
por un conciliador desconocido
—oh, tierra inerte y cuerpo apresurado—

que tan pausadamente, y acercado
en ayeres inciertos, ha salido
sin despedida alguna ni llamado
del aire donde estaba contenido.

Y en este breve mar que me detiene,
antes que en esperanza y aventura
en su nada mi norte se sostiene.

Acaso pueden ser cielo y altura
pero si existe Tú, si fuera cierto,
tengo esta voz para llevar al Puerto.

III

Breve jazmín y pájaros nacientes
al aire donde abril se detenía
huir te vieron la melancolía
de tus horas pasadas y presentes.

Ibas sediento hacia las puras fuentes
y ya llegaba, presentido, el día
que por sobre un ayer te prometía
un encuentro en caminos diferentes.

¡Qué espera inútil, fue, qué vano empeño!
Tu amor tornaba con el mismo sueño
a las antiguas sendas conocidas.

Y, como siempre, no encontraste nada
con que volver a ti sin la callada
sed que apuraba todas tus partidas.

RAÚL GUSTAVO AGUIRRE

SUR, Nº 228, mayo-junio de 1954

LA MIRADA INFANTIL

EL MÁS PEQUEÑO

Es el más pequeño de todos, el último.
Pero no le digáis nada; dejadle que juegue.
Es más chico que los demás, y es un niño callado.
Al balón apenas si puede darle con su bota pequeña.
Juega un rato y luego pronto le olvidan.
Todos pasan gritando, sofocados, enormes,
y casi nunca le ven. Él golpea una vez,
y después de mucho rato otra vez,
y los otros se afanan, brincan, lucen, vocean.
La masa inmensa de los muchachos, agolpada, rojiza.

Y pálidamente el niño chico los mira
y mete diminuto su pie pequeño,
y al balón no lo toca.
Y se retira. Y los ve. Son jadeantes,
son desprendidos quizá de arriba, de una montaña,
son quizá un montón de roquedos que llegó ruidosísimo
de allá, de la cumbre.

Y desde el quieto valle, desde el margen del río,
el niño chico no los contempla.
Ve la montaña lejana. Los picachos, al cántico de los vientos.
Y cierra los ojos, y oye
el enorme resonar de sus propios pasos gigantes por las rocas bravías.

EL NIÑO RARO

Aquel niño tenía extrañas manías,
Siempre jugábamos a que él era un general
que fusilaba a todos sus prisioneros.

Recuerdo aquella vez que me echó al estanque
porque jugábamos a que yo era un pez colorado.

Qué viva fantasía la de sus juegos.
Él era el lobo, el padre que pega, el león, el hombre del largo cuchillo.

Inventó el juego de los tranvías,
y yo era el niño a quien pasaban por encima las ruedas.

Mucho tiempo después supimos que, detrás de unas tapias lejanas, miraba a todos con ojos extraños.

UNA NIÑA CRUZABA

Éramos aún niños los dos
y ella se cruzaba conmigo
en aquel monte verde por donde yo pasaba todos los días.
Ni una palabra. Pájaros y rumores. Y el eco de la mar allí cerca.
¡Ah, la mañana como una risa blanca que se extendiese!
Yo pasando, ligerísimo, sumo, casi vibrátil, rumbo al mar de allá abajo.
O rumbo a aquel sorprendente nudo de luz que cruzaba.
Un cabello, un rizo puro de resplandor, una idea
limpia: una niña; algo que no se tocara
y que todavía, en mí, sonriera mucho tiempo después de haberla pasado.

¿Cómo te llamas? Nunca lo pregunté. Su gran lazo
eran las recientes alas plegadas. Y nunca
me extrañé de no verla en el instante antes, posándose
generosa a mi lado, aunque sí comprendía
que su ligero cuerpo aún traía el envite del vuelo cuando a pie me cruzaba.
Sí se perdía, y unos pasos más allá, sí, lo sé, levantaba
su luz, su cuerpo ingrave y tomaba
sesgadamente ahora su vuelo,
en una dulce curva de rumor que rondase
el paso apresurado, estremecido, con que yo descendía
aturdido hacia el mar, despeñado desde el alto monte de mi delicia.

VICENTE ALEIXANDRE

SUR, Nº 121, noviembre de 1944

DOS POEMAS

I

ALEGORÍA DE LA PRIMAVERA

(Veronés)

Si los ríos, Amor, Gracia fuerte, anchurosa,
de dilatadas ansias y caderas;
si los ríos, los jóvenes, más anhelados ríos
se alzaran, se doblaran,
un amanecer largo, y sólo fueran hombros,
pechos altos, abiertos y muslos extendidos...
Si pudiera tocarlos,
Amor, Gracia opulenta,
resbalarlos, dormidas las manos por su espalda...
¡Oh, navegar, andar, perderse ahora,
Amor, redonda Gracia, por esa piel que ondea,
trasluciendo el impulso de la sangre,
por su torso en declive,
por sus brazos sin fin
en la ardiente mañana poderosa!
Los aires y las flores, como Amores desnudos,
encendidos, veloces por la orilla;
los ropajes, rizados, temblorosos,
colgados de las ramas,
y las sobredoradas palomas de los arcos,
hacia las balaustradas donde el cielo
vuelca palmas de luz entre murmullos
de ángeles anidados en las nubes.
¡Ven tú, Amor, ancho Amor, ansioso río!
¡Ven tú, dura, infinita,
clara columna, Gracia corpulenta,
ven a jugar conmigo,
ven ya a gritar, luchar, morir conmigo,
en la despeinadora,
naciente y plena luna saludable!

II

SONETO CORPORAL

Por allí, hondo, una humedad ardiente;
blando, un calor oscuro el que allí hervía;
sofocado anhelar el que se hundía,
doblándose y muriendo largamente.

Labios en labios que no ataca diente;
lengua en garganta que no corta, umbría;
áspero alrededor, fiera porfía
por morder lo imposible de la fuente.

Fiera porfía, ya que ni a la hembra
más hembra ni al varón más varón dieron
otra cumbre que ser sembrado y siembra,

pues lo demás, ¡oh cuerpos desvelados!,
son fulgores que al alba se perdieron
en un súbito arder desesperados.

RAFAEL ALBERTI

SUR, Nº 55, abril de 1939

TRES POEMAS

LA TIERRA ENDURECIDA...

La tierra endurecida
y densa se dilata
frotando su ardorosa
ansiedad penetrante.
Mi cuerpo entre otros cuerpos
vuelve a estar no nacido.
Una futura madre
pequeña entre los astros

seduce en la alta noche
el alma del planeta...
Entre los no nacidos
en la sangre del mundo
de mi sangre me olvido.

NO SÓLO EN AGUAS O EN CRISTAL SE VIVE

Lo que sobra de mí cuando me miras
es un rincón de espejo sin memoria
de espejo blando, enamorado, ciego,
algo que ni siquiera es una ausencia
que puede ser el cielo de tu vida
y que no existe, no, tú sola eres
mi verdad, mi bondad, mi maravilla,
porque eres en mi piel que se retiene
llaga de amor, o quemadura, o fuego;
pequeña tú como el dolor humano
y grande yo cual lo desconocido,
oscuro o claro, no lo sé, no estoy
delante, como tú, de quien me quiera.
Es mejor repetirte que no es nada
lo que sobra de mí cuando me miras.

A M O R

Mi forma inerte grande como un mundo
no tiene noche alrededor ni día
pero tiniebla y claridad por dentro
hacen que yo, que tú, vivamos.
Mares y cielos de mi sangre tuya
navegamos los dos. No me despiertes.
No te despiertes, no, sueña la vida.
Yo también pienso en mí cuando te sueño
y robo al tiempo todas mis edades
para poblar las íntimas moradas
y acompañarte siempre, siempre, siempre.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

SUR, Nº 302, setiembre-octubre de 1966

PERSÉFONE

(Fragmento)

¿Oyes? ¿Entiendes? ¿Captas? Hay una música que se te ha reservado; hay un polvo que se te ha prometido.

Puedes utilizar todos los fuegos: menos el potencial, menos el fuego fatuo, menos el de Santelmo, menos algunos otros. Pero todos.

En el antro hay madera. Hay madera en blanco y madera pasmada. Hay madera del aire. Y hay niebla meona y agua y viento para apagar tus fuegos.

Hay tierra vegetal y tierra rara. Hay leña muerta y leña viva. Hay quejidos, sollozos, pájaros polilla y frutas de estación.

Hay lenguas y lenguas para atizar tus fuegos.

Hay hojarasca y hojas para tus llamas. Hay rosillas, calcetines, corbatas. Hay abrazadoras, escotadas y enteras.

Hay palabras, murmullos que arden consigo mismos.

Tienes horas menguadas, canónicas y muertas. Tienes horas menores y supremas. Tienes bocas de risa y bocas de verdades.

Tienes un tiempo sidéreo y un tiempo medio, y un tiempo pascual para meditar lo que no quema.

Saltamos del ojo overo al ojo turnio. Buscamos algún indicio, algún secreto, alguna revelación en cada salto.

Entre música y polvo descendemos.

Entre fuegos y fuegos descendemos. Entre madera y niebla. Entre hojas y viento.

¿En dónde, al fin, nos gustará quedarnos?

Hay un rincón allí. Allí hay un rostro. Hay un abrigo allá. Hay unas manos.

Hay alturas, abismos, plenitudes viviendo en cada instante.
En la ventana Susi, con el pelo revuelto, tararea.
Ante un espejo Alma despinta su pintada cara.
La noche como celeste cuna, mece su milagro ensoñado.

Algunos descansan la cabeza sobre los doblados brazos.
Otros encogen las piernas; otros yacen de pie.
Los más despiertos se peinan, se restregan los párpados.

Pasan adolescentes preñadas con un gesto de ausencia natural.
Pasan muchachas con los senos apenas cubiertos por un paño o una blusa; agitan sus bolsos, sonriendo sin sonrisa.
En los pasillos, en los baños y en la morada de la cópula fornican mujeres con hombres, hombres con hombres, niñas con viejos aniñados. Orinan los borrachos en cualquier escondrijo.

Balan los músicos una canción melosa. Se aprietan y se separan cuerpos. Se tocan mutuas caricias. Canta acodado un búho.
Unos observan, otros bailan.
Todo parece moverse en su lugar, acomodarse en su lugar. Ninguna inmovilidad, ningún movimiento está fuera de sitio.
Adentro del bullicio, todo duerme.

¿En qué instante, al fin, nos quedaremos?
¿Qué estatua de sal ha de ser nuestra estatua?
¿Qué gesto imperará, brillará sobre nuestros deshechos gestos?
¿Qué polvo, qué planta emergerá de nuestros dedos como una ofrenda póstuma?
¿En qué memoria yacerá nuestro espanto como una placa fija barrosa y desplazable?
¿Qué furia de amor no satisfecha aleteará de tiempo en tiempo sobre nuestro cadáver como una mariposa?

¿En qué instante, en realidad, vivimos; detrás de qué ojos miramos, somos vistos, pasamos, somos huéspedes provisorios, imaginativos animales de Dios?

Qué cielo es este cielo, más lejano y más próximo; qué abismo es este abismo, menos hondo y más hondo.
Qué lenguaje no hablado, qué figuras no nuestras, qué recuerdos, qué noches se hunden para siempre.

Esas nubes oscuras se desgajan allá. Esos cuerpos que fuimos se deshacen allá. Esos sueños difusos, esos sueños que fuimos se confunden allá.

La hondura cae en la hondura; los sueños en los sueños; la palabra en la voz.

La luz en otra parte desciende con pájaros ligeros. La luz, en otra parte, es luz de nuestra luz.
Sobre otro suelo el día derrama su piélago de luces. En algún lado de Dios se cumple este ascenso de lo alto.
Se cumple el esplendor.

Mañana al despertar, habrá en nuestras raíces, raíces de ese suelo. Veremos sin asombro coloreados sonidos que suenan sin sonar.

En otra parte el día presagia nuestro arribo. No es éste nuestro día.

A pesar de que muy pronto el sol alumbre nuestra noche con su linterna en llamas, y doce horas cárdenas nos den el mediodía.
No es éste nuestro día.

En algún lado de Dios hay llovizna de luz, humedades brillantes ascienden descendiendo. Relámpagos sinceros, peregrinos del cielo, muertes y desnudeces hacen crecer la vida.

HOMERO ARIDJIS

SUR, Nº 286, enero-febrero de 1964

TRANSPARENCIA

¡La transparencia
que hay detrás de las cosas!

¡O más allá
de las cosas,
o más acá,
o alrededor de los alrededores,

entre espacios y centros
de aéreas inminencias!

Nunca
nadie
está solo.

A L A

Música
es el ala
que parte en dos
con su raya dorada
la magnitud ociosa
de la luz.

Sólo un instante
ese relámpago
infiere felicidad
al distraído.

Una estría infinita
a cuyo dorso se abren
jardines espaciales,
babilonias azules
donde se intuye el rostro
inenarrable,
el labio que dirá
la palabra inmortal
de la belleza.

Después, inútilmente,
humanamente el mundo
vuelve a regirse
por melancolías
y desórdenes.

CÍRCULO

Ahora soy
la piedra más caída:
perduro, ya no sufro.

Soy un insecto
que arriesga entre las hierbas
su azar de vida o muerte.

Como una rama ajena
a las velocidades de la luz
y el designio del viento
cumplo
mi oficio subalterno,
mi anónima intensidad.

¡Y arriba,
cerca, lejos,
en la infinita ironía
del espacio,
Dios,
una dulzura repentina,
se acumula en colores
y más allá transidos!

Tantos alrededores
para llegar a quien
tal vez sea el más solo,
el más abandonado
sentimiento.

Para alcanzar a quien
quizás como la piedra
perdura, ya no sufre.

HORACIO ARMANI

SUR, Nº 301, julio-agosto de 1966

DE LO MUTABLE

Fuego hecho de candor, de pérdidas, de pesarle a la noche, del dolor de ser pura desnudez entre sobresaltos y caricias.

Es aquí la caída, esto que se oye como lenguaje solo, como única distancia.

Cortina que no deja mirar, que no deja decir, que no deja creer que este fuego es reflejo, sustancia inverosímil.

Algo arde también en aquel universo castigado donde nada le pasa a nuestros gestos. Como un rojo tabaco arde la rica hoguera sus luces de otro mundo.

Y golpeo la lluvia, el silencio, el lamento.

Soy un fervor desprotegido que trata con el sol. Conozco los sucesos del mar y el idioma que ocurre entre sus aguas. Puedo vender el día de mi cuerpo al sexo misterioso. Se me paga con una luz precaria, medida por el tiempo.

Elijo mis recuerdos al nivel de la gracia. Pasa si Dios asiste y es memoria.

El fuego me supone y pretendo donarlo entre los rostros huecos que preguntan cómo se puede dar si no se tiene.

Es que este fuego ya no se propaga, se ha gastado a sí mismo de tanto serse fuego. Y hay ese no saber, la sombra que inmuniza.

Ya no puedo decirme, decirme es un amor que no existe, una voz que es silencio, pero en llamas.

ELIZABETH AZCONA CRANWELL

SUR, Nº 170, diciembre de 1940

ENERO DE VEHEMENCIAS

Apoyabas la frente en la dureza
De un sagrado escalón, de un pétreo sueño;
Llovía por las dársenas distantes
Con permanente son, con pena viva.

A veces levantábase en el humo
Una densa teoría de esplendores.

¡El estupor de ver y de dolernos
Variedades del ánimo!
¡Los racimos del canto, cuando Enero
Abundaba en vehemencias!

Suntuoso viaje que se abría en calles
De amenazantes urbes, en el viento.
Agrias veredas donde un sol antiguo
Entristecía puertas y balcones,
En tanto tú –perdiéndote en un patio
Castigado de máscaras–,
Ibas a Enero.

Buscabas el mareo de resinas
Que se quema en el aire, por las siestas.
Te abismabas en cielos y países
De un natural, resplandeciente Enero.
Una insólita luz te enceguecía
Y alzabas en tus manos los colores
Y los volcabas en amor y duelo.

El verano, frutal incandescencia,
Ardía sangre adentro
Con un galope agónico en el pulso.

Los jóvenes dormían, con sus cuerpos
Reclinados en deltas venturosos
O en las grandes viviendas clausuradas,
O en ocultos capítulos del sueño
Con húmedas e insomnes cabelleras.

Los jóvenes soñaban sus tormentos
En tenaces penurias y contactos,
Las cinturas ahogadas en vapores
De anillos vegetales.

O surgían de extraños testimonios
Donde una luz había, clara y triste;
Pálidos y yacentes en el sordo
Rumor de las mareas.

Y las manos del sueño te alargaban
Copas de limo seco, ¡tan sediento!,
Y todos te llamaban por tu nombre
Con permanente son, con pena viva.

1932, Enero.
Aún arde su verano por los días
Y llega y se arrodilla en soledades,
Llorando junto a un árbol desgajado.

(En un soplo del tiempo se reúnen
Agónicos rumores,
Insistiendo.)

¡Enero, en fin! Caía tu corteza
Reverberante y ciega
En esas calles idas, donde el viento
Hace su remolino de abandonos.

Ciudad, árbol, peldaño, territorio:
Variedad del verano,
Que asciende en vahos lentos y mortales
Y te traslada a un descarnado Enero
De heráldica vehemente.

VICENTE BARBIERI

SUR, Nº 287, marzo-abril de 1964

POEMA

Papá, mamá,
para que yo, Pocho y Mario
sigamos todo el tiempo en el linaje humano,
cuánto luchasteis vosotros
a pesar de los bajos salarios del Perú,
y tras de tanto tan sólo me digo:
"venid, muerte, para que yo abandone
este linaje humano,
y nunca vuelva a él,

y de entre otros linajes escoja al fin
una faz de risco,
una faz de olmo,
una faz de búho".

CARLOS GERMÁN BELLI

SUR, Nº 22, julio de 1936

SONETOS NOCTURNOS

En una noche obscura.
SAN JUAN DE LA CRUZ

I

Lejos está la luz que yo tenía,
Y más lejos aún la que deseo,
Porque, si la pasada no la veo,
La futura no es mía todavía.

Dejando la primera lejanía
Por la que todavía no poseo,
He caminado mucho, pero creo
Que todavía falta para el día.

Por lo menos así me lo asegura,
Con su mirada todopoderosa,
El horizonte de la noche obscura.

Por lo menos así me lo confiesa,
Con su palabra misericordiosa,
La misma obscuridad de la promesa.

II

¿De quién es esta voz que va conmigo
Por el desierto de la noche obscura?

¿De quién es esta voz que me asegura
La certidumbre de lo que persigo?

¿De quién es esta voz que no consigo
Reconocer en la tiniebla impura?
¿De quién es esta voz cuya dulzura
Me recuerda la voz del pan de trigo?

¿De quién es esta voz que me serena?
¿De quién es esta voz que me levanta?
¿De quién es esta voz que me enajena?

¿De quién es esta voz que, cuando canta,
De quién es esta voz que, cuando suena,
Me anuda el corazón y la garganta?

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

SUR, Nº 324, mayo-junio de 1970

LA PARTIQUINA

Gira la acción, dura mordiendo
como un ácido, como un óxido.
Avanza por ese infinito
que dentro del ojo se angustia,
y la persigue, eternamente
cazando, un segundo de arena
de oscuridad.

El argumento es fascinante
y sobre todo tan confuso.
Hay un nudo, su enorme ruido,
nadie sabe las peripecias
que lo atan y lo desatan,
nadie llega del primer acto,
nadie vuelve del acto último,
muchos jadean explicándolos
y a veces mueren sofocados
por su versión.

Lo primero que entiendo duele:
Mi sollozo en el escenario
de esta función interminable.
Así empezamos, ya en el trance,
desprevenidos, ya en el drama,
me aseguran los veteranos,
porque si algún actor se vuela
otro debe calzar su sombra
y obedecerla.

Protagonista o partiquino,
cada uno dura un monólogo.
Lo conoce cuando lo dice
y lo dice mientras respira.
Unos pocos logran el bis,
después de muertos.

Las figuras, los figurantes,
los dramáticos, los bufones,
en apartes o en contrapuntos
todos recitan sin sosiego,
al unísono solitarios.
Con la lengua, la uña, el ojo,
la amaestrada comisura,
el pie, la frente, la cadera,
la espalda murmurando sombra,
todos recitan razonando
las tantas especies del éxtasis:
la preferida es la traición.
Cada actor emplea dos voces,
cuando no más, al mismo tiempo.
Así éste arguye entre los ángeles
y es refutado por su borra;
y aquél con éxito estrangula,
silbando un tema.

Qué bien recitan los perplejos,
en su nube sobre el clamor.
Y mejor los que se equivocan.
Y mejor los que nadie escucha.
Y mucho mejor los sonámbulos
y los ausentes.

Todos cumpliendo. Y yo también.
Ondulando en el ojo absorto
me recito desde las branquias
de alguna que soy. Además,
me gasto una cara tras otra
llorando de trece maneras.
Consigo a veces esa lágrima
que se larga a rodar cantando.
Mi papel es alternativo:
mujer rosada o mujer gris.
Cuando presento mi aire rosa,
en el espejo del camarín
sigo llorando.

El llanto rige. Es mandamiento
general, aunque desigual,
que hasta los sepultados cumplen;
un elemento ineludible
que se presenta aun en los actos
del placer o de la inocencia.
En el que ahora finaliza,
donde el amor no es el amor
y donde el crimen no es el crimen,
sobre la escena ya vacía
lloran las cosas. Y en el fondo
cae un llanto desconocido.
Y el llanto aplaude.

El llanto aplaude. Y yo, de pronto
me veo negando y borrando
mis mutis y entradas rosados
y grises, mi ajena palabra.
Olvido con todo mi cuerpo,
olvido con toda mi música,
me bailo mi llanto al revés,
entre telones.

El gran párpado se levanta
otra vez, y el tablado guiña
saludando a la oscuridad.
El ahora, el aquí y el ruido
vuelven nublando el argumento.

Yo, escarlata, amarilla, azul,
fuera de turno, rol y límites,
aunque llevo por siempre mío
mi personaje impersonal
entro al ojo, lo sobresalto,
lo cruzo, le quiebro la escena,
le enciendo su pupila verde;
abucheada por la farándula,
lo exploro, lo cavo, lo vuelco.
En improbables bambalinas
y perdidos escotillones,
en los actores invisibles
y en la palabra del que muere
para decirla, yo persigo
el escondite de la loca
metamorfosis.

AMELIA BIAGIONI

SUR, Nº 192-194, octubre-diciembre de 1950

LOS CABALLOS

Repito: los caballos, los caballos.
Ya los tengo sabidos: fue en la pampa
en una tarde de la adolescencia.
Montaba en pelo
un temprano tordillo de ojos lentos
y aunque siguiera galopando estaba
siempre en el mismo sitio de la pampa.
El horizonte me rodeaba y justo
me obligaba a ser centro.

(Sobre un montón de sangre ardiendo,
por la mitad del cielo y de la tierra,
iba un adolescente, iba entre lágrimas
comenzando su muerte, conociendo
el tormento del sitio.

Qué pasión de infinito concedían
esa anchura total y aquella bruta
fuerza que lo arrancaba del espacio.

Era un adolescente entre vigores
demasiado severos.
Los latidos no le cabían en el pecho y dulce
la memoria lo abandonó del tiempo.)

Fue un horror de la tierra:
lentamente, la sangre del caballo me subía;
su lomo y mis rodillas se injertaron.

Era un verde temblor. La pampa inmensa
trasmitía una muerte que recuerdo.
Era la muerte sudamericana
en medio de la savia y con el viento.
Qué desvelado el cielo y solitario
el mundo en esa tarde de caballos.

Regresé bajo estrellas con el miedo
cansado, arrepentido.
Tuve la certidumbre que volvía
humillado a las cosas y a los días
siempre semejantes.

ÁNGEL BONOMINI

SUR, Nº 27, diciembre de 1936

INSOMNIO

De fierro,
de encorvados tirantes de enorme fierro tiene que ser la noche,
para que no la revienten y la desfonden
las muchas cosas que mis abarrotados ojos han visto,
las duras cosas que insoportablemente la pueblan.

Mi cuerpo ha fatigado los niveles, las temperaturas, las luces:
en vagones de largo ferrocarril,

en un banquete de hombres que se aborrecen,
en el filo mellado de los suburbios,
en una quinta calurosa de estatuas húmedas,
en la noche repleta donde abundan el caballo y el hombre.

El universo de esta noche tiene la vastedad
del olvido, y la precisión de la fiebre.

En vano quiero distraerme del cuerpo
y del desvelo de un espejo incesante
que lo prodiga y que lo acecha
y de la casa que repite sus patios
y del mundo que sigue hasta un despedazado arrabal
de callejones donde el viento se cansa y de barro torpe.

En vano espero
las desintegraciones y los símbolos que preceden al sueño.

Sigue la historia universal:
los rumbos minuciosos de la muerte en las caries dentales,
la circulación de mi sangre y de los planetas.

(He odiado el agua crapulosa de un charco,
he aborrecido en el atardecer el canto del pájaro.)

Las fatigadas leguas incesantes del suburbio del Sur,
leguas de pampa basurera y obscena, leguas de execración,
no se quieren ir del recuerdo.

Lotes anegadizos, ranchos en montón como perros, charcos de
plata fétida:
soy el aborrecible centinela de esas colocaciones inmóviles.

Alambre, terraplenes, papeles muertos, sobras de Buenos Aires.

Creo esta noche en la terrible inmortalidad:
ningún hombre ha muerto en el tiempo, ninguna mujer, ningún
muerto,
porque esta inevitable realidad de fierro y de barro
tiene que atravesar la indiferencia de cuantos estén dormidos o
muertos

—aunque se oculten en la corrupción y en los siglos—
y condenarlos a vigilia espantosa.

Toscas nubes color borra de vino infamarán el cielo;
amanecerá en mis párpados apretados.

1936, Adrogué.

SUR, Nº 226, enero-febrero de 1954

PÁGINA PARA RECORDAR AL CORONEL SUÁREZ, VENCEDOR EN JUNÍN

Qué importan las penurias, el destierro,
la humillación de envejecer, la sombra creciente
del dictador sobre la patria, la casa en el Barrio del Alto
que vendieron sus hermanos mientras guerreaba, los días inútiles
(los días que uno espera olvidar, los días que uno sabe que olvidará),
si tuvo su hora alta, a caballo,
en la visible pampa de Junín como en un escenario para el futuro,
como si el anfiteatro de montañas fuera el futuro.

Qué importa el tiempo sucesivo si en él
hubo una plenitud, un éxtasis, una tarde.

Sirvió trece años en las guerras de América. Al fin
la suerte lo llevó al Estado Oriental, a campos del Río Negro.

En los atardeceres pensaría
que para él había florecido esa rosa:
la encarnada batalla de Junín, el instante infinito
en que las lanzas se tocaron, la orden que movió la batalla,
la derrota inicial, y entre los fragores
(no menos brusca para él que para la tropa)
su voz gritando a los peruanos que arremetieran,
la luz, el ímpetu y la fatalidad de la carga,
el furioso laberinto de los ejércitos,
la batalla de lanzas en la que no retumbó un solo tiro,
el *godo* que atravesó con el hierro,
la victoria, la felicidad, la fatiga, un principio de sueño,
y la gente muriendo entre los pantanos,

y Bolívar pronunciando palabras sin duda históricas
y el sol ya occidental y el recuperado sabor del agua y del vino,
y aquel muerto sin cara porque la pisó y borró la batalla...

Su bisnieto escribe estos versos y una tácita voz
desde lo antiguo de la sangre le llega:
—Qué importa mi batalla de Junín si es una gloriosa memoria,
una fecha que se estudia para un examen o un lugar en el atlas.
La batalla es eterna y puede prescindir de la pompa
de visibles ejércitos con clarines;
Junín son dos civiles que en una esquina maldicen a un tirano,
o un hombre oscuro que se muere en la cárcel.

SUR, Nº 253, julio-agosto de 1958

EL TANGO

¿Dónde estarán? pregunta la elegía
De quienes ya no son, como si hubiera
Una región en que el Ayer pudiera
Ser el Hoy, el Aún y el Todavía.

¿Dónde estará (repito) el malevaje
Que fundó, en polvorientos callejones
De tierra o en perdidas poblaciones,
La secta del cuchillo y del coraje?

¿Dónde estarán aquellos que pasaron,
Dejando a la epopeya un episodio,
Una fábula al tiempo, y que sin odio,
Lucro o pasión de amor se acuchillaron?

Los busco en su leyenda, en la postrera
Brasa que a modo de una vaga rosa,
Guarda algo de esa chusma valerosa
De los Corrales y de Balvanera.

¿Qué oscuros callejones o qué yermo
Del otro mundo habitará la dura

Sombra de aquel que era una sombra oscura,
Muraña, ese cuchillo de Palermo?

¿Y ese Iberra fatal (de quien los santos
Se apiaden) que en un puente de la vía,
Mató a su hermano el Ñato, que debía
Más muertes que él, y así igualó los tantos?

Una mitología de puñales
Lentamente se anula en el olvido;
Una canción de gesta se ha perdido
En sórdidas noticias policiales.

Hay otra brasa, otra candente rosa
De la ceniza, que los guarda enteros;
Ahí están los soberbios cuchilleros
Y el peso de la daga silenciosa.

Aunque la daga hostil o esa otra daga,
El tiempo, los perdieron en el fango,
Hoy, más allá del tiempo y de la aciaga
Muerte, esos muertos viven en el tango.

En la música están, en el cordaje
De la terca guitarra trabajosa,
Que trama en la milonga venturosa
La fiesta y la inocencia del coraje.

Gira en el hueco la amarilla rueda
De caballos y leones, y oigo el eco
De esos tangos de Arolas y de Greco
Que yo he visto bailar en la vereda,

En un instante que hoy emerge aislado,
Sin antes ni después, contra el olvido,
Y que tiene el sabor de lo perdido,
De lo perdido y lo recuperado.

En los acordes hay antiguas cosas:
El otro patio y la entrevista parra.
(Detrás de las paredes recelosas
El Sur guarda un puñal y una guitarra.)

Esta ráfaga, el tango, esa diablura
Los atareados años desafía;
Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura
Menos que la liviana melodía,

Que sólo es tiempo. El tango crea un turbio
Pasado irreal que de algún modo es cierto,
Un recuerdo imposible de haber muerto
Peleando, en una esquina del suburbio.

JORGE LUIS BORGES

SUR, Nº 279, noviembre-diciembre de 1962

EL DESEO

Está naciendo siempre,
como el sol y la pena;
es turbio o trasparente,
como el agua y la niebla;
duele en el pensamiento
y en el recuerdo, quema.
Yo existo mientras duerme
y muero si despierta,
porque afanosamente
me busca, me pelea,
me arrastra por los cuartos
y conmigo se acuesta
y quedo hecho cenizas,
pesadumbre, tristeza,
después de haber gozado
—oh espléndida miseria—
todo lo que la sangre
devotamente anhela.

A veces lo imagino
de una infausta belleza;
como una mujer loca
que loca me siguiera,
como un golpe de viento
o como un ala negra.

Otras veces es suave
como una enredadera;
con sigilosos pasos
de ladrón se me acerca
y delicadamente
llega como le llega
la madurez al fruto
o la luna a la tierra.

Contra él nada puedo.
Le doy todas mis fuerzas
para ver si me olvida
y de una vez, se aleja.
Me tiendo en el cansancio
como el mar en la arena,
pensando que ya nunca
se acercará a mi puerta,
pero él vuelve, acontece,
y me toca y me besa...
¡Dios quiera que se vaya
y que no vuelva!

JORGE CALVETTI

SUR, Nº 281, marzo-abril de 1963

ESPAÑA EN MARCHA *

Nosotros somos quien somos.
¡Basta de Historia y de cuentos!
¡Allá los muertos! Que entierren como Dios manda a sus muertos.

Ni vivimos del pasado,
ni damos cuerda al recuerdo.
Somos, turbia y fresca, un agua que atropella sus comienzos.

Somos el ser que se crece.
Somos un río derecho.
Somos el golpe temible de un corazón no resuelto.

* De *Cantos iberos*, Col. Nuestro mar, 3, Ed. Verbo, 1955.

Somos bárbaros, sencillos.
Somos a muerte lo ibero
que aún nunca logró mostrarse puro, entero y verdadero.

De cuanto fue nos nutrimos,
transformándonos crecemos
y así somos quienes somos golpe a golpe y muerto a muerto.

¡A la calle!, que ya es hora
de pasearnos a cuerpo
y mostrar que, pues vivimos, anunciamos algo nuevo.

No reniego de mi origen
pero digo que seremos
mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo.

Españoles con futuro
y españoles que, por serlo,
aunque encarnan lo pasado no pueden darlo por bueno.

Recuerdo nuestros errores
con mala saña y buen viento.
Ira y luz, padre de España, vuelvo a arrancarte del sueño.

Vuelvo a decirte quién eres.
Vuelvo a pensarte, suspenso.
Vuelvo a luchar como importa y a empezar por lo que empiezo.

No quiero justificarte
como haría un leguleyo.
Quisiera ser un poeta y escribir tu primer verso.

España mía, combate
que atormentas mis adentros,
para salvarme y salvarte, con amor te deletreo.

GABRIEL CELAYA

SUR, Nº 195-196, enero-febrero de 1951

MASACCIO

I

Así la luz lo sigue mansa,
y él que halló su raíz y le dio el agua
urde con sus semillas el verano.

Un oscuro secreto amor, una antigua noticia
por nadie confirmada, que sola continúa y pesa;
el vino hace su tiempo, la distancia se puebla
de construcciones memorables.

Por las calles va Masaccio con un trébol en la boca,
la vida gira, es esa manzana que le ofrece una mujer,
los niños y los carros resonantes. Es el sol sobre Firenze
pisando tejas y pretiles.

Edificio mental, ¿cómo crecer para alzarte a tu término?
Las cosas están ahí, pero lo que se quiere no está nunca,
es la palabra que falta, el perro que huye con la cadena,
y esa campana próxima no es la campana de tu iglesia.

Bosque de sombra, la luz te circundaba con su engaño
dulce, un fácil puente sobre el tiempo
Torvamente la echabas a la calle para volverte a las capillas
solo con tu certeza. Alguna vez
le abrirías las puertas verdaderas, y un incendio
de oro y plumajes correría sobre los ojos. Pero aún no era hora.

Así va, lleno de jugos ácidos, mirando en torno
la realidad que inesperada salta en los portales
y se llama gozne, paño, hierba, espera.
Está seguro en su inseguridad, desnudo
de silencio. Lo que sabe es poco pero pesa
como los higos secos en el bolso del pobre.
Sabe signos lejanos, olvidados mensajes que esperan
en paredes ya no favorecidas; su fe es una linterna

alzándose en las bóvedas para mostrar, humosa,
estigmas, una túnica, un abrazo maldito.

Vuelve y contempla y odia su amor que de rodillas bebe
en esa fuente abandonada. Otros
pasan sonriendo sus visiones
y alas celestes danzan un apoyo para la clara mano.
Masaccio está solo, en las capillas solas,
eligiendo las tramas del revés en el lodazal de un cielo de mendigo,
olvidado de saludar, con un pan
sobre el andamio, con un cuenco de agua,
y todo por hacer contra tanto sueño.

En lo adentro del día, en esa lumbre
que hace estallar lo más oscuro de las cosas, busca;
no es bastante aclarar; que la blancura
sostenga entre las manos un martirio
y sólo entonces, inefable, sea.

II

La escondida
figura que ronda entre las naves
y mueve el agua de las pilas.

Entre oraciones ajenas y pálidos sermones
eso empezó a desgajarse. Él soportaba
inmóvil, oyendo croar los grajos en los campaniles,
irse el sol arrastrando los últimos oficios. Solo,
con el incienso pegado a la ropa, un gusto a pan
y ceniza. Traían luces.
Cuando salía andaban ya las guardias.

Pintar sin cielo un cielo, sin azul el azul.
Color, astuta flauta! Por la sombra
ir a ellos, confirmándolos. La sombra
que antecede al color y lo anonada. En las naves,
de noche, veía hundirse el artificio,
confundidos los cuerpos y los gestos en una misma podre
de aire; su quieto corazón soñó

un orden nocturno donde el ángel
sobreviviera.

Pintó el pago del tributo con las seguridad del que golpea;
estaba bien esa violencia contenida
que estallaría en algún pecho, vaina
lanzando lejos la semilla.
Un frío de pasión lo desnudaba; así nació
la imagen del que aguarda el bautismo con un gesto aterido,
aspersión de infinito contra la rueda de los días
reteniéndolo aún del lado de la tierra.

Un tiempo predatorio levantaba pendones y cadalsos;
sobrevenían voces, el eco
de incendios sonoros, poemas y desentierros.
Los mármoles tornaban más puros de su sueño,
y manuscritos con razones
y órdenes del mundo.
En los mercados
se escuchaba volver las fábulas dormidas; el aceite
y el ajo eran Ulises. Masaccio iba contento a las tabernas,
su boca aliaba el ardor del pescado y la cebolla
con un eco de aromas abaciales, mordía
en la manzana fresca el grito de la condenación,
a la sombra de un árbol de vino que fue sangre.

De ese desgarramiento hizo un encuentro,
y Cristo pudo ser de nuevo Orfeo, un ebrio
pastor de altura. Ahora entrañaba fuerza
elemental; por eso su morir requería violencia,
verde agonía, peso de la cabeza que se aplasta crujiendo
sobre un torso de cruel sobrevivencia.
Pintó sus hombros con la profundidad del mar y no del cielo,
necesitado de un obstáculo, de un viento en contra
que los probara y definiera y acabara.

Después le cupo a él la muerte,
y la aceptó como al pan o la paga,
distraído, mirando otra cosa
que tampoco veía. El alba estaba cerca,
la vuelta de la luz legítima. ¡Cuántos oros y azules esperando!

Frente a los cubos donde templaría esa alborada
Masaccio oyó decir su nombre.
Se fue, y ya amanecía
Piero della Francesca.

JULIO CORTÁZAR

SUR, Nº 325, julio-agosto de 1970

EL ESPEJO Y LA SOMBRA

I

Vino la sombra al espejo
susurrándole: "hermano,
préstame tu luz, el marco
preciso de tu espacio;
estoy cansada de pensar el mundo
entre nieblas disuelta, sin un arco
para mi cuerpo cada vez más largo,
por los siglos desnudo, por el viento
o la lluvia o la nieve sin amparo".

El espejo le dice: "hermana, fuiste
como yo, en tu día, espejo claro,
¿mas ves en este ángulo pequeño
un roce apenas roce, como un vaho
disuelto entre la luz? Es mío
se irá todas las noches agrandando,
espesándose, haciéndose más vaho,
y poco a poco de mi luna clara
se habrá adueñado como un musgo blanco.
Entonces, ese día, sólo entonces,
hermana sombra, te daré mi marco;
en él te quedarás, la frente hundida,
el cuerpo ya remoto, deshilado,
y yo me iré por donde tú me digas,
hasta cansarme, como tú, del ancho
sendero libre de las libres sombras,
hasta volver después a este mi espacio

donde tú no estarás, sino tu eco
que yo oiré, deshilándome hacia lo alto,
mientras venga otra sombra, como tú, nostálgica
de seguir esperando..."

II

Dos relojes poseo que latiendo en la noche
como espejos del tiempo son el uno del otro;[1]
dos relojes desdoblan[2] el tiempo de mi espacio[3]
donde un espejo es eco del espejo del otro.[4]

II. 1

Da la una y da la una
¿da la una o dan las dos?
¿Es el tiempo acelerado
o el tiempo partido en dos?

II. 2

¿Esta alcoba es más alcoba
por tener menos espejo
o el espejo más espejo
por tener menos alcoba?

II. 3

En el espejo, la alcoba.
En esa alcoba un reloj.
En el reloj está el tiempo
y dentro del tiempo yo.
Cuando se rompa el espejo,
cuando se pare el reloj,
¿quedaremos yo y el tiempo
o el tiempo sí y yo no?

II. 4

Siete veces va el eco
de un espejo a otro espejo;
siete veces siete veces
son cuarenta y nueve ecos,
reflejados en sí mismos
son la medida del tiempo
y el tiempo que en sí refleja
siete veces siete espejos
me da el tamaño del día,
del minuto y del silencio.

III

Esta sombra que me invade[1]
de su espejo viene al mío.[2]
Yo que sé lo que ella sabe
sé que en mi espejo no cabe
y he llenado su vacío.[3]
Entrándome yo en su espejo

y ella entrándose en el mío,
soy sombra de su reflejo
y ella es el cuerpo del mío.[4]

III. 1

Sombra, sombra que me invades
por toda mi geografía,
no me digas lo que sabes
pues no es tiempo todavía
para ese viaje. Mis naves
no pueden surcar el agua,
el agua, sobra, que sabes.

III. 2

Mi espejo es pequeño, sombra,
mas tú me lo diste.
Mírame en él y toma
lo que viviste.
Por un instante sólo, que
quien vive
apenas es reflejo que recibe.

III. 3

Dejaste al venir a mí
un hueco helado,
Entreme en él para darle
aire templado.
Que mi aire te dure, sombra,
como tú, sombra, largo.

III. 4

Por mi cuerpo tu reflejo:
contracambio de misterios
en los espejos de noche
nudos y sordos y ciegos.

IV

En los espejos dobles los relojes rivales
van marcándose el tiempo como amigos leales: [1]
en el uno se suman los minutos sonados;
en el otro se restan los espejos pasados.[2]
En los relojes dobles los espejos lunados
juegan al gemelazgo de dioses olvidados [3]
y mientras trazan curvas con ansias siderales
dos ojos en la alcoba hacen viajes astrales.[4]

IV. 1

De la vía estrecha a la ancha,
desde la baja a la alta,
¡cuántos son los que me miran,
qué pocos los que me pasan!

IV. 2

Vas sumando y voy restando,
tú en tu espejo y yo en el mío.
Cuando me voy calentando
tú te vas quedando frío.

IV. 3

Yo soy Cástor, tú eres Pólux,
en espejos narcisados.
Si tú en tu noche te ahogas
en mi día te rescato.

IV. 4

Jugando a los equinoccios
Cautopate se hace Cautes
mientras Mitra y San Miguel
con sus capas se hacen pases.

V

Oí por los espejos el grito de una noche
sin saber en qué fila de noches colocarla;
encendí cada noche para dejar a oscuras
la noche de ese grito hasta poder aislarla,
como el sereno antiguo que encendía farolas
una a una, en la calle terriblemente larga,
para luego apagarlas, llorando de tristeza
una a una, también, cuando llegaba el alba.
Mas cada noche en luz ocultaba su grito,
y una a una encendidas, resplandecían largas,
larguísimas hileras de noches desgritadas.
Consulté los espejos donde temblaba el eco
del grito de la noche que así se enmascaraba,
y en los espejos todos vi las noches luciendo
cómplices, el silencio de la noche ocultada.
Las fui apagando todas, una a una, en su fila,
como el viejo sereno de antiguas madrugadas.
Y el grito de la noche se quedó en los espejos
como el eco de un llanto o de una carcajada.

ENRIQUE DE RIVAS

SUR, Nº 76, enero de 1941

ELENA BELLAMUERTE

No eres, Muerte, quien por misterio
pueda a mi mente hacer pálida
cual eres. ¡Si he visto
posar en ti sin sombra el mirar de una niña!

De aquella que te llamó a su partida
y partiendo sin ti, contigo me dejó
sin temer por mí. Quiso decirme
la que por ahínco de amor se hizo engañosa:
"Mírala bien a la llevada y dejada; la Muerte
obra de ella no llevo en mí alguna
ni enojéla,
su cetro en mí no ha usado
su paso no me sigue,
no llevo su palor ni de sus ropas hilos
sino luz de mi primer día,
y las alzadas vestes
que madre midió en primavera
y en estío ya son cortas;
ni asido a mí llevo dolor
pues ¡mírame! que antes es gozo de niña
que al seguro y ternura
de mirada de madre juega
y por extremar juego y de amor certeza
—ved que así hago contigo, y lo digo a tus lágrimas—
a sus ojos se oculta.
Segura
de su susto curar con pronta vuelta".
¡Si he visto cómo echaste
la caída de tu vuelo, tan frío,
a posarse al corazón de la amorosa!
Y cual lo alzaste al pronto
de tanta dulzura en cortesía
porque amor la regía,
porque amor defendía
de muerte allí.

¡Oh! Elena, ¡oh! niña
por haber más amor ida,
mi primer conocerte fue tardío
y como sólo de todo amor se aman
quienes jugaron antes de amar
y antes de hora de amor se miraron niños
—y esto sabías: este grave saber
tu ardiente alma guardaba;
grave pensar de amor todo conoce—

así en ternísimo
invento de pasión quisiste esta partida
porque en tan honda hora
mi mente torpe de varón niña te viera.
Fue tu partir así suave triunfando
como se aquieta ola que vuelve
de la ribera al seno vasto
en tu frente un fin de ola se durmió
por caricia y como en fantasía
de serte compañía
y de mostrar que allí
Ausencia o Sueño pero no muerte había;
que no busca un morir
almohada en otra muerte.
Pero sí sueño en sueño;
niño se aduerme en madre.
Y te dormiste en inocente victoria.
¿Te dormiste? Palabras no lo dicen.
Fue sólo un dulce querer dormir,
fue sólo un dulce querer partir
pero un ardiente querer atarse
pero un ardiente querer atarme.
¿Dónde te busco alma afanosa
alma ganosa, buscadora alma?
Por donde vaya mi seguimiento
alma sin cansancio seguidora
mi palabra te alcance.
La que se fue entendida
cual ninguna, entendida en su irse
y su retorno.

Y si así no es ¡no cortes Hombre mi palabra!
Y si así no es, es porque es mucho más.

Criatura de porfía de amor
que al Tiempo destejió.
Que llamó a sí su primer día,
se hizo obedecida a su porfía;
y se envolvió la frente
y embebió su cabeza
y prendió a sus cabellos

la luz de su primer sagrado Día
dócil al sagrado capricho
de hora última de mujer
en el terrenal ejercicio.

Y me decía
su sonreír en hora tan oscura:
"Déjame jugar, sonreír. Es un instante
en que tu ser se azore.
Llévome de partida
tu comprenderme. Voyme entendida,
torpeza de amor de hombre ya no será de ti".
Niño y maestra de muerte
fingida en santo juego de un único, ardiente destino.
Fingimiento enloquecedor
que por Palabra tuvo
el torrente de las lágrimas corriendo.

Cual cae en seriedad y grave pulsa
pecho de doncella turbado
por cercanía de amor
y pónese en valentía y pensamiento
de la prueba fortísima,
quedó aquél para sólo quien
fue entendida, oculta y mostrárase de nuevo,
la amorosa.

Yo sabía muerte pero aquel partir no.
Muerte es beldad y me quedó aprendida
por juego de niña que a sonreída muerte
echó la cabeza inventora
por ingenios de amor mucho luchada.

¡Oh qué juego de niña quisiste!
Niña del fingido morir
—Con más lágrimas visto que el más cierto.
Tanta lucha sudorosa hizo la abrumada cabeza
cuando la echaste a dormir tu "muerte"
en la almohada
—del Despertar Mañana—
ojos y alma tan dueños del mañana

que sin amargarse en lágrimas
todo lloro movieron.
Tanta certeza en el ser de una niña florecida
secos tuvo sus ojos: todo en torno lloraba—.
Oh niña del Despertar Mañana
que en luz de su primer día se hizo oculta
con sumisión de Luz, Tiempo y Muerte
en enamorada diligencia
de servir al sacro fingimiento
del más hondo capricho en levísimo juego,
de último humano querer de la ya hoy no humana.

Muerte es Beldad
pero muerte entusiasta,
partir sin muerte en luz de un primer día
es Divinidad.

Grave y gracioso artificio
de muerte sonreída.
¡Oh cuál juego de niña
lograste Elena, niña vencedora!
Arriba de Dios fingidora
en hora última de mujer.

Mi ser perdido en cortesía
de gallardía tanta,
de alma a todo amor alzada.
¿Cuándo será que a todo amor alzado
servido su vivir,
copa de muerte a su vivir servida,
pruebe otra vez, la eterna vez del alma,
el mirar de quien hoy sólo el ser de la Espera tiene
cual sólo el ser de un Esperado tengo?

1920

MACEDONIO FERNÁNDEZ

SUR, Nº 82, julio de 1941

SONETOS DE LA PENUMBRA

I

Por ir vagando con el paso lento,
adherido, en la sombra, a una fachada,
sólo viví una vida trasnochada,
sólo cuajé el zafir de un pensamiento.

Bastóme humilde techo y alimento,
fui el hombre que jamás precisó nada.
Si me llegó una hojita enamorada
fue porque, raudo, me la trajo el viento

Y era feliz con mi silencio altivo,
mejor indiferente, que hasta al necio
le di ocasión para mostrarse vivo.

Y ahora ansío lo frágil y lo recio.
Ahora que en mi sillón yazgo inactivo
todo lo peso, mido y justiprecio.

II

Más que solar mi vida fue lluviosa,
más que la aurora amé la noche ciega,
el silencio y su dedo y no la brega,
calza ceñida, a túnica ampulosa.

La mano que se tiende temerosa,
no la que te aprisiona y no se entrega.
No la boca que clama, la que ruega,
más que vivo clavel, difunta rosa.

Nada como la lluvia a la ventura,
máscara de las calles principales,
y el perramus pegado a la cintura.

Ahora la tengo ahí, tras los cristales,
hembra que en hilos cela su hermosura,
pero que nunca han visto ojos mortales.

BALDOMERO FERNÁNDEZ MORENO

SUR, Nº 34, julio de 1937

POEMAS PÓSTUMOS

RIBERA DE 1910

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.
JORGE GUILLÉN

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.
El tren y la mujer que llena el cielo
Tu soledad esquiva en los hoteles
y tu máscara pura de otro signo.
Es la niñez del mar y tu silencio
donde los sabios vidrios se quebraban.
Es tu yerta ignorancia donde estuvo
mi torso limitado por el fuego.
Norma de amor te di, hombro de Apolo,
llanto con ruiseñor enajenado,
pero, pasto de ruina, te afilabas
para los breves sueños indecisos.
Pensamiento de enfrente, luz de ayer,
índices y señales del acaso.
Tu cintura de arena sin sosiego
atiende sólo rastros que no escalan.
Pero yo he de buscar por los rincones
tu alma tibia sin ti que no entiende,
con el dolor de Apolo detenido
con que he roto la máscara que llevas.
Allí león, allí furia de cielo,
te dejaré pacer en mis mejillas,
allí caballo azul de mi locura,
pulso de nebulosa y minutero.
He de buscar las piedras de alacranes

y los vestidos de tu madre niña,
llanto de media noche y paño roto
que quitó luna de la sien del muerto.
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.
Alma extraña de mi hueco de venas,
te he de buscar pequeña y sin raíces.
¡Amor de siempre, amor, amor de nunca!
¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejadme.
No me tapen la boca los que buscan
espigas de Saturno por la nieve
o castran animales por un cielo,
clínica y selva de la anatomía.
Amor, amor, amor. Niñez del mar.
Tu alma tibia sin ti que no entiende.
Amor, amor, un vuelo de la corza
por el pecho sin fin de la blancura.
Y tu niñez, amor, y tu niñez.
El tren y la mujer que llena el cielo.
Ni tú, ni yo, ni el aire, ni las hojas.
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.

AIRE DE AMOR

Hay una raíz amarga
y un mundo de mil terrazas.
Ni la mano más pequeña
abre la puerta del agua.

¿Dónde vas? ¿Adónde, adónde?
Hay un cielo de mil ventanas
Batalla de abejas lívidas.
Y hay una raíz amarga.

Amarga.

Duele en la planta del pie,
el interior de la cara
y duele en el tronco fresco
de noche recién cortada.

Amor.
Enemigo mío
¡Muerde tu raíz amarga!

FEDERICO GARCÍA LORCA

SUR, Nº 201, julio de 1951

VERANO, SOMOS LOS VIEJOS

Implacable verano, deseo remoto
Cambiado por esta falsa aceptación
Que en privados reinos de lentitud
Es miedo hasta el juicio terminal.
Tu salvaje luz, pesado sol descendiendo
Nos degrada en hileras cada vez más secas
Con violaciones de ácidas conjeturas
Sobre el objeto de la vida que vivimos,
Los tormentos posibles y eternos,
Las reencarnaciones posibles e infinitas;
Sobre la malograda vida posible
Que embotamos por esperar cómodos moldes
Y caridad sin las consabidas inmundicias,
Sólida en cuestiones de hiel y pecado.

Implacable verano, somos los viejos,
Fuera de ti, fuera del voluble exceso
A que invita el tiempo, su silencioso crédito.
Dios llega como un ladrón
Y nos hallará preparados, despiertos,
Apoyando el alma que no piensa
Y el cuerpo que ya nada recobra
En el giratorio rumbo del presente.
Somos los viejos, los ancianos,
Antes que nos borren
Suplicamos aquí algún influjo,
Alguna costosa veneración
Que recuerde otra edad,
Otro verano.

CUATRO POEMAS

CASI MUJER Y TODAVÍA NIÑA, EMERGES

Casi mujer y todavía niña, emerges
de la prueba del sapo, infalible,
y de la prueba puerperina de la oveja,
como uncida
de fundirse con el padre,
de la figura de la madre,
al papel de María
en la economía de nuestra salvación,
y supones,
así ungida, ir repitiendo
el nudo de la desobediencia de Eva,
y desatándolo
por la obediencia de María,
preñez de un vientre
con lo que a través de Eva es muerte
y vida a través de María,
desplazamiento
obstinado y suave,
resuelto como el avanzar
de una hormiga en pos del grano
que allí dentro crece,
segura de alcanzarlo
y cargarlo gozosamente.

SI TE CONSIDERAS IMPRESIONABLE

Si te consideras impresionable
pruébalo, conmuévete
con la asustadiza, recelosa,
pálida vieja viuda
de ojos de rata
que recibe pésames, suspira
desde el grueso, saliente morro,
chata nariz, piloso labio,

y cuanto mueve la comparación
con una rata,
roedora
victimaria que luego
de nutrirse, roer, cortar
menudamente su víctima,
rindiéndose a un instinto lloriquea
envidiada por el gusano
como dueña del campo, victoriosa
y enviada, ensalzado
modelo de tenacidad, pasión,
por los que veneran y ansían
la sangre de sus cónyuges
y temen absorberla, temen
perniciosas resurrecciones.

SI DRAMATIZAS CANTANDO

Si dramatizas cantando,
imitando a Marie, desdicha de Wozzeck,
y tan fríamente
como el método realista lo permite
entonas un macabro monólogo, ése
de Marie al acostarse con soldados
rastrear en oscuros bosques
al Tambor Mayor, amante muerto,
es porque el mero recitativo, declamación,
sonaría a falso, histérico,
y porque
las emociones hondas
requieren el canto,
prisionero quien canta
en la sutil gradación, el transcurrir
de lo hablado, discurso, al canto,
y apoyándose
en que la melodía le ofrece
amparo por dentro, un jardín
asequible mientras cante
y que excede los límites de la música.

TU PSIQUIS, CUEVA

Tu psiquis, cueva
de idiotismos, asociaciones
con y sin significado,
orden y desorden, subterránea
gloria de lo inviolable,
recinto
de prácticas anhelosas
de la figura de la madre,
de fundirse con el padre,
cielo
regresivo, infantil, narcisista,
Eros
agitándose en contradicciones,
vergonzante y premioso
invocar a Tiresias
para que presencie, te defina
el sacudir del amor,
brotes imaginativos
con tipos ideales de burdeles
concebidos como religiones ideales,
y reclamos
por una identidad adulta
que tardará en llegarte,
no te llegará a tiempo.

ALBERTO GIRRI

SUR, Nº 29, febrero de 1937

A UNA MÚSICA YA OTRA VEZ VIVIDA
(En un alto del tren)

Rubio acordeón, compendio del verano;
musiquilla carnal y volandera:
aquella prisa que abrevó a tu vera
¡Cual su acero ablandó bajo tu mano!

Flor en esquivo leño
—zarzal la tarde, tú la oculta rosa—
que sus horas brotaron.
Sueño con tanta dimensión de sueño
que aun la estación de Sarandí y su prosa
anclas de realidad por ti levaron.

¿De qué escondidas fuentes,
por qué cauce profundo
venías hasta el mundo
de las gentes?
¡Lazo que agavilló por un segundo
aquel haz de destinos diferentes!

Antes que el tiempo conociera nombres:
¿Sonarías en vano?
¿Desde cuándo fluía tu desgano
llorado —siglo a siglo— por los hombres?

Sorda esperanza en nadie esperanzada
buscando un alma con tu alado paso;
leve estría de siesta en el ocaso,
eco estival, sonora miel pausada.
Recuerdo, y en ti sola recordada.

¿Vieron los otros como el alma mía
tu raíz que se hundía
buscando el infinito, y de qué suerte
por la celeste cueva
entrabas en el túnel de la muerte
dando a otra claridad igual y nueva?

Áspera realidad que serenaba
—duro cristal que se ablandó a tu quilla—
tu música sencilla.
¿Qué anillo de centurias se cerraba?
Y en tanto que te oía:
¿Qué curva eternidad de ti partía?

(Sorda estación, de utilidad te han hecho;
de hierro, precisión, humo y olvido.

Con tu abejorro musical dormido
estaba el sol adentro de tu pecho.)

Partí otra vez, como otra vez.
Ya sabes
que en el tiempo no cabes.
Para volver de nuevo en otra vida
con idéntico asombro inexpresable
e igual piedad por el amor transida
por este tu morir inacabable.

SUR, Nº 232, enero-febrero de 1955

SÍ, POR EL AIRE

Aventurar palabras por el aire:
inútil es pensar en cetrería
más noble y cruel, rapacidad más tierna
para asir las parábolas del vuelo
y al coincidir con su seguro rumbo
llenar tus manos de sangrientas plumas.

Aventurar palabras por el aire:
¿Quieres más riesgos? Búscalo en la savia
que alza imprudentes cálices al viento
mientras mantiene el pétalo y su número
cuyo matiz justísimo decide
sin que apelen su fallo las abejas.

Aventurar palabras por el aire:
No, mayor osadía no has de hallarla
ni en el cristal cerrando su geométrica
eternidad en transparente cárcel
por decisivos ángulos ceñida
mientras la luz se quiebra en sus caireles.

Aventurar palabras por el aire:
si buscas aún más tenue incertidumbre
bucea en el trasfondo de los sueños,

entre rostros que no se corresponden
y coinciden —traslúcidas medusas—
únicamente en la sonrisa ajena.

Aventurar palabras por el aire:
suéltalas a volar, pero no olvides
que el pórfido es más blando y el basalto
más dúctil que un adverbio, si se obstina
insidioso en decir lo que anhelabas
callar, mientras silencia cada grito.

Aventurar palabras por el aire:
¿Hay un oficio más mortal? Un día
degollarán tus ansias inocentes,
mutilarán tus pobres certidumbres
aniquilando en pródigas hogueras
la parca provisión de tus fogones.

Aventurar palabras por el aire:
no hay mayor gallardía si relucen
en desnudez de riesgo sus metales
de vírgenes espadas, guarneciendo
entre filos insomnes el prodigio
que sus vibrantes sílabas custodian.

Aventurar palabras por el aire:
nunca hallarás pasión más inflamada
ni cuando asciende el grito verdadero
sin discernir tu carne de la suya,
en pugna ardiente, y el mordido beso
del resollar se salva en el arrullo.

Aventurar palabras por el aire:
¿Sabes que añadirás vida a la vida?
¿Que la comba del cielo es sólo un eco
perdurable? Que el sol cuando amanece
sólo es la primer Voz que aún aventura:
—¡Sea la luz! ¿mientras la luz se hace?

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

SUR, Nº 281, marzo-abril de 1963

EL OFICIO DEL POETA

Contemplar las palabras
sobre el papel escritas,
medirlas, sopesar
su cuerpo en el conjunto
del poema, y después,
igual que un artesano,
separarse a mirar
cómo la luz emerge
de la sutil textura.

Así es el viejo oficio
del poeta, que comienza
en la idea, en el soplo
sobre el polvo infinito
de la memoria, sobre
la experiencia vivida,
la historia, los deseos,
las pasiones del hombre.

La materia del canto
nos la ha ofrecido el pueblo
con su voz. Devolvamos
las palabras reunidas
a su auténtico dueño.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

SUR, Nº 131, septiembre de 1945

MESA Y SOBREMESA

Para Alfonso Reyes

Luce sobre el mantel, más blanco ahora,
El cristal – más desnudo.
Yo al amarillo ruboroso acudo:
Para mí se colora.

¡Fruta final! Un rayo se recrea
Dentro de nuestro juego,
Íntimo se perfila. Yo me entrego.
¡Color, perfil, idea!

En más placer la idea se nos muda,
Y de amigo en amigo
Rebota hacia la dicha que persigo:
Normalidad aguda.

¡Tanto verano generoso lanza
Sus fuerzas al concierto
De este sabor total! Mi mundo es cierto:
Casa con mi esperanza.

¡Oh diálogo ocurrente, de improviso
Luz en la luz vacante,
Punto de irisación en el instante
De gracia: Dios lo quiso!

A través de un cristal más sol nos llama.
¡Suprema compañía!
Tan solar es el vaso de alegría
Que nos promete fama.

¡Humo hacia el sol! El aire se concreta:
Jirón gris que yo esbozo.
Calladamente se insinúa el gozo
De una gloria discreta.

El tiempo se disuelve en la delicia
De un humo iluminado
Por ocio de amistad. ¿No es el dechado
Que el más sutil codicia?

Se redondea el borde de la taza
También para la mente:
Lúcida ante el café, se da al presente,
Y a la verdad se abraza.

¡Posesión de la vida, qué dulzura

Tan fuerte me encadena!
¿Adónde se remonta el alma plena
De la tarde madura?

MÚSICA, SÓLO MÚSICA

Por los violines
Ascienden promesas.
¿Me raptan? Se entregan.
Todo va a cumplirse.

Implacable empeño
De metal y cuerda:
Un mundo se crea
Donde nunca hay muertos.

Hermoso destino
Se ajusta a su temple.
Todo está cumpliéndose,
Pleno en su sonido.

Se desliza un mundo
Triunfante y su gracia
Da forma a mi alma.
¿Llega a un absoluto?

Invade el espíritu,
Las glorias se habitan.
Inmortal la vida:
Todo está cumplido.

PLENO AMOR

I

¿Amor envuelve en las formas
De un viento? Se transfigura
Bajo un viento nuestro abrazo:
Concentrándose está en lucha.

Triunfo habrá para los dos.
Gocémonos. ¡Oh, no hay burla
Contra la fe ya animal
De toda la criatura!
Desaparece la estancia.
Una luz de anhelo y súplica
Crea un ámbito al amor
Con muros de sombras juntas.
Infinita, sí, transcurre
La noche. Pero se ajusta
—Con la precisión de un mundo
Soñado por la absoluta
Claridad— a este clarísimo
Destino: nuestra ventura.
Y la ventura despacio
Va confiándose —¡nunca
Más estrellas en el cielo!—
A una pesadumbre suya.
Mientras —la carne es también
Alma, reina tu blancura—,

Un ritmo acoge y acrece
La obstinación —¡qué profunda
Masa tanta noche en vela!—
De esta casi calentura,
De este buen ardor.
Palpitan,
Humildemente nocturnas,
Las estrellas como si
Regalasen una luna
De paz.
¡Paz en la verdad!

II

En la verdad: y se anuncia
Como término inminente
Lo más fabuloso.
¿Tumba
Para una resurrección,

Para llegar a ser pluma
Casi indistinta del aire,
Aire sobre el mar, espuma
Que fuese nube en un cielo
Con voz de mar?
No hay más ruta
Que este más allá mortal:
Vértigo de una dulzura
Que de más vida en más vida
Se atropella, se derrumba,
—¡Llega a tal embriaguez
El ser que desde su altura
Conspira al derrumbamiento!—
Y va a la noche desnuda
Con un ansia de catástrofe,
O de postrer paz, en fuga
Final ¿hacia qué reposos,
Qué aplanamientos, qué anchuras,
...O hacia la aniquilación
Desesperada?
¡Concluya,
Concluya tanta inminencia!
Todo se confía —¡nunca
Más estrellas en el cielo!—
A su pesadumbre muda,
Fatal.
¡Sea!
Fatalmente
Puede más que yo la angustia
Que me entrega a la catástrofe,
—Todo conmigo sucumba—
Que no será...
que no es
Una catástrofe —¡brusca
Perfección!— por más que abdique,
Y se desplome y se hunda
—Amor, amor realizado—
El alma en su carne: puras.

JORGE GUILLÉN

SUR, Nº 247, julio-agosto de 1957

LOS DONES DE LA NOCHE

Inmóvil soledad grave de los planetas.
TRISTÁN TZARA

Mi pecho se ha nublado
y voy desnudo hacia tus dones ciegos.
Miro las floraciones que la luna devora,
el ocio de un insecto
entre las finas envolturas del asco,
y caigo, madre mía,
a tu estrellado vientre de fracasos.

Yo sorprendí el orgullo de tus raros espejos,
el lujo de tus frutos
bajo los amuletos brillantes del calor.
Allí se abrió en palmera mi deseo
—crueldad o luz— y olvido
en la pesada dicha de unos cuerpos.

(Ese ritual de cáscaras,
esos dioses morenos
han ido levantando las columnas de estiércol.
Y en la vergüenza, ahora,
dura joya nostálgica,
rompe sus bajas luces el silencio.
Ángel de prohibiciones: toda la noche agitas
una misma bandera de tormentos.)

¡Ah cómplice tendida junto al apasionado,
puro centro del vértigo!
¿A dónde el héroe claro
con el laurel que arrebató a los muertos?
Injuria, sed y polvo
mientras el tiempo asume
la rebelión marchita de tus astros.

¡Hogueras, lejanías, furia de madureces!

¿Conservaré la dieta de cenizas,
mi pequeña oración,
cuando el desorden haga sentir tu oscura profecía?

Dame, noche, los pájaros suntuosos
—tu corona de engaños—
para llorar, inútil, sobre la lenta claridad vencida.

SUR, Nº 252, mayo-junio de 1958

LA MADRE

Vigilia perfumada
su obediencia de frutos
cada día.

A su amparo y volumen
despertaban los grandes
girasoles cautivos.

Certidumbre de ombligo
su claridad risueña
prometía.

Cuando la mecedora se apagaba
junto a los arcos de la galería,

de sus manos morenas, enlazadas,
la ternura del mundo descendía.

TARDE CON GORRIONES

Casi lluvia
mi pecho
de sabrosa ternura
consumido:
los árboles más verdes,
el cielo fino,
y tan bendito el mundo
que mis ojos abiertos

dieron trinos.
Dios mío,
tu gloria entre los pájaros
sencillos.

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ

SUR, Nº 8, septiembre de 1933

EL PASAJERO DE SU DESTINO

Es así como somos
Y como nos paseamos hoy sobre la tierra
Precedidos por los ruidos de nuestros antepasados y seguidos por el dolor de nuestros hijos
Aferrados a nuestra edad y cantando cuando las rocas lloran la muerte de un velero que han preferido sin razón alguna
O tal vez porque lo vieron jugar en su infancia
O porque era hermoso todo lleno de viento viniendo del país del viento

No tenemos miedo cuando el viento arranca las palabras de nuestra garganta
No tenemos miedo de las ballenas ni de todos esos monstruos que tienen más envergadura que una campanada
No tenemos miedo de inclinarnos sobre vuestras canciones de las cuales pueden saltar un geyser amenazador y un vértigo infinito de las brumas
No tenemos miedo del más allá que se agita como un mudo el más allá que va a saltar sobre nuestra razón
Y de ese frío lúcido que vela sobre la constelación de nuestras inquietudes
Más absurdo que el muerto que han enterrado con la mitad de una carta en el cerebro
Con una palabra fabulosa en medio de la lengua
Con un gran rostro entre dos hilos de lágrimas al fondo de sus ojos
Esos ojos que se convertirán en tiernos guijarros sobre los caminos del más allá
Todo esto es útil para la formación de la superficie
Para el interés del fuego impaciente en el fondo de su antro
Y debemos señalar su trabajo y elogiar su ley

Es tarde en todos los rincones del mundo
Es tarde y el tarde va a hundirse en el mar
Sin soltar el timón del horizonte
Porque él es jefe único él guarda el secreto
Él puede levantar el brazo y desatar de la muerte el cadáver reciente
Ahora que tú tiemblas como el mar
El horizonte va a hundirse para siempre
Ahora que la selva pasa al enemigo
Lánzate sobre el mar
Separando las olas como el cadáver separa la eternidad

Hombre tú ves que el mar se amalgama y tienes miedo
Tú bien podrías saltar por encima de la conflagración de mentiras unánimes
Invade el terreno sideral sin vacilar
Invade los países del loco que te desprecia y te mira con la parte inferior del alma
Proclama tu importancia a la tribu sometida que empieza a aparecer en el fondo del cielo

II

La tierra está en fiebre a causa de los cantos seculares de los pájaros
Es el despertar inútil de la tribu iluminándose a cada paso
El mar lava sus olas sus olas deben suavizar el mundo
Y esparcir sus caricias hasta la extinción de la comarca
Es probable que vayan a pulir el cielo como la proa de un gran navío
Tal vez envejezcan antes que los árboles obsesionados por fantasmas después de media noche
Los árboles sin suerte los árboles perdidos como el abuelo que trata de salir de nuestra profundidad
Y hacer gestos de ausencia en el vacío
He aquí el acontecimiento abrupto después de la perdición
He ahí la habitual desdicha del que no puede detener los ríos
Y debe llorar sus muertes como las montañas
En vano él quisiera cerrar el mar
Mañana las espumas emitirán un pensamiento nuevo
Harán coronas brillantes para mi corazón capaz de rodar como vuestros mejores veleros
La catástrofe memorable huye sin esperar el resultado

Se hunde a velas desplegadas en las aguas antiguas
Sin siquiera mirar al rey a la deriva que ha olvidado las maniobras de excepción
He visto como nadie surgir bajo mis pies la abierta soledad
Y he sentido en mis ojos el sobresalto estelar
El tal vez idéntico a los parajes desconocidos
La lejanía sin solución
El sitio de la altura en donde alguien ha dejado la huella de sus pies
La punta extrema del árbol donde empieza el infinito
Y el mar a lo lejos como el terror de la noche
Silencio os suplico silencio
Hay un sueño que pasa entre los hombres
Hay un sueño en marca entre los hombres y los presagios
Tenemos sed de un sitio sin inquietud y sin cálculo
En donde el demonio de la tempestad tendrá los ojos marchitos y los cabellos cortados
Silencio te suplico
Mira pasar la nave hipnotizada de mi alma
Arrastrando una larga barba de agua
Mira esa estrella en el fondo del cielo
Esa estrella que pasa con todos sus marineros

III

Es preciso arrojar los números y seguirlos con nuestros ojos
Verlos tomar su puesto buscar la elevación injusta del humo
O bien caer al fondo de la memoria
Te digo que no hay que dejarse enrollar por el viento
Que es necesario llamar a la puerta del torbellino
Nunca debes huir el acercamiento del horror ni de la simple novia que canta la alegría de sus arterias
Ningún abismo debe perturbar el reír de tus dientes heroicos
Ningún aliento debe empañar el metal de tu alma
Ni remecer tus edificios internos
Quiero verlos brillar siempre con el mismo fósforo del tiempo
Encima del ala viril inmovilizada a causa de su blancura
No esperes ese encuentro prometido en los profundos terciopelos eternos
Es preciso cubrir el naufragio bajo un edredón de lana
Es preciso saludar los oráculos del mar
Encadenar el paraíso bajo el fuego de nuestra voz

Devolver nuestro corazón a su tienda
No queremos reparticiones gratuitas antes de la vida
Es preciso tapar el naufragio con un corcho cualquiera
Olvidar el vuelo de las manos desesperadas
No hay circunstancias atenuantes para el cielo
Yo no quiero resbalar sobre las nubes ni caer en las trampas tendidas por el enemigo que no se nombra
Que la muerte desesperada aúlle y que lance su simiente
Que tambalee entre las piedras de sus abismos
Que divida los hombres
Que divida los hombres digo en rangos de sombra y de luz
La insinuación del misterio
La alternativa de dos orillas a escoger
Tampoco así me verás temblar
He aquí el polo sin fin he aquí el mar
He aquí el naufragio bajo una tapa de metal
El naufragio es el plato del cielo
No me verás temblar
Ni aun al ras de la media noche definitiva
De esa virginal media noche de todo hombre que nos espera a la orilla de nosotros mismos
De esa última medianoche que recae a veces con la quilla en el aire
No me verás temblar
Muy al contrario meceré las sombras en torno mío
Prepararé yo mismo el viento que deba empujarme
El gran viento solitario que quiere abrazar el destino
Tras de la postrera roca en donde se aferra la última sirena fatigada bajo el peso de sus cabellos sonoros

He aquí la roca sombría o primer semáforo del infinito irresistible solo semejante a los ojos del vértigo
He aquí erguida la roca tenebrosa como la estatua del destino
Mas allá está la zona sin frente ni cuerpo
La zona amarga como el viento después del rayo
La zona vacía en donde una pluma planea desde el principio del mundo
En donde todo se sepulta y se disuelve en el espesor de un manto irrisorio que cubre a los mendigos cósmicos
Los mendigos en agonía milenaria que se arrastran atados por la ley de las alucinaciones buscando una evidencia

1930

VICENTE HUIDOBRO

SUR, Nº 63, diciembre de 1939

EL AUSENTE

I

SIMA ESTRAÑA

Aire azul con sol azul,
pozo de absoluta luz
con brocal de peña nueva,
a tu fondo mi ser vuela
inflamado de alcanzar
la alta profundidad.

Yo sé bien que fui creado
para lo hondo y lo alto,
que vivo en una estación
en la que sólo el amor
puede enardecer el ansia
de la profundidad alta.

Y sé que le da más luz
este amor a esta inquietud
que me consume; y lo quiero
porque subiendo en su fuego
pueden mis llamas llegar
a la alta profundidad.

II

MAR SIN MAR

Este mar que me trae y que me lleva,
azul y alto; morado; dulce y oro;
liso o tremendo; verde,
a ciudades sin fe, de tierras hueras,
¿es agua? ¿Puede ser
sólo agua?

Elemental
fuerza sin relación, aprovechable
para un cuerpo que va con soles varios
(luces de estampa sin destino)
a la esterior belleza diferente
que no mira con ojos de absoluto.

Lo justo eterno; lo definitivo
antes, después y siempre ¿dónde estaba?
¿Sólo era una tierra la que hacía
el mar, el todo mar, el solo mar?

El mar solo ¿no existe?
¿Era una entraña firme, un suelo visto,
un fondo alto
lo que te daba vida, mar?
¿Eras tú porque eres
fondo, porque descansas
en tierra?

¿En dónde estás tú, mar, el mar
que me cojió otro tiempo, igual
que la tierra, como
el amor o la muerte;
mar que no suenas y no callas,
que no amedrentas,
que no alegras; mar vano,
mar... que no importas?

Mar ¿no eras más que lado,
como el cielo no es más que guarda
de una tierra, una madre?
¿No prendes tú raíz, no te la llevas,
no abres alas tan sólo para ti?

Mar ¡fue posible! Sólo cantidad,
para mí, calidad, temperatura,
ciencia, hora,
un día, un día largo, blanco, negro,
un siglo pardo, largo, negro,
un orbe negro, largo,
un todo negro.

III

DIOS VISITANTE

En las palmas canta un dios
con pico de hombre.
¿No lo miras
cómo se asoma y se esconde?

Nos dice lo que queremos
y entre lo oscuro lo pone.
¿Y quién es
el que primero lo coje?

El pájaro tiene cara
y sabemos que nos oye.
Le da la luna,
le da la sombra en su nombre.

Con el aire azul y verde
le da la luz en sus sones.
Oye bien
cómo nos dice "Yo soy".

SUR, Nº 222, mayo-junio de 1953

A LA LLAMA DE LUTO

La luz que rajó sus ojos,
no fue la del firmamento;
era más dura que azul,
y fundía más luceros
que le entra la noche al día.

El rayo saltó en el centro
de su fe más entrañable,
su pecho de gloria lleno.
Y nadie se lo creía,
perdió la luz del secreto,
y nadie se lo creía

viendo sus ojos serenos
que eran el día y la noche
trocados los hemisferios.

Y nadie se lo creía,
que él era ciego hacia dentro,
y le cantaba a la llama
de luto de su antro interno
(donde latía la mina
de sus más ricos veneros)
bella más que el tiempo es mudo,
que el espacio está desierto.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

SUR, Nº 319, julio-agosto de 1965

EL AMIGO

He aquí por fin el horrible verano, el propietario rápido,
llegó como una visita hermana del polvo, elemental,
e inobjetable su cuerno de vaca, el ilustre. Sin embargo
como ya habíamos sido jóvenes otros veranos
y nunca fue posible pertenecerles con seguridad, sólo
silbando afuera mucha cerveza atinamos ahora en verdad
a encontrarnos con nosotros mismos, veraniegos,
y sobre todo a no perder la ecuanimidad ante el Sol,
gritarle: "Intacto, amigo", después
de tanto verlo girar asombrado de nuevo.

DONDE NO PUEDE COLGARSE EL POLVO

El serrucho de los infatigables zorzales se esconde
cada vez más hondo en los oídos del extático dichoso,
¿pero cómo elogiará éste la intrusión del misionero demente
si el autor de tanto trabajo aéreo carece de yo y anteojo,
cartas donde se acumule el pequeño escombro de un remitente no recibe
y si el teléfono llama equivocado no sentirá a la ácida

y vacía manera estomacal cierta desilusión o síntoma inconfundible
de ofensa?

LUIS JUSTO

SUR, Nº 319, julio-agosto de 1969

DEMOLICIONES

Lo más nuevo es una ruina que empieza
lleva su grieta de nacimiento
su hendidura natural
la herencia de las destrucciones
y del pecado original de haber nacido.

La tarea del hijo es demoler al padre
cuya inmediata presencia le oprime
y entre las ruinas de éste
no sin combates logradas
reconciliarse al cabo de esa guerra
con algún antepasado sin nombre
en cuya sombra difusa y tenue
se pone a excavar buscando cosas
parecidas las que destruyó hace poco.

Paravientos
muelles endebles y fortuitos
pasarelas de niebla
obras que sólo duran el tiempo de una necesidad
¿A qué nombrar ciudades y pueblos acabados o presentes?
Más vale el olvido porque entraña
la invención del recuerdo.
Mejor las arenas que los escombros.
Nombrar es matar la vida.
Lo nombrado es materia de destrucción.
El verbo es un dardo emponzoñado
y en el principio sólo hubo caos y vida incógnita.

Nada resiste ni subsiste.
Lo que se construye destruye.
Sucesivas olas carnívoras

con rumores humanos de animales feroces
componen la historia.

Confusión de lenguas
entre incendios provocados y exterminios.
La cópula es una guerra a muerte íntima
entre dos combatientes que se miran a sí mismos en el otro
y en suma
la nostalgia sólo piensa el futuro
recuerdos de lo no vivido
sabor y ausencias y carencias
memoriosas ganas
de un eterno regreso hacia el olvido.

Lo remoto
lo irremediablemente perdido
lo inútil lo gratuito lo olvidado
será aceptado solamente en esta lucha
que empezó en un paraíso sublevado
y tendrá su término —si es que lo tiene—
entre las jóvenes ruinas del porvenir.

JUAN LISCANO

SUR, Nº 181, noviembre de 1949

ELEGÍA

1 Navíos van
nutridos por el hambre,
caja de viento aspira
nublados tan abiertos.

Cocean tres caballos para ti
grumo de acecho;
de sal, de carcomidas
estevas te fecundan.

Duerme la piedra viva
el ollejo paterno.

Cerrado lienzo del ayer
tregua con hilos esta lumbre,
mueve astro su pico.

2 Hoy este amor abunda
ciegamente.

Habíteme la turba;
dejadme lirio, apaga
esta cena de muerte.

Sígueme, sombra alada
con tu belfo natal,
ojuelo de las aves,
capullo que en el aire se cobija.

Admíteme en tu soplo, no haya herida
que mi desvelo ciña,
refúgiame sin más en rudo vientre,
cántame junto a ti.

3 Contra hueso la ausencia
calles atrás, espiga hacia los años
con su oro de amor, castas esferas
van de piedra hasta muro.

¿A quién lloran, a quién
no concilian las llamas tan plañidas?

4 Pueda llevarte mirador
alto nivel de olas
en la llana comarca.

Arreos de la noche
naciendo flor en cuello marejaban;
tanta vez y dolor
con su grey de silencio,
con la palabra a fondo
y juntos que se aman.

Me lleve morador, duélame carmen

si algún azadón es, quede en la rosa,
en el seno suceda alto camino.

Antiguamente a ti, señor
para hallar una cava más profunda.

Corva siniestra del amor.

Oh, la grama del tiempo
mira las horas, cuenta
estas aguas que fluyen dentro
el aire.

SUR, Nº 198, abril de 1951

HABLA DE VELADORES

Si sólo queda el filo del moribundo
ya ido para sí
qué de nosotros que en la noche
hasta el calado tuétano nacemos.

Gime roído por la hiel,
no lacta antigua albura,
llora su hado mientras sorbe
la tacita de sol contra la piedra.

¿Qué para ese reclamo?
Ni palabra.

Aquí velamos el dolor
y de tanto doler se nos apaga
roído, en la marea
de retirada, entre guijarros lentos.

No todo es pan para el hambriento,
hay también la arenilla
del hueso carcomido,
hay ese gusto de la mar salina,
hay lágrima de ayer.

Ni todo es llanto al que padece,
siquiera un vientecillo
mueve el aroma de la hembra amada.

3 Vierte silbo de luna
el iris por el río.

Sabe ungir la sangre
de fuentes venerables

Y ahonda herida y clama:
¿A qué el concierto si morimos?
¡Calla!

4 Hay quien te escucha,
Hay esa rosa del pecho,
hay doble paloma de pecho:
año repasta en tu costado
y muestra zarpa si le gimes.

Calla, mejor, y ciega
todo arte de arena,
liba sólo el sabor
de estar así, reunidos
junto a la mesa de tan viejas hablas.

5 Ama al que prisionero
vela en tu alta torre ya no mía.

Miraré el viento ir por la colina
oh, mis ojos, adiós, huerto de llanto:
¿Quién lo pasa si sombra?
¿Si cuerpo, dónde cabe?
¿Este yugo de adentro, quién servía?

Ama al que en ti demora,
ama al que en ti se anega,
tuyo lo mío, yunta en sola vega.

6 Por el cántaro cae
la antigüedad del dolor.

En la muerte abunda
acre fermento la lluvia.

Ese paisano acuenca
sus dos manos terrenas y bebe.

Y ese arado rotura el mantillo
y mañana, qué siega de flor.

EDUARDO LOZANO

SUR, Nº 279, noviembre-diciembre de 1962

LA VOZ

Después de un juego y una ciencia indivisibles,
y una dinámica erótica y cristiana.
Acumulando a expensas de la dicha, una versión
del mal y una política del cuerpo.
Estipulando la seda de los vicios y el corazón
de la palabra. Como una flor de grandes astas,
la voz nos llega del fondo de los órdenes.

Y allá, junto a las almas de artificio, la espuma
negra de los siete fuegos y el método del Tiempo.

UNA EXISTENCIA

La dimensión de un mal, el instructivo horror.
Perdiendo, ganando, en el maullido nocturno.
(He sido pues, el hijo experto de la aurora,
el que arrebata y expulsa, con grandes movimientos,
su idílica alegría.)
He aquí la muy sagrada y astuta existencia del
avaro, para quien arde este rencor, en la apariencia
del bosque.

UN PAÍS DE TOLERANCIA

Royendo el hueso nocturno, un dios decapitado.
(Hablo de un país de tolerancia.)
Las plañideras se disputan en combate la posesión
de las grandes hierbas. Los periódicos y otros
sortilegios, fomentan el consumo de los licores
del Gólgota. Y un caballero —que algunos toman
por Vampiro— carga su joven hígado con pólvora.

Para el viajero cansado de su sangre, depositario
de una gran tristeza, ésta es la puerta del cuarto
en que se muere.

JULIO LLINÁS

SUR, Nº 291, noviembre-diciembre de 1964

LA MANO

Quien gobierna esta mano que saluda,
parte el pan y abre la puerta de la casa
y después se pasea por la frente
o por el pelo,
como distraída,
diga, si sabe,
cuándo en el vacío
escribirá la última palabra:
en el agua que corre o en la arena,
en el vidrio empañado
de un tren en marcha que no llega, nunca llega.
Es una mano parecida a un guante
que enmascara la línea de la vida.
No deja huella. Es
apenas dorso de las alas de un pájaro.
La mano
cubre los ojos, cubre la memoria
de ese tiempo infinito que es el día
y la noche que sigue al otro día...
Diga, si sabe el que la mueve, cuándo

se acordará ella misma de mirarse:
puede ser una garra,
puede, en un espejo más real que el insomnio,
ver la piel y los huesos de sus garfios.
Y puede estrangular la voz, el grito.
Nada posee. Nunca tuvo nada.
Nada más que el amor lejano y solo.
Por eso abre la puerta y pasa el viento.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

SUR, Nº 6, otoño de 1932

POEMAS

EL BUEY

1. Si el buey cae de rodillas
En el avenal sonoro,
No podrá castigarlo el innoble boyero
Ni a tiro de piedra
Ni a filo de palabra:

Conduzca su buey al río
Todo innoble boyero,
Para que corran juntas la paciencia del agua
Y la mansedumbre del buey.

2. Tremendo en su nobleza el buey se humilla
Delante del innoble boyero.
Y su nobleza se llama
Nobleza del sexto día.

Tremendo en su hermosura
Sigue la fealdad del innoble boyero.
Y su hermosura se nombra
Hermosura del sexto día.

Tremendo en su inocencia comparte los castigos
Del innoble boyero.

Y su inocencia se llama
Inocencia del sexto día.

El buey es terrible y puro,
Como nacido de Palabra.

3. Feliz la tarde, si miró correr
Entre sus dos orillas la paciencia del agua
Del buey y del boyero!
Prudente segador el que levanta
La carne y el signo del buey:
La carne del buey para el hombre
Y el signo del buey para el hombre!

4. Bello, como nacido
Del amor arquitecto,
Y reverente al paso de los días,
El buey atado a su boyero guarda
Fidelidad a la Palabra.
Y en signo y carne su sombra
Es el imán de la paloma.

Arrodillado sobre las avenas lo miro:
Ante sus ojos claros
Puede nacer un niño.

E D A D

Al rumbo amoroso del viento
Se alzaron veletas de hierro.
A la sed amorosa del viento,
Árboles de hierro con frutas de hierro.
A los ejércitos del viento,
Doble muralla de hierro.

Y la paloma de fuego
Lloró sobre montes de hierro.
Y el amor del viento
Gimió en las arpas de hierro.

Yo busco el oro que viene
Sobre llanuras de plata
Fundida siete veces.

LEOPOLDO MARECHAL

SUR, Nº 262, enero-febrero de 1960

NO VENÍAS DEL MUNDO O DE LAS FLORES

No venías del mundo o de las flores.
Del viento profundo de la vida
venías,
como abismo de soles o de estrellas radiosas;
y me nombraste: llorabas igual que mi sollozo.
Te llamé bulbuciente y te dije:
Esta ciudad sobresale entre todas...
Y te sentí tan cerca —rozabas casi—
buscando la sombra de mi pecho
o esa arena de luna que baja en la noche,
por detener el fuego de tu clamor en mí.

Oh esmeralda de llamas, abrazada a mi espacio
Presentí tu inminencia,
la dicha milenaria de una luz que llegaba
al ramo de mis venas ya rotas,
como aguas implacables que escapando perduran.
Supe entonces la gloria de tu llanto
que destruía el ansia de mi muerte.

¿Quién te llevó al designio de los años
donde mi juventud se miraba
entre la lluvia de siete días iguales,
en el acontecer de una ciudad
roída de luces, por mí
que esperaba tu infinito?

¿Desde qué agosto descubriste mi espera,
mi infancia de cenizas, la amarga memoria de mi nombre
junto a la sed de esta nostalgia ahogada,

gimiendo por la tierra
donde el sueño del hombre es crimen o fatiga?

De más allá venías como el tiempo,
la angustia o el vivir; tú, compasión
otorgadora
del inmortal suceso de mis días.

Pero ya nunca amor ni lumbre ni descanso:
miedo sí, miedo feliz de una dicha:
temblor, morir — ser colmo de la gracia
bajo un cielo
donde el mar, más que los hombres
vive.

Sub vesperum...
Y sentí toda la luz que sólo
nos traspasa una vez.

Lejos,
cantaba el pájaro de la noche
sobre las ruinas del mundo.

DAVID MARTÍNEZ

SUR, Nº 291, noviembre-diciembre de 1964

TRES POEMAS DEL ANOCHECER

QUIERO QUEDARME

Pronto hemos de separarnos
y de decirnos adiós.
Uno seguirá camino,
el otro no.

Quiero quedarme y que sigas
como si te fuera en pos;

pero no vuelvas la cara,
mujer de Lot.

Irás sola, ¿y por qué triste?,
con mi recuerdo y con Dios.
Será posible que encuentres
alguna flor.

Si en cambio tú te quedaras,
¿cómo podré seguir yo?
Las noches me encontrarían
en donde estoy.

TEJES

Tejes. Callamos. Yo leo,
que es mi modo de tejer.
La casa empieza a tener
frialdad de mausoleo.

—Hace frío.
—Sí; hace frío.
—Pon otro poco de leña.
En el cuadro un árbol sueña
y frente a él corre un río.

—Rafael no viene más.
—Ya no viene más Irene.
—¿Y Dora?
—¿Y Pedro?
—¿Y Tomás?
—Ya ninguno de ellos viene.

Además, ¡cuántos se han ido
por éste o aquel sendero!
Otros no nacieron, pero
también los hemos perdido.

Transcurren unos minutos
en una quietud tan pura

que el tejido y la lectura
son perfectos y absolutos.

—¿Oyes? Salen de la escuela
los chicos.
—Pues ¿qué hora es?
Hablan y cantan. Después
sólo ha quedado una estela.

—¿Han llamado?
—Sí, han llamado.
Nadie ha llamado a la puerta.
Está la calle desierta
como un camino olvidado.

El reloj marca una hora
cualquiera en la eternidad.
Esta sí es la soledad.
Nunca la sentí hasta ahora.

—Es tarde.
—Es tarde.
Cerramos
la llave de luz. Salimos.
—Hasta luego.
Y nos dormimos.
Y después nos despertamos.

MIRO TUS OJOS

Miro tus ojos cansados;
tu faz que agostó la vida;
miro la nieve caída
en tus cabellos dorados.

Eres la misma que fuiste,
toda tú en manos y cara.
Antes Noemí y ahora Mara,
la misma, mucho más triste.

Te ves como en un espejo
en mi mirada cansada,
y piensas, sin decir nada,
que yo también estoy viejo.

Si no paz, y si no olvido,
espero algo, y tú también.
Estamos en un andén
después que el tren ha partido.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

SUR, Nº 40, enero de 1938

LA ROSA INFINITA

Había una niñez, unos jinetes y árboles,
—también sus cariñosos—
un portal conocido por sus flores,
algún brazo aquietado entre perfumes
y la sombra central de la madre.
Las miradas seguían
el tránsito dichoso de la aurora,
y el decaimiento de las azucenas.
Quien entrara buscando los cariños de adentro,
debía pasar
bajo aquella herradura de la suerte
que a través de los años sostenía
los bienes de la casa.
Recuerdo la secreta frescura del aljibe:
en su hondura temblaban nuestras risas
y un eco más profundo tenían las tormentas.
El zorzal prisionero, en el tiempo agradable,
ensalzaba los montes natales.

Desde nuestras esquinas se contemplaba el campo.
Había claras mañanas, sucesos de esplendor,
atravesadas siempre de carros y silbidos,
y en el umbral alguno se tardaba,

callado frente al pueblo
y admirando esos hombres que entraban con un canto
en que había una morocha prendada de un paisano.
Esto era en la provincia,
en la infinita rosa donde se holgó la infancia.

El campo se daba a la brisa,
y el alba era cantora
en los árboles del fondo de la casa.
Las crecientes, los soles, las incansables aguas
conmovían al viejo vecindario,
y el hombre trabajaba con dulzuras
en aquella quietud de esplendores durables.
(En todo lo que diga estará el cielo,
pues era en la provincia,
las bandadas cruzaban una luz melodiosa
y eran los años vueltos hacia el campo.)

En los desnudos brazos que el verano vencía,
jugaban los reflejos
y vi pasar la iluminada siesta.
Las calles empezaban con sol y jovencitas.
Una clara sonrisa
a veces detenía tormentas de jinetes.

Entre buenos recuerdos digo un hombre del monte,
y no quiero olvidar esos rosales
que repetían al viento su delicia
y en cuya hondura generosa
nosotros y los pájaros andábamos.

Había una niñez, una fronda y sus amigos,
luces a las personas semejantes,
una boca pesando virtudes y pecados,
y en el invierno, el reino
de los cantos distraídos.

Aquí rememoro un galope
cortando la dura medianoche
y el viento enloquecido en los parrales.

En el verano, la unidad de la alegría.

También las sucesiones afectuosas
de los brazos ligados,
y las glicinas, en el segundo patio,
junto a la cadena del pozo,
tan sonora en su anunciamiento del agua.
El cielo en nuestras predilecciones.
Sabíamos algunas palabras
para ayudarlo a Dios.

Por las tardes, el habla lenta del padre,
que andaba por el campo
y que volvía convocando la cena.
(Después, con la luna sobre el pueblo,
descansando en los crespos corredores,
nos explicaba el cielo.)

Demorando en los patios, las conocidas voces.
Bajo el aire sereno, una mano
ordenando la dicha;
cada uno combatiendo por sus ángeles,
y flores por fragancias agrupadas
continuando las imaginaciones
y la obscura riqueza de los sueños.

Cerca, el dormido río,
y la verde cintura que aromaba
la población, perdida en esa gracia.
El cielo, vecindad; el campo, al lado.
La calandria y la flor del espinillo
fueron el horizonte de aquellos suaves años.
Y campanadas lentas,
en la suspensa tarde del domingo,
confirmaban la paz de nuestros pechos.

Había una niñez, un silencioso y pájaros.
Lejos, la queja sola del ganado,
la brisa pordiosera del crepúsculo
y la noche de trébol,
ya dura en la maraña que tupía
las afueras con muerte y con guitarras.
(Y nada más había: yo y esto que nombro.)

El amparo de todos era un árbol sombrío;
la campaña, el regalo de los hijos varones.
La calle polvorienta fue patria del coraje,
y en el dormido pueblo
un silencio más grande recibía
las risas y los juegos.
Yo no era el más alegre de los cinco.

Desde nuestras esquinas se contemplaba el campo,
y recuerdo un obscuro galope
retumbando en el pobre anochecer.
Entonces, yo decía:
es alegre vivir en una estancia
y pasar temporadas en el monte.

Allá quedó la infancia, en ese umbral, mirando
el claro movimiento de los días.

CARLOS MASTRONARDI

SUR, Nº 43, abril de 1938

RECADO A VICTORIA OCAMPO EN LA ARGENTINA

Victoria, la costa a que me trajiste,
tiene dulces los pastos y salobre el viento,
el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico.

Y tu casa, Victoria, tiene alhucema,
y verídicos tiene hierro y maderas,
conversación, lealtad y muros.

Albañil, plomero, vidriero,
midieron sin compases, midieron mirándote,
midieron, midieron...
Y la casa, que es tu vaina,
medio es tu madre, medio tu hija...
Industria te hicieron de paz y sueño;

puertas te dieron para tu antojo
y el umbral tendieron a tus pies...

Yo no sé si es mejor fruta que pan
y es el vino mejor que la leche en tu mesa.
Tú decidiste ser "la terrestre",
y te sirve la Tierra de la mano a la mano,
con espiga y horno, cepa y lagar.

La casa y el jardín cruzan los niños;
ellos parten tus ojos yendo y viniendo;
sus siete nombres llenan tu boca,
los siete donaires sueltan tu risa
y te enredas con ellos en hierbas locas
o te caes con ellos pasando médanos.

Gracias por el sueño que me dio tu casa,
que fue de vellón de lana merino;
por toda hora en que olí alhucema,
por la mañana en que oí las torcazas;
por tu ocurrencia de "fuente de pájaros,"
por tanto verde en mis ojos heridos,
y bocanada de sal en mi aliento:
por tu paciencia para poetas
de los cuarenta puntos cardinales...

Te quiero porque eres vasca
y eres terca y apuntas lejos,
a lo que viene y aun no llega;
y porque te pareces a bultos naturales;
a maíz que rebosa la América,
—rebosa mano, rebosa boca—,
y a la Pampa que es de su viento
y al alma que es del Dios tremendo...

Te digo adiós y aquí te dejo,
como te hallé, sentada en dunas.
Te encargo tierras de la América,
¡a ti tan ceiba y tan flamenco,

* V. O. ha hecho en su jardín de Mar del Plata una fuentecita mínima de piedra donde beben los pájaros. Y la alimenta...

y tan andina y tan fluvial
y tan cascada cegadora
y relámpago de la Pampa!

Guarda libres a tu Argentina
el viento, el cielo y las trojes;
libre la Cartilla, libre el rezo,
libre el canto, libre el llanto,
el pericón y la milonga,
libre el lazo, libre el galope:
¡el dolor libre, la dicha libre!

Por la Ley vieja de la Tierra;
por lo que es, por lo que ha sido,
por tu sangre y por la mía,
¡por Martín Fierro y el gran Cuyano *
y por nuestro Señor Jesucristo!

Mar del Plata, 1938

SUR, Nº 192-194, octubre-diciembre de 1950

MUJER DE PRISIONERO

A Victoria Kent

Yo tengo en esa hoguera de ladrillos,
yo tengo al hombre mío prisionero.
Por corredores de filos amargos
y en esta luz sesgada de murciélago,
tanteando como el buzo por la gruta,
voy caminando hasta que me lo encuentro,
y hallo a mi cebra pintada de burla
en los anillos de su befa envuelto.

Me lo han dejado, como a barco roto,
con anclas de metal en los pies tiernos;
le trasquilaron como a la vicuña
su gloria azafranada de cabellos.
Pero su Ángel-Custodio anda la celda
y, si nunca lo ven, es que están ciegos.

* Nombre popular chileno de José de San Martín, nuestro héroe común.

Entró con él al hoyo de cisterna;
tomó los grillos como obedeciendo,
se alzó a tomar el vestido de cobra,
y se quedó sin el aire del cielo.

El Ángel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño;
le borra el mar de zarcos oleajes,
le sumerge una casa y un viñedo,
y le esconde mi ardor de carne en llamas,
y su esencia, y el nombre que le dieron.

En la celda, las olas de bochorno
y frío, de los dos, yo me las siento,
y trueque y turno que hacen y deshacen
de queja y queja los dos prisioneros,
¡y su guardián nocturno ni ve ni oye
que dos espaldas son y dos lamentos!

Al rematar el pobre día nuestro,
hace el Ángel dormir al prisionero,
dando y lloviendo olvido imponderable,
a puñados de noche y de silencio.
Y yo, desde mi casa que lo gime
hasta la suya, que es dedal ardiendo,
como quien no conoce otro camino,
en lanzadera viva voy y vengo
y al fin se abren sus muros y me dejan
pasar el hierro, la brea, el cemento...

En el oscuro, mi amor que come moho
y telarañas, cuando es que yo llego,
entero ríe a lo blanquidorado:
a mi piel, a mi fruta y a mi cesto.
El canasto de frutas, a hurtadillas
destapo, y uva a uva se lo entrego;
la sidra se la doy pausadamente,
por que el sorbo no mate a mi sediento,
y al moverse, le siguen —pajarillos
de perdición— los grillos cenicientos.

Vuestro hermano vivía con vosotros

hasta el día del sol y el umbral negro;
pero es hermano vuestro, mientras sea
la sal aguda y el agraz acedo,
hermano con su cifra y sin su cifra,
y libre o tanteando en su agujero;
y es bueno, sí, que hablemos de él, sentados
o caminando y en vela o durmiendo,
si lo hemos de contar como una fábula
cuando nos haga responder su Dueño.

Al vernos en la ruta, al encontrarnos,
aunque no le nombramos, bien le vemos,
caído en alga sobre su costado
o llegando en carrera, como el ciervo,
o en perfil que se hace y se deshace,
o con dedos que buscan nuestros dedos.

Cuando rueda la nieve los tejados
o a sus espaldas cae el aguacero,
mi calor con su hielo se pelea
en el pecho de mi hombre friolento:
él ríe entero a mi nombre y mi rostro
y al cesto ardiendo con que lo festejo,
¡y puedo, calentando sus rodillas,
contar como a David todos sus huesos!

Pero por más que le allegue mi hálito
y le funda la sangre pecho a pecho,
¡cómo con brazo arqueado de cuna
yo rompo cedro y pizarra de techos,
si en dos mil días los hombres sellaron
este panal cuya cera de infierno
más arde, más, que aceites, y resinas,
y que la pez, y arde mudo y sin tiempo!

GABRIELA MISTRAL

SUR, Nº 192-194, octubre-diciembre de 1950

CASA DE AMANTES ABANDONADA

Aún la roja palmera en el balcón
agitará sus secos cuchillos en el viento
—¡qué triste cabellera de destierro!—
En torno bate ese país tan áspero,
ese país tatuado por la aguja de piedra,
con seres puros y sombríos.
Feroces huracanes de silencio ruedan de las montañas
y flotan sobre huesos en el páramo,
y en las cruces de palo de las chozas, en corrales estériles.
La casa está aferrada a unas hierbas hurañas,
y los borrachos gimen en la noche bamboleando sus almas en la roca.
De día será igual: camiones conduciendo a unos indios errantes, sus semillas,
mercancías que pasan de uno a otro trocadas en codicia.
El viento allí rasguña la volcánica mueca de esa altura, asomado a otros dioses,
y abre su corazón de nata agria, de pastor sin memoria,
de llegada en el alba donde hay sólo unas bestias entre cactus y un hacha amoratada.

Una llama irreal.

La casa se desliza sin piedad a su ruina.
Lánguidamente, en lo profundo de indecisas canciones,
te peinabas: un susurro de pesados cabellos
en la cámara. Y esa crepitación
de un perfume sin nombre cautivo en esos fuegos
es un bello veneno en el aire de antaño.
Se ignora que hay pasión y ternura y terror
en los mudos espectros de tus ropas tiradas al azar
sobre muebles y cajas. Eso perdura
como el vago epitafio de muertes invisibles.
Y en las ventanas, apenas entreabiertas hacia el negro reverso de las lluvias de entonces enterradas al pie del balcón,
hay un antro de besos sobre tumbas derruidas, entre harapos,
en el lecho de hierro.

Teme esas profecías. Ellos no están ahí,
ni en ayer, ni en mañana. Pero con un lamento
de juventud, con una endecha
de arenas, han de pedirte cuentas. Y el día que ha caído
sabe lo que musitan estas flojas paredes bajo la tempestad.

Sólo pidió un poder sin esperanza.
¿Quién pagará ese precio, quién hará la señal que entrega el mundo
como un puñal radiante deslizado en la mano?
No, no ha sido la dicha lo que quiso alcanzar en lo desesperado de un
día de la tierra.
Era un vino de cólera, una virtud rebelde.
(Adiós, no es la ceniza lo que vine a buscar.
Es sólo ese gran silbo de palmeras salvajes,
esa herida de besos que nada más esperan,
ese hálito insensato que ha roto las alcobas de la casa
mientras las buenas gentes se aprietan dulcemente en sus hogares.)

ENRIQUE MOLINA

SUR, Nº 12, septiembre de 1935

ELEGÍA

La cithara que pendiente
Muchos días guardó un sauce.
GÓNGORA

Cante mi mundo de amor,
tan dulcemente, que el viento
frío sienta su dolor
de nieve dura en mi aliento.
Corona de aire ofrecido,
río de calor cedido,
al olvido; a un amante
sueño, exacto. ¡Mundo! Mundo
mío —tuyo—, ya profundo
en ¡ay! de cierzo distante.

Palma sedienta, jacinto
asido. Cantar a un día

turbado –sólo aún–, distinto,
con su muerte todavía.
Rama de espacio celoso,
rumbo huido, riguroso.
Muro, flor, herida: ¡suelo
deshallado! Único. Sola.
Mi fe con su tiempo, aureola
de mundo solo, en tu cielo.

Brizna alta. Universo. Río.
Tu cielo, tu cielo, fuente
unida, ya sin vacío.
Eterno, eterna, luciente.
Que nadie toque tu rosa
de sonido, angustiosa
ayer, sin vida. Aire amado,
crecido: escúchame hoy –alma
viva– cantar en la calma,
en desierto enamorado.

Donde podrá verte el ojo
más triste, estrella cortada,
inmóvil, en tu manojo
de luz, perdida. Granada
de pudor hoy entreabierta
hacia otro océano; muerta
sin sueño, abandonada
sin deseo. Mediodía
vacío entre lunas –nada–,
soledad esbelta, fría.

Ay!, tu cielo muerto, alma
mía; tu cielo sin brisa,
incansable; con su palma
de orilla suelta, indecisa.
Corona de amor ardido,
sin héroe, sin laurel. ¡Oído
derramado sobre venas!
Qué sola estará tu muerte
con su mar afuera. Oh, suerte
de espinas, de altas arenas.

(Qué haces en tu río solo,
sin tradición, con tu flor
tronchada: clavel o polo
salino. ¡Clavel, amor
mío!) Ámbito esperado
y luego, desesperado.
Espada y nieve. Jardín
sin tierra; prado sin cielo,
sin ojos, sin un jazmín
que llore sobre mi pelo.

Sueño de pluma, de rosa
antigua, impaciente. Viento,
¡ay, el viento! La airosa
claridad, otro aislamiento
inútil; labio creciente,
rumor perdido, vehemente.
Sí; dónde quedará el sueño,
tu última flor dolorida:
mirto, luna, espejo. Vida
dura, doloroso empeño.

¡Tiempo! Ángel claro. Mía
eterna, clavel o mundo
enamorado: agonía
de otro espacio vagabundo;
de cielo, de firmamento,
de aire ofrecido —lamento.
Agua de tierra, amor mío,
raíz de acaso, deseo,
marea, espanto: paseo
por puras lluvias de frío.

El mundo. El mundo. El mundo.
Todo el mar, toda la pena,
las esferas; el profundo
horror —intacto— en la arena.
¡Ya! El otro laurel obscuro
lleno de sangre, maduro
de estar esperando solo,
sin luz, un día perdido

en la calle. Amor herido,
destemplado; abierto polo.

Ser todo viento, oh, luna;
vivir en el aire amado,
transcurrido, sin ninguna
hoja que me hable al lado
de otro cuerpo. Siempre mío,
intransferible, vacío.
Flor de horizonte, distinta
en su amor inmenso. Beso
enceguecido en sí; peso
de vivir la noche extinta.

(Desdeñoso estío, ausente
ajeno, inmediato; cielo
de entresueño transparente,
a veces en su desvelo
—en su vida prisionera—
abandonado. Quimera
de triste ardor, soledad
perfecta a su suerte muerta,
a su ir callado; puerta
de roce en la obscuridad.)

Mi vida, toda mi vida
vuelta en la calle, sin sombra;
aliento de agua, de huida
luz terrible. Quién te nombra,
frío, nieve amontonada,
cuerpo hallado —clavel—, nada.
La nada, aire o aire ahogado
naciendo ya de tu pecho,
de tu muerte, de tu lecho,
tristemente deslazado.

El mar, el solo mar; mar
sediento, ávido celeste
entre deseos. (Amar,
amor; uno del noreste
abierto al viento caído:

ya sordo en mí, suelo ido.)
Amor, amor, luna entera,
olvido cubierto de hojas.
¡Ángel mío, que te mojas
siempre en flores sin espera!

Solo, soledad, sí, sola;
aire de pájaro frío,
de distante junco. Ola
perdida —tu largo río,
tu negro río, alma mía—
callada. Oh, melancolía,
espanto, sin una flor
—ramo, sombra, brisa, espada—,
que goce todo el amor,
la dicha, el llanto. ¡Ay, nada!

Mi vida sale en tu muerte,
despreciada. Quién pudiera
olvidar, quemar su suerte
ofendida, en otra espera.
Dios de olvido gemebundo;
amor, deseo. Sí; el mundo.
Tiniebla de aire, de cielo
errante sin escaleras.
Brizna enloquecida, celo
inmóvil. Cantar. Aceras.

Un beso, uno, únicamente,
infinito —hoy— de piedra;
alto, sin rama inclemente,
sin la raíz de la hiedra
que lo enjute. Desvelado,
transparente, entero amado.
Cuerpo desnudo. Distante
amor, resplandor resuelto
en su desamparo: envuelto,
saliendo de esta hoja amante.

Clamor de aire preferido,
entre tu sed de memoria

indecisa; tu aterido
hielo pesaroso. Tu muerte
crecida, insaciable, fuerte;
inmensa de prisa sola,
ya descubierta en mí: muro,
sol, párpado, eco obscuro;
todo el mar, el delfín, la ola.

Pero yo estoy aquí, devuelto,
inocente, con tu muerte
llena de desiertos —suelto—,
con la sombra viva, inerte,
sin seguirte. ¡Todo amor!
Suéñame alguna vez, flor
de espejo, de río sordo.
¡Narciso húmedo, lejano!
Enigma mío. Amor, tordo
músico; espuma, verano.

Dónde. Deseando. No. Solo.
Un día a orillas de un cielo
lleno de paredes, polo
encendido sin consuelo.
(Arpa, cítara, vihuela;
mi mundo, orbe que vuela
en su ámbito helado. —Olvido.
¡Ven gozo, ven! No; mañana
de luz sin recuerdo, llana
de ceniza, amargo oído.)

El mar. El mar. El mar. Mar
puro, cegado de peces
y de sirenas. Amar,
amando, imagen que creces
perdida en tu soplo ciego,
ardido; llama de juego
inútil. ¡Seco! Morir
con todo el mar desunido
sobre las uñas. Vivir,
sí, en un cielo perdido.

(Espacio entre árboles fríos;
la hoja perfecta, anudada,
en su víspera; en sus ríos
sin torres —sombra de nada
perseguida. Ciprés alto,
diferente solo; salto
de lumbre, rama honrosa
deshecha. Diálogo muerto
sin frutas, torpe en su huerto
desdichado. ¡Aroma! ¡Rosa!)

Tu muerte. Oh, la fealdad
de olvido, de luna apretada,
—de erizo en la soledad—.
Hoy sucede de la nada,
hurtada al aire, al desvelo
dulcísimo, a tu pelo,
¡sí!, de llanto amanecido.
Déjame viento, —horizonte
que te vuelves isla, monte,
agua despierta, brazo ido.

¡Nada más! Un cielo mío,
ambicionado; eco, puente
de pluma sobre tu río
de sombra ajada —impaciente—,
de rumbo celado, duro,
cedido. Destino puro
respirado, perdurando.
Amor. Amor. Amor, vena
de hielo siempre oída; bando
de aliento, dicha de pena.

Laurel, palmas: alabanza
de hojas, de otra eternidad.
Aire vacío, esperanza.
todo el amor; claridad
de triste cuerpo encendido;
senos de lumbre, de olvido.
¡El mar. El mar! Alma mía,
con tu muerte, sí, conmigo;

desierto, vuelto consigo
de amor. ¡Cielo. Tierra fría!

RICARDO E. MOLINARI

SUR, Nº 300, mayo-junio de 1966

ENSAYO FINAL

Cuando rendimos el cuerpo al sueño
y el sueño a la muerte,
es el paraíso quien responde a nuestras imágenes huecas.
Brilla después el cóndor
ladeado como un pequeño bonete sobre los hombros del planeta
y abandonamos ropajes y vidas que se deshinchan en el aire
como lonas de un circo muerto.
Y al partir, qué lumbre increíble nos cobija,
cuando de pie, en la ola petrificada de los puentes
o en el puente levadizo de la mirada que ya no soporta más apariciones,
un orbe nuevo nos saluda
con rientes estafetas impregnadas en el agua y el fósforo del porvenir.
Un himno inesperado oprime hasta el derrumbe
las enormes teclas de las escalinatas,
se oye por encima de nosotros el dócil taconeo de los ángeles;
se levanta la raquítica bengala que nunca alcanzó la estatura del trébol,
se levanta la fuente que se inclina como una viejecita sobre cada instante perdido,
se levanta lo que tiene vida y canta y vuela hasta dejar al aire en carne viva,
se levanta la danza imperceptible y la más suntuosa:
la danza inmóvil en la que ofician todas las nostalgias.

De *Delante de la luz cantan los pájaros* (1959)

DESPEDIDA DEL BUFÓN

Se ajaron mis ropas de polvo colorido
al fondo del mar mis vestiduras devolví;
ciego quedé junto al estanque,
junto al río desmayado por un coletazo de su propia espuma.

En vano busqué la imagen mía
mirándome en el espejo oscuro de los girasoles;
perdí el brillo inmortal liquidándolo a grandes sorbos
y también mi franela para limpiar la luna
y el puerto donde al atardecer cae de rodillas.

Perdí mis entrañables pertenencias,
mis lujos de hombre sin nada,
la mirada antigua que crecía
a la velocidad con que el tallo persigue su follaje.

¿Dónde quedarían mis palacios de aguas con sueño,
dónde las enormes hojas blancas
que el invierno desprendió del mástil?

¿Las águilas del centro de la tierra,
los dulces inventos de aserrín,
mis bienes todos, apenas mesurables en latidos y alegría,
en qué pliegue del caos hallaron sepultura?

Damas y caballeros, piedras y pájaros:
es la hermosura de la vida lo que nos deja tan pobres,
la hermosura de la vida
lo que lentamente nos vuelve locos.

Oh señores, señoras, niños, flores,
mi corazón comparece por última vez ante vosotros:
se ajaron mis ropas de polvo colorido
al fondo del mar mis vestiduras devolví.

De *Cantos al sol que no se alcanza* (1961)

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

SUR, Nº 39, diciembre de 1937

MEDITACIÓN ANTE UN PUÑAL

Duro puñal, espejo de la muerte.
Puente resbaladizo del infierno.
Helado surtidor de aguda punta
Hacia nubes de sangre levantada.
Tu cruz erige tumba provisoria
En que es lápida el pecho abandonado
Por el alma inmortal que huyó de pronto.
Lívido ejecutor de la venganza.
Clavado estás sobre mi mesa y brillas
Con reflejos de luna sobre el ébano
Como la antorcha de Caronte, pálida,
En las oscuras aguas del silencio.
Tiene tu puño acogedora forma
Mi mano en él tan cómoda se siente,
Que el espanto me sube por el brazo
Como un lento veneno. Y me pregunto
En la profunda noche en que te miro.
¿Tu rayo azul alumbrará la luna
De las encrucijadas temerosas
Junto al negro caballo encabritado?
¿O en verde campo con monedas de oro.
Oro de naipes clavarás, vibrante,
Con la rápida mano del fullero?
¿Nocturno vino correrá mezclado
A la violenta sangre que derrames?
¿O el pecho del tirano, austeramente,
Traspasarás en horas de justicia?
¿Qué oscuro azar despertará tus filos
Duro puñal, espejo de la muerte?

CONRADO NALÉ ROXLO

SUR, Nº 313, julio-agosto de 1968

OLIVERIO

Pero debajo de la alfombra
y más allá del pavimento
entre dos inmóviles olas
un hombre ha sido separado
y debo bajar y mirar
hasta saber de quién se trata.
Que no lo toque nadie aún:
es una lámina, una línea;
una flor guardada en un libro;
una osamenta transparente.

El Oliverio intacto entonces
se reconstituye en mis ojos
con la certeza del cristal,
pero cuanto adelante o calle,
cuanto recoja del silencio,
lo que me cunda en la memoria,
lo que me regale la muerte,
sólo será un pobre vestigio,
una silueta de papel.

Porque el que canto y rememoro
brillaba de vida insurrecta
y compartí su fogonazo,
su ir y venir y revolver,
la burla y la sabiduría,
y codo a codo amanecimos
rompiendo los vidrios del cielo,
subiendo las escalinatas
de palacios desmoronados,
tomando trenes que no existen,
reverberando de salud
en el alba de los lecheros.

Yo era el navegante silvestre

(y se me notaba en la ropa
la oscuridad del archipiélago)
cuando pasó y sobrepasó
las multitudes Oliverio,
sobresaliendo en las aduanas,
solícito en las travesías,
(con el plastrón desordenado
en la otoñal investidura),
o cerveceando en la humareda
o espectro de Valparaíso.

En mi telaraña infantil
sucede Oliverio Girondo.

Yo era un mueble de las montañas.

Él, un caballero evidente.

Barbín, barbián, hermano claro,
hermano oscuro, hermano frío,
relampagueando en el ayer
preparabas la luz intrépida,
la invención de los alhelíes,
las sílabas fabulosas
de tu elegante laberinto
y así tu locura de santo
es ornato de la exigencia;
como si hubieras dibujado
con una tijera celeste
en la ventana, tu retrato,
para que lo vean después
con exactitud las gaviotas.

Yo soy el cronista abrumado
por lo que puede suceder
y lo que debo predecir
(sin contar lo que me pasó,
ni lo que a mí me pasaron)
y en este canto pasajero
a Oliverio Girondo canto,
a su insolencia matutina.

Se trata del inolvidable,
de su indeleble puntería
cuando borró la catedral
y con su risa de corcel
clausuró el turismo de Europa,
reveló el pánico del queso
frente a la francesa golosa
y dirigió al Guadalquivir
el disparo que merecía.

¡Oh primordial desenfado!
¡Hacía tanta falta aquí!
tu iconoclasta desenfreno!

Reinaba aún Sully Prudhomme
con su redingote de lilas
y su bonhomía espantosa.
Hacía falta un argentino
que con las espuelas del tango
rompiera todos los espejos
incluyendo aquel abanico
que fue trizado por un búcaro.

Porque yo, pariente futuro
de la itálica piedra clara
o de Quevedo permanente
o del nacional Aragon,
yo no quiero que espere nadie
la moneda falsa de Europa:
nosotros los pobres américos,
los dilatados en el viento,
los de metales más profundos,
los millonarios de guitarras,
no debemos poner el plato;
no mendiguemos la existencia.
Me gusta Oliverio por eso:
no se fue a vivir a otra parte
y murió junto a su caballo.

Me gustó la razón intrínseca
de su delirio necesario
y el matambre de la amistad

que no termina todavía:
amigo, vamos a encontrarnos
tal vez debajo de la alfombra
o sobre las letras del Río
o en el termómetro obelisco
(o en la dirección delicada
del susurro y de la zozobra)
o en las raíces reunidas
bajo la luna de Figari.

Oh energúmeno de la miel,
patriota del espantapájaros,
celebraré, celebraré, celebro
lo que cada día serás
y lo Oliverio que serías
compartiendo tu alma conmigo
si la muerte hubiera olvidado
subir una noche, ¿y por qué?
buscando un número, ¿y por qué?
¿por qué por la calle Suipacha?

De todos los muertos que amé
eres el único viviente.

No me dedico a las cenizas:
te sigo nombrando y creyendo
en tu razón extravagante
cerca de aquí, lejos de aquí,
entre una esquina y una ola
adentro de un día redondo
en un planeta desangrado,
o en el origen de una lágrima.

PABLO NERUDA

Isla Negra, agosto de 1968

BIBLIOTECA

SUR, Nº 69, julio de 1940

LA ESTATUA DE ADROGUÉ

A Jorge Luis Borges

Recuerdo de Adrogué las calles bienvenidas
paseadas tan despacio después de las comidas.
Una inclinada estatua que siempre descubrimos,
probando varios cielos, guardaba los racimos
de su peinado inmóvil. Fue encuentro de las yedras,
modelo de señoras sentadas como piedras.
La estatua estremecida por sombras de jazmines,
vecina de la fresca fragancia de jardines,
espera como el árbol, maciza y obediente,
oscuros paraísos nacidos del relente
y un piano interrumpido que a veces la visita.
La duda inexpugnable de ser hermafrodita,
violencias de los viajes y lunas delictuosas
marcaron en sus pechos heridas arcillosas.
Narcóticas palmeras la quieren, le dan sueño,
las palmas y las palmas la muestran con empeño
en tardes prometidas a un sol de catecismo.
Ni calas entreabiertas con pálido erotismo,
ni enfermas casuarinas le roban la dorada
paloma en el follaje y la lluvia delicada.
Ha visto los columpios con soles meridianos
y jóvenes absortos que se aman con las manos,
ha visto por los vidrios secretos de una casa
la infiel mujer y el brazo dormido que se enlaza.
No le es indiferente mi accidental presencia.
Le oí en el ocaso decir con elocuencia:
¡Oh ramas de las plantas! ¡Oh todo lo que vuela!
Retratos en tus ojos, los pájaros en vela,
altura de los pinos que sube hasta la estrella,
banderas afligidas, festón de la centella,
desaten hábilmente mis brazos y mis cintas,
que pueda yo sin irme quedar en muchas quintas.

SUR, Nº 256, enero-febrero de 1959

POEMA PARA UNA MUERTE EFÍMERA

Pasaron como naves cargadas de frutas,
como águila que vuela a su comida.
JOB IX, 26

I

Qué suave podredumbre, con ese imperceptible
filamento más puro, que ha de llegar del río,
oh Recoleta, frente a tus puestos de fétidas
flores de cementerio, aspiré en tus jardines
para morir después tan subrepticiamente
y renacer de nuevo como si fuese un hábito.
"Oh tiznada araucaria, oh gomero irreal
nutridos de excrementos, de semen y de vidrios.
Oh párvulos, oh cántaro, oh fuente que es batea
de mendigos ardientes que jabonan la ropa.
Oh muros que atesoran nada. Paloma herida
por niños delictuosos que juegan a enterrar."
Invariable, pensaba: "La muerte es de los otros,
la muerte con sus rígidos códigos y aparatos
no ha de pertenecerme. Viviré para siempre."
Mas el sueño sin sueños prefigura la muerte:
me llevó a mí a un insólito Parque de Diversiones.
Deslumbrada aprendí que sabía morir
tan bien como los otros o aproximadamente:
"Ser sólo un pizarrón, ser un papel carbónico,
ser el chiflón que pasa por la puerta entreabierta,
ser el presentimiento que se cumple por fin,
ser la oscuridad máxima de un negro terciopelo
o un gusano sin hábitos o el mar donde no hay luz
o el polvo sin pupilas no es para mí ridículo,
ni imposible, al contrario, hoy me parece fácil."

II

Llegué a través de un túnel de nuevo a la conciencia
y desperté en un cuarto creyendo que era el mío.

"¿Dónde estará la santa que a un incendio asistió
con un libro en la mano y se quemó la diestra?
¿Y dónde estará el sol rayando la mañana?
¿Dónde las incesantes casas en construcción,
el rosado horizonte del Río de la Plata,
las naves y las nubes, la luna y el hollín,
y nosotros, espejos del desorden que vemos?
¿Dónde estamos, si yo no estoy entre vosotros?"
Para mi voz de rata soberbia no hay respuesta:
sólo una trilladora en la calle responde
al ronquido sereno de la enfermera atenta.

Mi cuarto era sin duda la imitación del mío
y mientras inundaba el agua Buenos Aires
se volvían acuáticas mis constantes visiones:
presciencia de noticias que después anunciaron
los diarios cotidianos, ruidosos, estrujados
en los cuartos vecinos, con olor a tabaco.
¿Qué hace la gente en grupos? ¿No serán monumentos?
¿Eso lila es el agua? ¿Eso amarillo es tierra?
Esas casas de piedra con ventanas exiguas
que trituran la cara de la gente asomada
¿en qué universo moran, en qué Apocalipsis?"
Metálica la lluvia arreciaba en los vidrios:
sus alas arbitrarias de pájaro infinito
en la pared dejaban manchas de humedad, símbolos
que más tarde entreví como cuadros diabólicos.
¡Amarillo limón, lila, lila rosado,
ocre oscuro y azul, azul cobalto, verde!
Una Historia del Arte minuciosa y perfecta
trazaban mis visiones, cronológicamente.
Ni la China ni Egipto faltó a la colección
de imágenes, ni dioses paganos, ni Jesús
con todos sus discípulos, ni triangulares vírgenes,
ni aquel ojo de Abel incesante, ni El Génesis.

III

Esa banda de música con silbos conmovidos
que oí toda una noche hasta el alba en las íntimas
azoteas desnudas de las casas vecinas. . .

Esa banda de música con silbos penetrantes
recordando la muerte de un ídolo llorado
por hombres que acudían a un jardín donde juegan
las niñas sordomudas, con ira en los columpios,
me pareció más real que la cara atrevida
de aquellos nueve médicos que rodeaban mi cama.
Guirnaldas prominentes de rosas naranjadas,
bajo-relieves griegos decoraban los muros
del dormitorio avieso que no reconocía.
Un león blanco miraba mis ojos con ternura,
y bailaban en rondas diáfanas arlequines
como en el fondo de una piscina, lentamente,
esperando la augusta llegada de los carros
felices y alegóricos, con arneses lustrosos
y con caballos negros que trotaban al son
de cascabeles nítidos. "Bailarines volved,
con rombos en delirio. No os transforméis en monstruos
como el ángel en hiena, como Cristo en un mono,
como la juventud en vejez, como el goce
en torturas y la honra en oprobio." ¿Por qué nadie oía mi voz? "Oh Dorinda Fontenla,
¿no adviertes que una enana como un perro te sigue?
Tú, Yusefa Sicinska, ¿no sabes que en el vidrio
rosado de tus lentes llevas en miniatura
Vladivostok y un niño?" Nadie oía mi voz,
porque mi voz tenía el hermético timbre
que tienen las visiones, y el color arbitrario.
"Recorren la arborada extensión de mis venas
dominios persistentes que no son de mi sangre.
Para poder vivir dentro de mis visiones
conozco los secretos de la frivolidad,
las modas que transforman el pelo, las orejas.
Recreo en este cuarto a la naturaleza:
soy árbol: tengo sed; soy piedra: que me arrojen;
soy fuego: que me agreguen las alas que me faltan
para dejar de ser lo que soy un momento."

IV

Sólo en la cara fría del reloj pasa el tiempo
y hablando de alimentos irrumpe en los descansos

la consuetudinaria y falaz alegría
de aquella hermana de caridad alemana
y el fragmento de un árbol, allá afuera, impertérrito,
pega el cielo a los duros vidrios de la ventana
cuando las enfermeras exclaman "listo el pollo"
a la paciente incauta que gira envuelta en sábanas
entre las pinceladas del rojo mertiolate
y el color tan preciado de la orina en los frascos.
La enfermedad se extiende con subterfugios lúcidos.
"En qué profundidad del mar me hallan, me pierden
y vuelven a buscarme con vuestras herramientas.
Doctores, vuestras caras importunan la noche:
me espantan, son diversas. Arrancad vuestras máscaras,
las lámparas de vuestras negras frentes de cíclopes.
Un día haré un poema denigrando estos ritos.
¿Qué veneno en la sangre, qué veneno en la orina
perturbaría tanto el organismo como
vuestra presencia? Atisban así los hombres-ranas
el fondo del océano y aterrando se aterran.
El pavor del paciente crece como el del médico."
Nadie oía mi voz. "Amigos olvidados,
que alguno de vosotros admire los arneses
de mis caballos negros, que oigan los cascabeles,
que vea las cariátides hermosas y nefandas.
No busco vuestras caras dentro de mis visiones,
nadie que yo conozco aún estuvo en ellas
pero quisiera estar con vosotros mirándolas:
mirando aquella nave de oro, griega, en el puerto,
cargada de cabezas, de cuellos y de brazos,
o aquella enredadera humana y admirable,
o aquellas dos montañas hechas de hombres de piedra
combatiendo con miembros fríos, blancos, agudos,
o aquellos rostros jóvenes, perfectos, que envejecen
en cada cielo raso o en cada frontispicio
ineludiblemente, como flores marchitas
o esa doble columna, labrada y emblemática,
o esos pruebistas ágiles, con peces en vez de ojos,
de todos los tamaños y de la misma edad,
o aquella perspectiva dedicada al paisaje
que desdeña a los hombres o ignoran los objetos,
o el persistente armario de ébano trabajado

o de roble manchado de cal, visto en la infancia,
que pueblan sin cesar un tiempo cuyas zonas
de deleite no están por el dolor excluidas.
A la puerta me espera el resplandor agreste
de la normalidad: no acato aún su dulzura.
Nada es bastante nítido ni armónico ni auténtico:
el amarillo no es amarillo ni el verde
es verde, ni las rosas son rosas verdaderas.
Sospecho que en los fosos el santo vio en los ojos
del león el cielo entero, las jerarquías de ángeles,
y yo sin santidad también miré a mi modo
sin ir al sacrificio, un abismo radiante.

SILVINA OCAMPO

SUR, Nº 217-218, noviembre-diciembre de 1952

HABITACIÓN CERRADA

No hay crespones.
Ni carteles que digan que se han ido como todos los días.
Pero la hierba muda en el umbral ¿no te recuerda nada?
¿No te recuerda acaso a la sonámbula que vela en los espejos
para que nada invada nada?
¿No eres acaso tú vista del otro lado;
tú, con tus ojos de mirar más lejos?
La que aprendió el terror en los signos del humo,
o la que abrió una estría en el tabique de los sueños ajenos para verse morir,
puede decirte ahora si se han muerto o si yacen dormidos.
¡Has visto tantas veces cruzar sobre la fase más triste de la luna
el semblante de aquellos que ya estaban muy altos!
¿Cómo no has de poder desentrañar lo último que fuiste tras la última puerta del amor,
aunque tu llave sea ya como una antorcha debajo de las aguas?
"Sí.
Ella se convirtió en cera transparente.
Pero allí, en el costado de la condenación,
su pecho se ha fundido como una flor abierta contra un cristal de invernadero.
Él quedó envuelto en hielo.

Pero allí, en el costado de los remordimientos,
los días sin vivir se abren como la onda de la piedra en el lago.
No sé si hay que llorar.
Ambos están tendidos en su abrazo de adiós
arrebatado para siempre a los mármoles del cielo
y a las losas sangrientas del infierno."
Es una hermosa historia para noches de escarcha, junto al fuego,
cuando en cada mirada se humedece la cinta de las degollaciones.
(Oh sí, los crímenes del amor,
los inmolados de hoy por la fe de mañana.)
Mas no están muertos, no.
¿No alcanzas a escuchar el susurro de cada promesa, de cada abandono,
como un cordaje tenso sumergido en la almohada?
O acaso sea el roce de una ala de nostalgia contra la urdimbre de la noche.
O tal vez simplemente el zumbido del tiempo tatuando la esperanza sobre el corazón.
Lo cierto es que algo vibra,
algo palpita allí entre labios de piedra
que no fueron cerrados para guardar el canto de la sangre cernida por el polvo,
sino un rumor que sólo reconocen los que deben volver:
el desvarío del porvenir en la garganta del pasado.
Tú, la deshabitada
¿no oyes que resuena dentro de ti lo mismo que el llamado en la casa vacía?
Él lo estará escuchando dondequiera que esté.

SUR, Nº 272, septiembre-octubre de 1961

PARA HACER UN TALISMÁN

Se necesita sólo tu corazón
hecho a la viva imagen de tu demonio o de tu dios.
Un corazón apenas, como un crisol de brasas para la idolatría.
Nada más que un indefenso corazón enamorado.
Déjalo a la intemperie,
donde la hierba aúlle sus endechas de nodriza loca
y no pueda dormir,

donde el viento y la lluvia dejen caer su látigo en un golpe
de azul escalofrío
sin convertirlo en piedra y sin partirlo en dos,
donde la oscuridad abra sus madrigueras a todas las jaurías
y no logre olvidar.
Arrójalo después desde lo alto de su amor al hervidero de la bruma.
Ponlo luego a secar en el sordo regazo de la piedra,
y escarba, escarba en él con una aguja fría hasta arrancar el último
grano de esperanza.
Deja que lo sofoquen las fiebres y la ortiga,
que lo sacuda el trote ritual de la alimaña,
que lo envuelva la injuria hecha con los jirones de sus antiguas glorias.
Y cuando un día un año lo aprisione con la garra de un siglo,
antes que sea tarde,
antes que se convierta en momia deslumbrante,
abre de par en par y una por una todas sus heridas:
que las exhiba al sol de la piedad lo mismo que el mendigo,
que plaña su delirio en el desierto,
hasta que sólo el eco de un nombre crezca en él con la furia del hambre:
un incesante golpe de cuchara contra el plato vacío.
Si sobrevive aún,
si ha llegado hasta aquí hecho a la viva imagen de tu demonio o
de tu dios,
he ahí un talismán más inflexible que la ley,
más fuerte que las armas y el mal del enemigo.
Guárdalo en la vigilia de tu pecho igual que a un centinela.
Pero vela con él.
Puede crecer en ti como la mordedura de la lepra;
puede ser tu verdugo.
¡El inocente monstruo, el insaciable comensal de tu muerte!

OLGA OROZCO

SUR, Nº 320, septiembre-octubre de 1969

CUATRO POEMAS

SER SIN ESTAR

te preguntas
si entre tantos desastres que no esperabas

mecanismos cuyo admirable funcionamiento desconoces
gérmenes afilados que fermentan
para matar al mundo
hombres que luchan por borrar al hombre
no serás ya un fantasma
o el último vestigio de un fantasma
o la sombra
de una especie extinguida
que interrumpe
con la mirada absorta e implorante
la abyecta procesión del matadero

DICHTERLIEBES

La poesía tiene una sola realidad: el sufrimiento.
Baudelaire lo atestigua. Ovidio aprobaría
afirmaciones como ésta,
la cual por otra parte garantiza
la supervivencia amenazada de un género
que nadie lee pero que al parecer
todos detestan, como una enfermedad
de la conciencia, un rezago
de tiempos anteriores a los nuestros,
cuando la ciencia suele disfrutar
del monopolio entero de la magia.

DIFICULTADES PARA DECIR LA VERDAD

Practican el amor debidamente.
Hacen versos de fuego y los envían
a sus destinatarias del convento.
Y cuando el Santo Oficio los sorprende
hablan de la Levitación
y la Unión Mística
entre Cristo y la Iglesia.

DEFENSA (E ILUSTRACIÓN) DE LA POESÍA

Recojo una alusión de los grillos:
su rumor es inútil,

no les sirve de nada
entrechocar sus élitros.
Pero sin la señal indescifrable
que se trasmiten de uno a otro,
la noche no sería
(para los grillos)
noche.

JOSÉ EMILIO PACHECO

SUR, Nº 268, enero-febrero de 1961

DUROS SON Y DESIERTOS LOS DÍAS DE ESTE INVIERNO

Fatiga y no aniquila lo posible
que entre semblantes neutros, ahora,
bajo extenuados, diversos soles, pisemos
este suelo de nadie sin fin. En la noche,
en mi oscura sustancia las incesantes
faenas de la muerte vencen. Inútil
es sacudir y urgir la quietud
del silencio vasto: no vuelve
el herido río nocturno de tu voz;
no me vuelve a arrasar, y sólo
la raíz más remota y dulce me nutre,
como si una segunda presencia tuya,
como un tenaz, pálido ángel,
sin cesar a mi espalda se alzara. Duros
son y desiertos los días de este invierno.
Y es posible sólo por magia hostil
que esta interminable extensión, este instante
duramente desolado habitemos,
para siempre quizás ocultando
nuestras caras más ciertas, ahora,
cuando implacablemente junio otra vez
sus grises, sus despiadados vientos afila

LA OTRA MANO

Cuando ciertas noches, a punto
de zozobrar está mi despertador,
y agitarlo y exhortarlo bastante debo
para que en sumisión otra vez se absuelva
de ese duro curso sin pausa; cuando
ya el mirar vacila entre el frío
del amanecer blancamente creciente
y el de la almohada donde irá
quizá a yacer la cabeza, pienso,
me pregunto si en el fin otra mano,
que no ha de necesariamente ser
ni cálida ni grávida ni
minuciosamente acabada
por cónicos dedos, sacudirá,
pulsará mi corazón, cuando a punto
de quedar apresado en el tiempo esté,
igual que el despertador, ciertas noches

JORGE A. PAITA

SUR, Nº 316-317, enero-abril de 1969

CUENTO DE DOS JARDINES

Una casa, un jardín,
No son lugares:
Giran, van y vienen.
Sus apariciones
Abren en el espacio
Otro espacio,
Otro tiempo en el tiempo.
Sus eclipses
No son abdicaciones:
Nos quemaría
La vivacidad de uno de esos instantes
Si durase otro instante.
Estamos condenados

A matar al tiempo:
Así morimos,
Poco a poco.
Un jardín no es un lugar:
Por un sendero de arena rojiza
Entramos
En una gota de agua,
Bebemos en su centro
Verdes claridades,
Ascendemos
Por la espiral de las horas
Hasta
La punta del día,
Descendemos
Hasta
La consumación de su brasa.
Ríos en la noche: fluyen los jardines.
Aquel de Mixcoac era un cuerpo
Cubierto de heridas,
Una arquitectura
A punto de desplomarse.
Yo era niño
Y el jardín se parecía a mi abuelo.
Trepaba por sus rodillas vegetales
Sin saber que eran los mástiles de un barco
Varado.
El jardín lo sabía:
Esperaba su destrucción como el sentenciado
El hacha.
La higuera era la Madre,
La Diosa:
Zumbar de insectos coléricos,
Los sordos tambores de la sangre,
El sol
Y su martillo,
El verde abrazo de innumerables brazos,
La incisión del tronco.
El mundo se entreabrió:
Yo creí que había visto a la muerte
Al ver
La otra cara del ser,

La vacía:
El fijo resplandor sin atributos.
Veranos:
Las confederaciones blancas
Se apiñan
En la fuente del Ajusco
Hasta no ser sino una masa cárdena:
El galope negro del aguacero
Cubre
Todo el llano.
Lluvia sobre lavas.
México: sobre la piedra ensangrentada
Danza el agua.
Otoños, inviernos:
Meses de espejos.
El hormiguero,
Sus ritos subterráneos:
Inmerso en la luz cruel
Expiaba mi cuerpo-hormiguero,
Espiaba
La febril construcción de mi ruina.
Elitros:
El afilado canto del insecto
Corta yerbas secas.
Luz, luz:
Substancia del tiempo y sus inventos.
Cactos minerales,
Lagartijas de azogue
En las bardas de adobe,
El pájaro
Que perfora el espacio,
Sed, tedio, tolvaneras:
Impalpables epifanías del viento.
Los pinos me enseñaron a hablar solo.
En aquel jardín aprendí a despedirme.
Después no hubo jardines.
Un día,
Como si regresara,
No a mi casa:
Al comienzo del Comienzo,
Llegué a una claridad,

Ancha,
Construida
Para los juegos pasionales de la luz y el agua.
Dispersiones, alianzas:
Del gorjeo del verde
Al azul más húmedo Al gris entre brasas
Al oro desenterrado
Al más llagado rosa Al verde verde.
Esa noche me enfrenté al *nim*.
Sobre sus hombros
El cielo con todas sus joyas bárbaras.
El calor
Era una mano inmensa que se cerraba.
Se oía
El jadeo de las raíces,
La dilatación del espacio,
El desmoronamiento del año.
Con una máscara de polvo,
Armado de silencio,
El árbol no cedía.
Era grande como el monumento de la paciencia.
Era justo como la balanza que pesa instantes y siglos.
Casa de las ardillas, mesón de los mirlos.
Cabían
En sus brazos muchas lunas.
La fuerza
Es fidelidad: raíces;
El poder es acatamiento:
Nadie acaba en sí mismo.
Un todo cada uno
En otro todo: constelaciones.
El enorme *nim*
Sabía su pequeñez.
A sus pies
Supe que estaba vivo,
Supe que morir es ensancharse,
Negarse es crecer.
Entre gula y soberbia,
Codicia de vida
O fascinación por la muerte,
La vía de enmedio.

En la fraternidad de los árboles
Aprendí a reconciliarme,
No conmigo:
Con lo que me levanta y me sostiene y me deja caer.
Me crucé con una muchacha.
El pacto
Del sol de verano y el sol de otoño: sus ojos.
Partidaria de acróbatas, astrónomos, camelleros.
Yo de fareros, lógicos, sadhúes.
Nuestros cuerpos se hablaron, se juntaron y se fueron.
Nosotros nos fuimos con ellos.
Era el monzón:
Cielos de yerba machacada
Y el viento en armas
En todas las encrucijadas.
Por la niña del cuento,
Marinera de un estanque en borrasca,
La llamé Almendrita.
No un nombre: un talismán.
Un velero intrépido.
Llovía,
La tierra se vestía y así se desnudaba,
Las serpientes salían de sus hoyos,
La luna
Era de agua,
El cielo se destrenzaba,
Sus trenzas
Eran ríos desatados,
Los ríos tragaban pueblos,
Muerte y vida se confundían,
Amasijo de lodo y sol,
Estación de lujuria y pestilencia,
Estación del rayo
Sobre el árbol de sándalo,
Tronchados astros genitales
Pudriéndose
Resucitando
En tu vagina,
Madre India,
India niña,
Empapada de savia, semen, jugos venenosos,

A la casa le brotaron escamas.
Almendrita:
Llama intacta entre el culebreo y el ventarrón,
En la noche de hojas de banano
Ascua verde,
Hamadríada,
Yakshi:
Risas en el matorral,
Manojo de albores en la espesura,
Más música
Que cuerpo,
Más fuga de pájaro que música,
Más mujer que pájaro:
Sol tu vientre,
Sol en el agua,
Agua de sol,
Grano de girasol que yo planté en mi pecho.
Chuang Tseu le pidió al cielo sus luminarias,
Sus címbalos al viento,
Para sus funerales.
Nosotros le pedimos al *nim* que nos casara.
Un jardín no es un lugar:
Es un tránsito,
Una pasión:
No sabemos hacia donde vamos,
Transcurrir es suficiente,
Transcurrir es quedarse.
Una vertiginosa inmovilidad.
Estaciones
Como la sucesión de grandes reyes,
Cada invierno
Alta terraza sobre el año tendido.
Luz bien templada,
Resonancias, transparencias,
Esculturas de aire
Disipadas apenas pronunciadas,
¡Sílabas,
Islas afortunadas!
El gato Demóstenes
Es un carbón luminoso,
Engastado en la yerba.

La gata Semíramis persigue quimeras,
Acecha
Sombras, ecos, reflejos.
Arriba:
Sarcasmos de cuervos,
El urogallo y su hembra:
Taciturnos príncipes desterrados,
La upupa:
Pico y penacho, un alfiler engalanado,
La verde artillería de los pericos fulgurantes,
La inmovilidad del milano
Negro
En el cielo sin escollos.
Geometrías aéreas,
Veloces constelaciones en pleno día.
Ahora,
Quieto
Sobre la arista de una ola:
Un albatros.
Instantáneo peñasco de espuma que se dispersa.
No estamos lejos de Durban
(Allí estudió Pessoa.)
Cruzamos un petrolero.
Iba a Mombasa,
Ese puerto con nombre de fruta
(Camoens, Vasco de Gama
Y los otros:
Asamblea de estelas
En mi sangre.)
El jardín se ha quedado atrás.
¿Atrás o adelante?
No hay más jardines que los que llevamos dentro.
¿Qué nos espera en la otra orilla?
Pasión es tránsito:
La otra orilla está aquí,
Luz en el aire sin orillas:
Prajnaparamita,
Nuestra Señora de la Otra Orilla,
Tú misma,
La muchacha del cuento,
La alumna del jardín.

Olvidé a Nagarjuna y a Dharmakirti
En tus pechos,
En tu grito los encontré:
Maithuna,
Dos en uno,
Uno en todo,
Todo en nada,
¡*Sunyata,*
Plenitud vacía,
Vacuidad redonda como tu grupa!
Sombras girando
Sobre un charco de luz.
Mergos y ¿peces?
Hélice de diecisiete sílabas
Dibujada en el mar
No por Basho:
Por mis ojos, el sol y los pájaros,
Hoy,
A eso de las cuatro,
A la altura de Mauritania.
Una ola estalla:
Mariposas de sal:
Desvanecimientos.
Metamorfosis de lo idéntico.
A esta misma hora
Delhi y sus piedras rojas,
Su río oscuro,
Sus domos blancos,
Sus siglos en añicos,
Se transfigura:
Arquitecturas sin peso,
Cristalizaciones
Casi mentales,
Altos vértigos sobre un espejo.
Espiral de transparencias.
Se abisma
El jardín en una identidad
Sin nombre

Ni substancia.
Los signos se borran: yo miro la claridad.

OCTAVIO PAZ

Nim: árbol parecido al fresno.
Sadhu: religioso vagabundo.
Yakshi: genio arbóreo femenino.
Prajnaparamita: perfección de la sabiduría; sophía.
Maituna: pareja erótica.
Sunyata: vacuidad.

SUR, Nº 272, septiembre-octubre de 1961

HE OLVIDADO MI NOMBRE

He olvidado mi nombre.
Todo será posible menos llamarse Carlos.
¿Y dónde habrá quedado?
¿En manos de qué algo habrá quedado?
Estoy entre la noche, desnudo como un baño
listo y que nadie usa por no ser el primero
en revolver el mármol de un agua tan estricta
que fuera uno a parar en estatua de aseo.

Al olvidar mi nombre siento comodidades
de lluvia en un paraje donde nunca ha llovido.
Una presencia lluvia con paisaje
y un profundo entonar el olvido.

¿Qué hará mi nombre,
en dónde habrá quedado?
La lucha contra el tiempo, que es el afán del hombre,
construye la intemperie de su templo olvidado.

Siento que un Territorio parecido a Tabasco
me lleva entre sus ríos inaugurando bosques,
unos bosques tan jóvenes que da pena escucharlos
deletreando los nombres de los pájaros.

Son ríos que se bañan cuando lo anochecido
de todas las palabras siembra la confusión

y la desnudez del sueño está dormida
sobre los nombres íntimos de lo que fue una flor.

Y yo sin nombre y solo sin mi cuerpo sin nombre,
llamándole amarillo al azul y amarillo
a lo que nunca puede jamás ser amarillo;
feliz, desconocido de todos los colores.

¿A qué fruto sin árbol le habré dado mi nombre
con este olvido lívido de tan feliz memoria?

En el Tabasco nuevo de un jaguar despertado
por los antiguos pájaros que enseñaron al día
a ponerse la voz igual que una sortija
de frente y de canto.

Jaguar que está en Tabasco y estrena desnudez
y se queda mirando los trajes de la selva,
con una gran penumbra de pereza y desdén.

Por nacer en Tabasco cubro de cercanías
húmedas y vitales el olvido a mi nombre
y otra vez terrenal y nuevo paraíso
mi cuerpo bien herido toda mi sangre corre.

Correr y ya sin nombre y estrenando hojarasca
de siglos.
Correr feliz, feliz de no reconocerse
al invadir las islas de un viaje arena y tibio.
He perdido mi nombre.
¿En qué jirón de bosque habrá quedado?
¿Qué corazón del río lo tendrá como un pez,
sano y salvo?

Me matarán de hambre la aurora y el crepúsculo.
Un pan caliente –el Sol– me dará al medio día.
Yo era 7 y 70 y ahora sólo uno,
uno que sale uno de cerca y lejanía.

El bien bañado río todo desnudo y fuerte,
sin nombre de colores ni de cantos.

Defendido del sol con la hoja de tóh.
Todo será posible menos llamarse Carlos.

CARLOS PELLICER

SUR, Nº 284, septiembre-octubre de 1963

POEMAS

EN TU ANIVERSARIO

Recibe este rostro mudo, mío, mendigo
Recibe este amor que te pido.
Recibe lo que hay en mí que eres tú.

FORMAS

no sé si pájaro o jaula
mano asesina
o joven muerta entre cirios
o amazona jadeando en la gran garganta oscura
o silenciosa
pero tal vez oral como una fuente
tal vez juglar
o princesa en la torre más alta

HISTORIA ANTIGUA

En la medianoche
vienen los vigías infantiles
y vienen las sombras que ya tienen nombre
y vienen los perdonadores
de lo que cometieron mil rostros míos
en la ínfima desgarradura de cada jornada.

QUIÉN ALUMBRA

Cuando me miras
mis ojos son llaves,
el muro tiene secretos,
mi temor palabras, poemas.
Sólo tú haces de mi memoria
una viajera fascinada
un fuego incesante.

LEJOS

Aunque la voz (su olvido
volcándome náufragas que son yo)
oficia en un jardín petrificado

recuerdo con todas mis vidas
por qué olvido.

POEMA

Desnudo soñando una noche solar.
He yacido días animales.
El viento y la lluvia me borraron
como a un fuego, como a un poema
escrito en un muro.

SILENCIOS

La muerte siempre al lado.
Escucho su decir.
Sólo me oigo.

EN HONOR DE UNA PÉRDIDA

La para siempre seguridad de estar de más en el lugar en donde los otros respiran. De mí debo decir que estoy impaciente por que

se me dé un desenlace menos trágico que el silencio. Feroz alegría cuando encuentro una imagen que me alude. Desde mi respiración desoladora yo digo: que haya lenguaje en donde tiene que haber silencio.

Alguien no se enuncia. Alguien no puede asistirse. Y tú no quisiste reconocerme cuando te dije lo que había en mí que eras tú. Ha tornado el viejo terror: haber hablado nada con nadie.

El dorado día no es para mí. Penumbra del cuerpo fascinado por su deseo de morir. Si me amas lo sabré aunque no viva. Y yo me digo: Vende tu luz extraña, tu cerco inverosímil.

Un fuego en el país no visto. Imágenes de candor cercano. Vende tu luz, el heroísmo de tus días futuros. La luz es un excedente de demasiadas cosas demasiado lejanas.

En extrañas cosas moro.

Pero véate mi cuerpo.

POEMA

BUSCAR. — No es un verbo sino un vértigo. No indica acción. No quiere decir *ir al encuentro de alguien* sino *yacer porque alguien no viene.*

SE PROHÍBE MIRAR EL CÉSPED

Maniquí desnudo entre escombros. Incendiaron la vidriera, te abandonaron en posición de ángel petrificado. No invento: esto que digo es una imitación de la naturaleza, una naturaleza muerta. Hablo de mí, naturalmente.

LAS UNIONES POSIBLES

La desparramada rosa imprime gritos en la nieve. Caída de la noche, caída del río, caída del día. Es la noche, amor mío, la noche caliginosa y extraviada, hirviendo sus azafranadas costumbres en la

inmunda cueva del sacrosanto presente. Maravillosa ira del despertar en la abstracción mágica de un lenguaje inaceptable. Ira del verano. Ira del invierno. Mundo a pan y agua. Sólo la lluvia se nos dirige con su ofrenda inimaginable. La lluvia al fin habla y dice MIERDA.

Meticulosa iniciación al hábito. Crispados cristales en jardines arañados por la lluvia. La posesión del pretendido pasado, del pueblo incandescente que llamea en la noche invisible. El sexo y sus virtudes de obsidiana, su agua flamante haciéndose en contra de los relojes. Amor mío, la singular quietud de tus ojos extraviados, la benevolencia de los grandes caminos que acogen muertos y zarzamoras y tantas sustancias vagabundas o adormiladas como mi deseo de incendiar esta rosa petrificada que inflige aromas de infancia a una criatura hostil a su memoria más vieja. Maldiciones eyaculadas en pleno verano, cara al cielo, como una perra, para repudiar el influjo sórdido de las voces vidriosas que se estrellan en mi oído como una ola en una caracola.

Véate mi cuerpo, húndase su luz adolescente en tu acogida nocturna, bajo olas de temblor temprano, bajo alas de temor tardío. Véate mi sexo, y que hayan sonidos de criaturas edénicas que suplan el pan y el agua que no nos dan.

¿Se cierra una gruta? ¿Llega para ella una extraña noche de fulgores que decide guardar celosamente? ¿Se cierra un paisaje? ¿Qué gesto palpita en la decisión de una clausura? ¿Quién inventó la tumba como símbolo y realidad de lo que es obvio?

Rostros vacíos en las avenidas, árboles sin hojas, papeles en las zanjas: escritura de la ciudad. ¿Y qué haré si todo esto lo sé de memoria sin haberlo comprendido nunca? Repiten las palabras de siempre, erigen las mismas palabras, las evaporan, las desangran. No quiero saber. No quiero saberme saber. Entonces cerrar la memoria: sus jardines mentales, su canto de veladora al alba. Mi cuerpo y el tuyo terminando, recomenzando, ¿qué cosa recomenzando? Trepidación de imágenes, frenesí de sustancias viscosas, noches caníbales alrededor de mi cadáver, permisión de no verme por unas horas, alto velar para que nada ni nadie se acerque. Amor mío, dentro de las manos y de los ojos y del sexo bulle la más fiera nostalgia de ángeles, dentro de los gemidos y de los gritos hay un querer lo otro que no es otro, que no es nada...

ALEJANDRA PIZARNIK

SUR, Nº 223, julio-agosto de 1953

VOCES

Situado en alguna nebulosa lejana hago lo que hago, para que el universal equilibrio de que soy parte, no pierda el equilibrio.

Antes de recorrer mi camino, yo era... mi camino.

Quien dice la verdad, casi no dice nada.

El mal de no creer es creer un poco.

Mi primer mundo lo hallé todo en mi escaso pan.

De lo que tomo, tomo lo más o lo menos; no tomo lo justo. Lo justo no me sirve.

Mi nombre, más que llamarme, me recuerda mi nombre.

A veces sueño que estoy despierto. Y es así como sueño el sueño de mi sueño.

Creo en Dios, no por él, tampoco por mí. Creo en Dios por aquellos que creen en Dios.

Una cosa sana no respira.

Se vive con la esperanza de llegar a ser un recuerdo.

Quien me tiene de un hilo no es fuerte; lo fuerte es el hilo.

Nada termina sin romperse, porque todo es sin fin.

La piedra que tomo en mis manos absorbe un poco de mi sangre, y palpita.

Un millón de estrellas son dos ojos que las miran.

Por lo que doy la vida, a veces no daría nada, pero siempre doy la vida.

Mucho de lo que he dejado de hacer en mí, sigue haciéndose en mí, solo.

Éramos yo el mar. Y el mar estaba solo y solo yo. Uno de los dos faltaba.

Tu mal es tan grande que no debiera dolerte.

Las quimeras vienen solas y se van acompañadas.

La razón se pierde razonando.

Un ala no es cielo ni tierra.

Hay dolores que han perdido la memoria y no recuerdan por qué son dolores.

El mal, débil, me agita; fuerte, me calma.

Las cosas reales existen mientras les atribuimos virtudes o defectos de cosas irreales.

Se apiadan de las víctimas, las víctimas.

Vemos por algo que nos ilumina; por algo que no vemos.

Pártase de cualquier punto. Todos son iguales; todos llevan a un punto de partida.

Hay sueños que necesitan reposo.

Damos un nombre y luego no sabemos qué nombre darle al nombre.

Cuanto menos uno cree ser, más soporta; y si cree ser nada, soporta todo.

Algunas cosas, para mostrarme su inexistencia, se hicieron mías.

Donde miran mis ojos, están mis ojos, que miran.

Si no has de cambiar de ruta, ¿por qué has de cambiar de guía?

Iría al paraíso, pero con mi infierno; solo, no.

Subir, subir y, alcanzada la cumbre, se contempla un abismo.

Hoy no podría habituarme a cómo seré mañana; mañana sí.

Mi soledad, a veces creo que la hace lo que no existe, no lo que me falta. Y tal vez mi soledad no existe y yo la vivo de más.

Donde no se quiere lo imposible, ¡qué poco se quiere!

Todo juguete tiene derecho a romperse.

El misterio te hizo grande: te hizo misterio.

Yo no soy como me han hecho. Y es mejor. Así haré menos daño.

Lo hondo, visto con hondura, es superficie.

Las flores sin perfume deben el llamarse flores a las flores perfumadas.

Si me olvidase de lo que no he sido, me olvidaría de mí.

Ver me cuesta abrir los ojos a cuanto no quisiera ver.

Quien asciende peldaño a peldaño, se halla siempre a la altura de un peldaño.

Toda cosa existe por el vacío que la rodea.

Del vivir conozco el vivir de nada, y del morir, el morir de todo.

El hombre, cuando sabe que es una cosa cómica, no ríe.

Aún no he probado ningún vino superior a mi sangre.

Quien no sabe creer, no debiera saber.

Quise alcanzar lo derecho por sendas derechas. Y así comencé a vivir equivocado.

El hombre, cuanto más grande hace su obra, menos puede vivir de acuerdo a ella.

Yo también tuve un verano, y me quemé en su nombre.

He abandonado la indigente necesidad de vivir. Vivo sin ella.

En cada nuevo drama me pregunto: ¿es éste el drama?

Nadie es luz de sí mismo, ni el sol.

El hombre igualaría a su digno maestro si, al hacer su obra, hiciera también el infierno para su obra.

Cuanto he perdido lo hallo a cada paso y me recuerda que lo he perdido.

No sé cómo he podido volver tantas veces aquí, sin moverme de aquí.

El bien que no merezco, aunque lo obtuviese, no podría vivirlo; el bien que merezco sí, podría vivirlo, aunque no lo obtuviese.

Sé que no tienes nada; por ello te pido todo; para que tengas todo.

A veces recuerdo que respiro y, hasta no olvidarme de ello, casi no respiro.

Eres un fantoche, pero en las manos de todo el universo, que tal vez son tus manos.

ANTONIO PORCHIA

SUR, Nº 197, marzo de 1951

PASEO

Diariamente visito calles y cafés,
y es mi paso ansioso y fugaz el que descubre
un rostro de inesperada dicha, un oscuro ademán, una mirada

que misteriosamente completa el esplendor de un recuerdo.
Hombres y mujeres que me ofrecen su compañía
sin conocer mi voz ni haber pronunciado mi nombre,
sólo porque entre ellos soy uno que celebra
cómo la vida nos reúne en una misma estación.
Ningún temor, entonces, sofoca mi soledad,
pues el odio y el amor son cosas que compartimos
en un inmemorial convite amigos y desconocidos.
Visito calles y cafés, prosigo
como un río que surca la plenitud del mar.

LOS OJOS DEL PRÓDIGO

En sus manos la carta
(trazos que ha movido la nostalgia
y seguramente el sereno perdón)
parece henchida y palpitante, como algo real
repitiendo costumbres a la memoria,
rodeándola de íntimas imágenes
que el viaje devoró cuando imperó su servidumbre.

Y viene de ella una vasta inundación
de piezas habitadas y perennes
fragancias domésticas, días y noches
del pasado que colman un instante:
puertos que abandonó
porque vivir era sentirse extranjero.
En algún país ahora lee
esas líneas que no desafían ni suplican
sino que son simplemente un gesto sangrante,
una inmóvil y silenciosa reunión de cosas perfectas,
y comulgan con su soledad de pródigo
combates, dinero, fiestas, nuevos amigos,
ojos en cuyo profundo pozo líquido
un leve fulgor del pasado es su conciencia.

SEBASTIÁN ZALAZAR BONDY

SUR, Nº 45, junio de 1938

PAREJA, ESPECTRO

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
el habernos salvado
otra vez del diluvio:
cuando el agua subía
en el hervor terrible
de la primera cólera del mundo,
y tú en tu mano abierta
nos pusiste a los dos,
a ti y a mí, y alzándola
hasta cerca del cielo,
donde nunca ha llovido,
escapamos en ella
del amargo torrente
de cristal y pecados
en que tantos hermanos nuestros perecieron.

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
un acto incomparable:
poder pisar la nieve.
Yo miraba asombrado
la blancura hecha mundo,
al despertar un día.
¿Quién, quién iba a atreverse
a pisar sobre ella
sin tener esas alas
con que nada se pisa?
Me cogiste la mano,
subimos a los últimos
pisos del arrebato.
Al volver cuatro huellas
sobre lo blanco hay.
¿Las nuestras? Imposible,
no anduvimos. Sí, nuestras.
Poner allí la planta,

es nuevo, nuevo, nuevo.
En nada se parece
a ponerla en la arena,
blanda como el cadáver
fatal de las promesas.
Ni a ponerla, lo mismo
que la pone el amor,
—inevitablemente,
porque su suelo es ése—,
en el pecho de un hombre,
sabiendo que lo ahoga.
Es igual que ir pisando
por el suelo del aire.
Y se sienten crujidos
tan dulces como en besos,
o en las sedas antiguas,
o en la fresa
que se deshace románticamente en la boca,
hacia el seis o el siete de mayo.

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
el ofrecerme té a las cuatro, presentándome
a aquella dama interesante
que estaba retratada en un Museo
por un pintor abstracto,
y que me confesó
inclinando los ojos a la alfombra
persa del XVIII,
que nuestras almas iban
a entenderse muy pronto
y sin error alguno, gracias a...
(No me acuerdo de qué. ¿Gracias a qué, sería...?)
Teníamos los dos
rodajas de limón en el té. Y fue por eso
por lo que hablamos de los círculos dantescos,
escapando a la pena
de ser tan actuales
que la tarde de otoño y los relojes
destilaban desde los cielos y pulseras.
Nunca agradeceremos

bastante a tu belleza
el haber libertado a Dafne,
después de tantos siglos de ser verde,
para suplir la falta de los pájaros.
(Habían huido todos al fondo de tus ojos
dejando al mundo
sin otro aletear que tus miradas.)
Y como siempre necesita el aire
tener algo que vuele por sus ámbitos
tú, comprendiendo el parecido
entre alas y follaje,
volar hiciste todas las hojas, por parejas,
igual que pájaros sin cuerpo, repoblando
los aires de averío;
y sin perder las alas trémulas en tus ojos
diste al viento el temblor que necesita.
Por lo cual ese año
las hojas no pasaron de lo verde.
Ni hubo una sola que cayera al suelo,
a mendigar melancolías.
Y nadie se dio cuenta del otoño.

Nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
la rotura de los termómetros
cuando el azogue se volvió tan loco
allí en sus venas transparentes
que el corazón del mundo, su calor,
se podía romper de latir tanto.
Tú me enseñaste con paciencia inmensa
a contar hasta el fin, del dos al tres,
del tres al cuatro, aquella tarde triste
cuando ya no teníamos qué decirnos y tú
empezando a contar correlativamente,
uno, dos, tres, cuatro, cinco...
descubriste los términos
de todo lo numérico,
el vacío del número. Y entonces
se abolió el gran dolor, la eterna duda
de saber si es que somos dos o uno;
uno queriendo ser dos, o lo contrario, dos,

que atraviesan por pruebas
arduas, como quererse o enlazarse,
en busca de ser uno, sólo uno.
Fácilmente comprendes la importancia
de haber traspuesto el numeral tormento
perdiéndonos, del todo y para siempre,
en esa selva virgen tan hermosa:
la imposibilidad de distinguirse.
En la cual no penetra nunca
ese rayo del "tú" y del "yo",
del "me quieres" y del "te quiero";
todo el dolor de la primera y la segunda
persona, que separa
a dos personas para siempre
en las gramáticas y el mundo.

Y, sobre todo, nunca,
nunca agradeceremos
bastante a tu belleza
el habernos librado
de tu misma belleza, del terrible
influjo que podía haber tenido
sobre la calma de los mares, sobre Troya,
y sobre algunos pasos míos en la tierra.
Por eso ahora podemos
andar despacio por las calles
por donde todo el mundo corre,
sin que nadie se fije en que existimos.
Y al vernos, al pasar, en los cristales
de los escaparates, dos imágenes
tan parecidas a lo que querríamos
ser nosotros, sentir que nos gustamos,
así, cual dos artículos de lujo,
que se pueden comprar.
Y entrar en esa tienda
diciendo al dependiente en voz muy baja,
igual que a un confesor: "Queremos esa
mujer, y el hombre ese
que están ahí, en el escaparate".
Y cuando nos reponda atentamente:
"Aquí vendemos sólo, catecismos y radios",

comprender, sonriendo, nuestro error
comprar un aparato de ocho lámparas,
un catecismo, e irnos en seguida
a casa —si no se nos olvida dónde estaba—,
a buscar, hacia atrás, desde el jardín primero,
por la radio del tiempo
otros dúos de sombras:
de aquellos que empezaron nuestro canto.
Y si aún se rezagara alguna duda
en tu alma o en la mía,
el catecismo lo contesta todo,
con palabras más viejas que monedas,
que tú me lees, sin mover los labios:
"Mundo, demonio, carne... Fe, esperanza..."
Y pasamos la noche,
tranquilos, distraídos
de tu inmensa belleza.
Como si tú no la llevaras
encima, fatalmente, sin descanso.
Como si no estuvieran esperándola
las blancas superficies de una cama,
o las almas —más blancas—, de unos ángeles
donde sueles dormir alguna veces,
mientras que yo te miro, despierto, desde el mundo.

Wellesley (U.S.A.), 1938

PEDRO SALINAS

SUR, Nº 293, marzo-abril de 1965

DESPUÉS DE TANTO ORGULLO

I

Perdido en la memoria,
laberinto cuya única salida es tu sexo;
mientras la poesía se nos desvanece entre la reflexión
y el deseo,
y luego del impacto inicial la primera palabra

se desliza hacia el vacío.
Es así como suelo puedo escribir,
en frío, en la digestión de ese gran pez que se estremece
en tu cuerpo,
reconstruyendo una pasión en la que ya nos hemos
consumado.

II

Entre los desperdicios del espíritu busco un nombre
para anunciarte,
un breve tema
en que de nuevo resplandezca tu libertad
frente al mar
—ese tema transitorio y transitable
tantas veces repetido y otras tantas
marginado...
Y sin perder el hilo tenso de las palabras
en el que al menos se teje nuestra dicha
por un instante,
sabiendo que después del viento
—del desdén o del desprecio
las borra y las barre de nuestros labios;
sin ninguna vacilación, sin ninguna
perturbación,
por ese filo agudo
caminamos,
entre dos caras,
entre dos aguas y la marea del crimen
a dos pasos, a dos manos
que tocan fondo
en mi corazón.

III

Inventado el orden y el destino.
Invertido el orden y el destino.
Un día y otro, una sombra y otra,
una muerte y otra,

hasta ignorarte.
Debes cambiar, permanecer,
llenar el espacio en blanco
de la página
hasta reconocerte.

IV

Las palabras tienen el don de tu instinto.
El mundo necesita de tu respiración.
Respirar en esa axila
que exhala
el más violento y acre perfume.
Una embriaguez cruda y pura.
Cuando al atardecer el sol arranca
la piel de la tierra
y quedamos al vivo.
La estrella que más dura en el cielo
corresponde a tu idea
del amor, pero también del odio.
No hay exterminio sin crueldad, sin inocencia.
Es lo que querías decir después
de tanto tiempo.
Lo que querías maldecir
y biendecir.
(Un olor fétido ya se ha acumulado
demasiado
sobre el mundo.)

V

Inventa el orden, invierte el orden.
La gracia de vivir es
hacer vivir.
El destino tiene sus ruinas y sus números,
sus rostros, sus huellas plantadas
e implantadas.
Te has ido perdiendo en silencios,
debes recuperarte en palabras.

El bien y el mal combaten en ti.
Lo real y la ilusión de lo real.
El pasado aún te sueña.
Pero tus sueños hoy son
esa terrible
deflagración del lenguaje.

VI

Estamos, vivimos, somos
la disolución.
Permanecer al lado de la dicha
es un crimen
¿Qué fue la cólera del verano
este año
junto al mar?
Rodearse de sufrimiento,
una debilidad.
¿Quién ceñiría hoy la máscara
de la debilidad?
Preferimos el vigor.
Lo que no sabemos, lo que apenas
sabemos...

VII

Ven de este lado, recorre
de más allá de más acá
este cuerpo sesgado y cegado
por el furor.
¿Creías acaso que era el fin?
Otra mano toma mi mano, otra
palabra se sobrepone
a la mía.
La trasfiguración y la desintegración.
El sol estalla, estalla
el poema.
Ese que llega, ese que más bien
regresa

recogerá
el caído esplendor.

GUILLERMO SUCRE

SUR, Nº 319, julio-agosto de 1969

DISTANCIAS

I

la rueda se ha detenido se ha deteni-
do tres dos tres dos la rueda
se ha detenido roto por dentro
solo madera entran ojos
solo memoria cónico
solo memoria al cielo de cara no es posible
que arda ya más que arda más todavía que
arda sola eterna como si el viento (algo)
no arrojara sus migas sus ropas deshecho
ansiado cuerpo luz de la noche pájaros
homicidas bajo el puente se alejan fríos
(algo) y cadenciosos mar
y silbó y dijo criatura barro
y dijo y rió trompa de vena
y rió carne temblada
y disparó bulto
zapatos
carne
aéreo (algo)
y sol (una mujer)
hachas de sol (ante la puerta con llave)
arañan la puerta (busca su llave) aclara
el pecho (dice en alta voz) el ojo (ábreme yo) la mano
(llama y llama) el borde (no) del río (no) de sangre
(no) de sangre que huye hilo salvaje negro de pavor
entre el suelo y la puerta al encuentro de sus pasos
la rueda se ha detenido se ha deteni-
dos tres dos tres dos la rueda
se ha detenido

II

cavidad tú
lo otro llama
amor congrega
dos una vez una sola vez
preciencia cuando abraza abierto
cúpula estoy
veníamos de atrás verano
ignorantes sin compuerta
el viento hidraba flujos
acuérdate de sol velarios me impiden
cuando se borre sí
nuestra mordida paralaje
y nos disuelva sin rumor y nos separe el día

III

hay un país (pero no el mío)
donde la noche es solo por la tarde
(pero no el nuestro)
y así canta una estrella su tiempo libre

toda la muerte pensaré
ya que morir no es mío
y aún alumbro con sangre deslumbrada
(hay un país) *el sueño de caída*
(hay un país)
y yo conmigo (y siempre)
de amor inmóviles

IV

no quedaban tabernas hubo entonces que dormirse
loco a secas limpiamente violín
y hermano memorioso de David Bach
y como él inexistente de sol a sol
sin dar el paso a qué (pero sin duda oscuro)
cementerios de nieve igual
a noches

V

el rayo oscuro en la cabeza
de oro nacido para jugar
desembocada-
mente al pájaro mental
oh moira
OH MOIRA
vives carne de viento en la mirada
(negra fuerza) en tu alegría de
mentir silencio a lo que amas (hambre
luz) bello animal desgracia
posado en lo indecible

VI

de cara a la pared
dibujan los ojos dan movimiento
amor y el salto al otro lado
es otro hueco y toda la presencia
otra pared límite blando familiar
la mirada una casa para siempre
solas mesas tendidas
el mundo un paso y otro paso otro paso

un canal donde atascarse con algunos amigos con
algunos reinos negros con algunas novedades del silencio
y del sol

SUSANA THÉNON

SUR, Nº 276, mayo-junio de 1962

EL MILAGRO

I

RESURRECCIÓN

Las cosas que vuelvo a ver
en esta mañana única,

nunca serán ya las mismas.
Y esto que ahora digo
con un sonido lavado,
ya no se me dará más.
Serán otras, otra vez,
las palabras, con que intente
manar al fin al decirlo.

II

EL NÁUFRAGO

Dios es eterno. No suele
darnos la eternidad:
sólo nos presta aquello
que un día Él nos reclama,
oh, eterna huella que hoy
quedaste sobre mi alma.
En torno andaban la calle,
los ruidos, algunos autos,
mujeres, raros sombreros
surgidos en este invierno...
la niebla con todo hacía
ovillos en el silencio.

Había, además, un náufrago,
zozobrando entre palabras.

III

EN EL JARDÍN DEL RETIRO

Nunca dejaré de ser,
y aquí, si me encuentro
andando en este parque,
donde se oyen una urraca,
bichofeos y el silencio
con ladridos lejanísimos,
es tan sólo actualidad

de lo eterno,
que olvidamos.

La tijereta a veces
atraviesa este olvido,
no la paz inmarcesible.

La campana ahora llama
en la hora de albergarte,
oh, silencio en el silencio.

BASILIO URIBE

SUR, Nº 287, marzo-abril de 1964

VALS

No he buscado otra hora, ni otro día, ni otro dios que tú.

Laberinto, pirámide de humo, altura que canta, pozo que amenaza, tierra de abismo, primavera ciega.

La soledad nos une en la humedad del guisante, en la hinchazón de la ola,
en el sudor de la raíz.

(Brota en el polvo gris de Lima la baya cargada de ira.
Gira el vals, manantial de orina, vaho dorado y golpe bajo,
labios negros, estrujados, fantasma que se acaricia bajo las uvas amarillas y se flagela al alba con las estrellas.)

Asciendo y caigo al fondo de mi alma
que reverdece, agónica de luz, inmantada de luz.
En este ir y venir bate el tiempo las alas
detenido para siempre.

Recrearte: polvo, brizna, herida.
Perderte: gesto, contacto, olvido.
Buscar tu sombra, reconocerte tras una ventana,
mancha de sol, sombra de lluvia, en cualquier calle del mundo.

Perseguirte, condenado girasol,
como una piedra, encadenada al aire,
arrastrando la tierra, cauda que enciende universos,
que se desvanece en una plaza.

La mirada que soy entorna la puerta, atisba el vacío,
otea el cielo en ruinas.
En la rama vencida estalla una breva furiosa, la pupila en llamas,
buscándote, exigiendo su razón de luz.

BLANCA VARELA

SUR, Nº 269, marzo-abril de 1961

PRESENTE DE AGONÍAS

Reclusos del tiempo que vivimos,
con la mirada tendida
hacia las parameras de la nada,
henos aquí, enajenados de nosotros mismos.

Desgastamos la salud de los días,
convertimos la luz de sus praderas
en fantasmas de ciénagas.
Y presos de la angustia,
deambulamos por selvas de agonías
quebrando el brote joven,
acibarando el jugo de la vida.

Acusadores de todo lo que existe,
no arquitectos,
demolemos,
reducimos a escombros
las altas ciudades interiores,
y rodeados de ajenas muertes
sustituimos las urgencias de la vida
por símbolos creados
a fuerza de negaciones y perplejidades,
de razonar más que sentir,
de un no-ser, más que ser,

de un no-vivir, en morir.
Decimos sangre, no manantial,
vencimiento, no lucha,
desesperanza, no fe,
tinieblas, no claridad.

¿Qué nocturno,
qué oscuro devorador de la inocencia
nos roba su realidad?
¿Qué afán de acabamiento
nos atrae y desciende
a la desobediencia de los sueños?

Cierto que en la vigencia de lo establecido
priva la desmesura:
el cosmos invadido y alcanzable
en otra dimensión del infinito
y en orfandad terrestre, nosotros,
náufragos de un mundo
que cambia y se transforma,
y nos ata a sus contingencias
más que al yo profundo que nos hace,
nos muere, nos renace,
ya no nos atrevemos
a nombrar por su nombre
las cosas simples y humildes.

Y sin embargo, sabemos que existen
desde el primer día de la creación,
la alegría y lo sensible,
las vísperas de los sueños,
la gracia del amor,
como también existen
el ardor de la carne,
la violencia y el crimen,
la abyección, el pecado.

Y mientras hacia adentro
la tuerca de la nada,
más grande que la medida de su círculo,
ahonda hasta desgarrar las raíces del alma,

he allí al ángel de las primeras inocencias
en su encantamiento antiguo y nuevo.
He allí los caminos de ascención y de esperanza,
que rachazamos, que desconocemos.

¿Y Dios?
Dios eterno, Eternidad,
mirándonos, mirándonos...

MARÍA DE VILLARINO

SUR, Nº 123, enero de 1945

NOCTURNO

La muerte toma siempre la forma de la alcoba
que nos contiene.

Es cóncava y oscura y tibia y silenciosa,
se pliega en las cortinas en que anida la sombra,
es dura en el espejo y tensa y congelada,
profunda en las almohadas y, en las sábanas, blanca.

Los dos sabemos que la muerte toma
la forma de la alcoba, y que en la alcoba
es el espacio frío que levanta
entre los dos un muro, un cristal, un silencio.

Entonces sólo yo sé que la muerte
es el hueco que dejas en el lecho
cuando de pronto y sin razón alguna
te incorporas o te pones de pie.

Y es el ruido de hojas calcinadas
que hacen tus pies desnudos al hundirse en la alfombra.
Y es el sudor que moja nuestros muslos
que se abrazan y luchan y que, luego, se rinden.

Y es la frase que dejas caer, interrumpida.

Y la pregunta mía que no oyes,
que no comprendes o que no respondes.

Y el silencio que cae y te sepulta
cuando velo tu sueño y lo interrogo.

Y solo, sólo yo sé que la muerte
es tu palabra trunca, tus gemidos ajenos
y tus involuntarios movimientos oscuros
cuando en el sueño luchas con el ángel del sueño.

La muerte es todo esto y más que nos circunda,
y nos junta y separa alternativamente,
que nos deja confusos, atónitos, suspensos,
con una herida que no mana sangre.

Entonces, sólo entonces, los dos solos, sabemos
que no el amor sino la oscura muerte
nos precipita a vernos cara a cara a los ojos,
y a unirnos y estrecharnos, más que solos y náufragos,
todavía más, y cada vez más, todavía.

SUR, Nº 179, septiembre de 1949

DÉCIMAS

I

Si nuestro amor está hecho
de silencios prolongados
que nuestros labios cerrados
maduran dentro del pecho;
y si el corazón deshecho
sangra como la granada
en su sombra congelada,
¿por qué, dolorosa y mustia,
no rompemos esta angustia
para salir de la nada?

II

Por el temor de quererme
tanto como yo te quiero,
has preferido, primero,
para salvarte, perderme.
Pero está mudo e inerme
tu corazón, de tal suerte,
que si no me dejas verte
es por no ver en la mía
la imagen de tu agonía:
porque mi muerte es tu muerte.

III

Mi amor por ti, ¡no murió!
Sigue viviendo en la fría,
ignorada galería
que en mi corazón cavó.
Por ella desciendo y no
encontraré la salida,
pues será toda mi vida
esta angustia de buscarte
a ciegas, con la escondida
certidumbre de no hallarte.

XAVIER VILLAURRUTIA

SUR, Nº 318, mayo-junio de 1969

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

Parecía extenuado, pero
los brazos extrañamente fuertes
saliendo de la camisita humilde
que la disnea abomba,
la cabeza aplastada embutida en el tronco,
las sandalias ancianas,

los ojillos salvajes, invencibles, rendijas
de un fulgor hosco, tierno y travieso, le daban
la inenarrable majestad poderosa de un hombre.

"Estoy cansado, *muy* cansado", me decía,
y esas palabras suyas, levemente asqueadas,
hostilmente soñadoras,
dichas con aquella expresión triturada, exquisita, minuciosa,
casi visionaria,
que la muerte tendrá que matar como uno de los últimos
rescoldos de la luz, eran una revelación inexplicable,
igual que un árbol
o un crepúsculo.

CINTIO VITIER

SUR, Nº 192-194, octubre-diciembre de 1950

EXTRAVIADO Y SIN PAZ...

Extraviado y sin paz en sus querellas
por ese afán de tierra en que delira,
su azul el cielo como ajeno mira
y mira, como ajenas, sus estrellas.

Sola y perdida por buscar las huellas
del cielo hasta en el aire que respira,
gira la tierra con sus sombras, gira,
pero al girar ignora el giro de ellas.

Uno en otro y a cual más entregado
pero cada uno siempre separado
los dos vamos viviendo nuestras vidas.

Y al no vivirlas por haberlas dado
cada uno está en sus cosas desterrado
como en las cosas más desconocidas.

¿DÓNDE FUE?

—¿Dónde fue? — se pregunta la mirada.
—¿Dónde fue? — sin cesar clama el oído.
Pero la luz, el aire y el sonido
a sus preguntas no responden nada.

—¿Dónde fue, dónde fue? ¿Por qué borrada
senda de qué jardín dulce o perdido? —
La memoria se inclina hacia el olvido
pero el recuerdo no recuerda nada.

Ni tú ni yo, ninguno ha conseguido
saber, en fin, si la unidad soñada
fue alguna vez, si ha sido o si no ha sido.

Pero a pesar de estar sin saber nada
tú sabes bien que me has reconocido
y yo sé que te siento recobrada.

JORGE VOCOS LESCANO

SUR, Nº 185, marzo de 1950

EL SEÑALADO

Los días te dejaron
señales de su belleza:
a veces en tu cara
maduran y despiertan
rasgos inolvidables
de una tarde violenta,
o traes todo el sol
frutal de alguna siesta
asomado a los ojos
en inmortales huellas.

Los días te dedican
su enamorada muerte,

y en tu ser resucitan
para siempre.
De perdidas mañanas
recuperadas, vienes.
Mañanas con caballos
huyendo en campo verde.
De quemados mediodías
vienes,
con el alma mojada
de eternidad reciente,
con recuerdos de palomas
volándote los dientes.

A toda la alegría
del mundo te pareces.
La belleza que miras
ya nunca más se pierde:
se queda en la profunda
morada de tu frente,
y en un deslumbramiento
amante se resuelve.
Oh bienaventurado
adolescente,
porque nada te olvida
y nada en ti se muere;
en memorias de sangre
permanece.

Lo que en la tierra pasa
se demora en tu cuerpo,
acoges y transformas
lo que desdeña el tiempo.
Primaveras de espigas,
otoños cenicientos,
aguas fugaces como
la sombra de los sueños,
y nubes y semillas
y pájaros y fuegos.

Amarte es amar todo
lo que ama bajo el cielo.

A veces un crepúsculo,
en tu boca apareciendo,
repite su agonía
de morado movimiento,
o una fragancia queda
mordiéndote los dedos,
o en tu voz cicatrizan
los matices del viento.
Y amarás para siempre
con tristeza en el pelo,
porque sombras de pinos
llovieron sobre el beso.

MARÍA ELENA WALSH

SUR, Nº 306, mayo-junio de 1967

TRES POEMAS

I

A las márgenes quietas
donde te asomas,
vuelvo la mirada y suspendo
la partida.
¿De dónde traes la luz
que la repartes
con las manos tan llenas
de ti, de flores, de silencios?
Cómo duele alejarse,
no quedarse del todo,
a tu lado,
vigía sometido
a la lámpara móvil
de tu piel de estatua.
Vigía en la penumbra
del cuarto donde brotan
tus piernas suaves
como tallos primeros,

tus hombros que navegan
entre almohadas,
para mí, perdidos frutos,
tristemente lejanos.
A las márgenes quietas
desde donde me miras
tiendo mi red
—fina red de temores—
y se pierde en la sombra,
y apenas la recupero.

II

Bajo la rápida caricia
tu cuerpo me habla
su lenguaje temeroso
de violencia, y de ternura.
¿Qué súbito espanto
me impide tocarte?
¿Rozar la incertidumbre
de tu primera entrega?
¿No verte, ojos ya nulos,
sino bajo otras manos?
Creo que eres un río
que se me escapa.
Quizás un tibio arroyo
entre plantas en flor.
Quizás un hilo de agua
que mis labios torpes
no saben cómo beber
en un mundo incendiado.

III

No sé si es tuyo
el resplandor que ilumina
este cuarto,
o la lunar primavera,
que entró de repente,
se ha quedado en las sábanas,

en el vaso con lirios,
en la mitad
de tu cuerpo joven.
Ah, toda la luz
que caía de los cielos
como un torrente
en los días del llanto,
en los días
de la irrecuperable
limpidez carnal,
y que no veíamos,
toda esa luz regresa
y estalla en las paredes
y un gozo distinto
se apodera de mí,
elevándome
a un puro centro
donde estás tú,
enteramente,
y al cual acudo,
entre músicas olvidadas,
aturdido como un colegial
que va a dar examen
y tiembla todo
como si entre las manos llevara
espigas y cristales.

GUILLERMO WHITELOW

SUR, Nº 150, abril de 1947

DEL ESTÍO

I

En las llamas del sol las mariposas
rutilan sobre el agua iluminada
que fluye de la fuente a la explanada
bajo el ardor del cielo y de las rosas.

De las enredaderas luminosas
desdeñando la sombra delicada,
ves de una nube azul que se traslada
la forma diseñada en las baldosas.

Y entre las ondas del follaje infiero
oh ángel inaccesiblemente rosa
del jardín de la luz del mes de enero

que el laberinto de tus movimientos
y la tarde traslúcida y sinuosa
se esfuman en el fuego de los vientos.

II

Canta en el sol detrás de las persianas
un mirlo entre guirnaldas abstraído
como la intermitencia del sonido
del mar sobre las playas suburbanas.

Silenciosas, simétricas mañanas
y tardes de un calor desconocido,
¡con qué insidia después que alguien se ha ido
persisten las bellezas cotidianas!

Me exilaré en el rayo solitario
que penetra el cristal de tu retrato
con su fulgor de flor en un santuario,

junto al ángel ausente prisionero
del furor exterior verde e insensato
del mar y el aire de oro de febrero.

SUR, Nº 256, enero-febrero de 1959

VILLA BARBERINI

Un rayo de sol en el agua,
una palabra solamente

como esta abeja de piedra
que finge beber en la fuente.

Si encuentro esa palabra hoy
por un minuto reencarno
junto a la concha de mármol
el poeta que ya no soy.

JUAN RODOLFO WILCOCK

SUR, Nº 277, julio-agosto de 1962

EL AMANTE

Vedlo ahí desnudo entre las incerteza y la hesitación,
Como Hamlet, subestimando sus posibilidades,
Perdido en la intersección de dos caminos,
El bien y el mal, oh Filomela, el error y la verdad,
Haciendo tintinear su cuchara en el plato del vecino,
Lleno como una vejiga de sus oscuros ocios,
Flotando indeciso, permeable a las influencias exteriores,
Desconfiado y pesimista, impotente
Entre el temor a equivocarse y el escrúpulo; siniestro
Como un ciego tantea con su bastón las piernas de las colegialas;
Insatisfecho y platónico, uranista a veces,
Misógino y estéril, herido en el bajo viente,
Convirtiendo el café frío en una cuestión de principios
Y las arrugas de su camisa en un caso de conciencia.

Vedlo ahí desconfiado y avaro, enemigo de las parejas,
La rueda de su destino gira en sentido inverso;
Si se inclina a acariciar a un perro sarnoso
Que como el perro de Odiseo viene a orinar entre sus piernas,
Se remangará tímidamente las botamangas del pantalón,
Contemplará sus zapatos raídos, las colillas
Y las huellas de su perdición en los mosaicos de la acera,
Y llorará por el bien perdido, por la intrusión y la charla,
La pérdida de prestigio, el tedio, las preocupaciones

Debidas a la indolencia.
Entre los dos caminos
Elijamos Eumeo el que más conviene a nuestra dignidad,
Una profesión lucrativa aunque turbada por motivos fútiles.

Así dijo y entró en busca de los pretendientes.

CARLOS VIOLA SOTO

POESÍA EN TRADUCCIONES

SUR, Nº 147-149, enero-febrero-marzo de 1947

POEMAS

LA ROSA Y LA RESEDÁ

Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya [1]
Ambos querían a la hermosa
Prisionera de los soldados
Cuál se subía a la escalera
Y cuál acechaba abajo
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Qué importa cómo se llama
Esa luz tras de sus pasos
Que el uno fuera a la iglesia
Y que el otro la rehuyese
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Uno y otro eran fieles
De labios, corazón y brazos
Y ambos decían viva ella
Y quien viva ya verá
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya

[1] La traducción exacta es simplemente "no creía", pero, aunque sólo se trate de una versión casi literal, el *ya* añadido le da a la frase una cierta cadencia, más importante por ser un estribillo tan frecuentemente repetido, sin por otra parte violentar el sentido, pues, al fin y al cabo, ¿quién no creyó alguna vez en el cielo antes de dejar de creer?

Cuando el granizo azota el campo
Loco quien hace reparos
Loco si piensa en sus pleitos
En la batalla común
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
De lo alto de la ciudadela
El centinela tiró
Por dos veces Uno cae
Y el otro se tambalea Cuál morirá
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Ambos están en prisión Cuál
Tiene el peor camastro
Cuál es el que más tirita
A cuál prefieren las ratas
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Un rebelde es un rebelde
Nuestro gemir uno solo
Y cuando llega la aurora
Pasan de la vida a muerte
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Repitiendo el nombre de aquella
Que ni uno ni otro engañó
Y su sangre roja corre
Con igual brillo y color
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Corre corre y se mezcla
A la tierra que tanto amó
Para que en la estación venidera
Madure la uva dorada
Aquel que creía en el cielo
Aquel que no creía ya
Uno corre y vuela el otro
De Bretaña o del Jurá
Y frambuesa o acerola
El grillo volverá a cantar
Decid flauta o violoncelo

El doble amor que quemó
La alondra y la golondrina
La rosa y la resedá.

LAS ROSAS DE NAVIDAD

Cuando éramos el vaso que se vierte
Bajo el aguacero un cerezo sin flores
El pan roto la tierra bajo el rastrillo
O los ahogados que atraviesan París

Cuando éramos la hierba amarilla que pisan
El trigo que se roba y la contraventana que golpea
El canto agotado el sollozo en la multitud
Cuando éramos el caballo que cayó

Cuando éramos extranjeros en Francia
Mendigos en nuestros propios caminos
Cuando tendíamos a los espectros de esperanza
La desnudez vergonzosa de nuestras manos

Entonces entonces los que se levantaron
Fuera sólo un instante caídos apenas levantados
En pleno invierno fueron nuestras prímulas
Y su mirada tuvo el fulgor de una espada

Navidad Navidad estas albas furtivas
Os han vuelto hombres de poca fe
El gran amor que vale que se muera y se viva
En el porvenir que renueva el antaño

Osaréis vosotros lo que osa su Diciembre
Mis bellas primaveras más allá del peligro
Recordad ese pesado aroma de las rosas
Cuando brilla la estrella sobre los pastores

A la luz del sol olvidaréis la estrella
Olvidaréis cómo acaba la noche
Cuando sople el viento en las velas

Olvidaréis la muerte de Ifigenia
Llore la púrpura en las pestañas de la margarita
O si a ellas asoma un sudor de sangre
Olvidaréis el hacha siempre pronta
Los veréis con ojos ya ausentes

La sangre derramada no puede callar mucho
Olvidaréis de dónde nos vino la cosecha
Y la uva de los labios en la tierra
Y el sabor negro que ha conservado el vino.

ARAGON

Traducción de Ricardo Baeza

SUR, Nº 294, mayo-junio de 1965

FRAGMENTO DE "VAN GOGH LE SUICIDÉ DE LA SOCIÉTÉ"

Regreso al cuadro de los cuervos.

¿Quién ha visto ya como en ese cuadro equivaler la tierra al mar?

De todos los pintores Van Gogh es aquel que más profundamente nos despoja, y hasta la trama; pero como quien se despiojaría de una obsesión.

La de hacer que los objetos sean otros, la de atreverse al fin a arriesgar el pecado de *lo otro*, y la tierra no puede tener el color de un mar líquido y sin embargo, precisamente como un mar líquido, Van Gogh arroja su tierra como una serie de golpes de azada.

Y el color de la borra del vino lo infundió a su tela, y es la tierra que huele a vino, que todavía chapalea en medio de las olas de trigo, que erige una cresta de gallo sombrío contra las nubes bajas que se agolpan en el cielo por todos lados.

Pero, ya lo he dicho, lo fúnebre de la historia es el lujo con que son tratados los cuervos.

Ese color de almizcle, de nardo rico, de trufa salida como de una gran cena.

En las olas violáceas del cielo, dos o tres cabezas de ancianos de humo arriesgan una mueca de apocalipsis, pero allí están los cuervos de Van Gogh que los incitan a más decencia, quiero decir a menos espiritualidad,

y eso quiso decir el mismo Van Gogh con este cuadro de cielo rebajado, pintado como en el preciso instante en que se liberaba de la existencia, pues esta tela tiene un extraño color
casi pomposo por otra parte, de nacimiento, de boda, de partida,
escucho las alas de los cuervos llamar con golpes de fuerte címbalo encima de una tierra de la cual parece que Van Gogh no podrá refrenar más la marea.
Luego la muerte.
Los olivares de Saint-Rémy.
El ciprés solar.
El dormitorio.
La recolección de las olivas.
Los Aliscampos.
El café de Arles.
El puente donde se tienen deseos de hundir el dedo en el agua, en un movimiento de regresión violenta a un estado de infancia al que obliga la fuerza prodigiosa de Van Gogh.
El agua es azul,
no de un azul de agua,
sino de un azul de pintura líquida.
El loco suicidado ha pasado por allí y ha devuelto el agua de la pintura a la naturaleza,
pero a él, ¿quién se la devolverá?

ANTONIN ARTAUD

Traducción de Alejandra Pizarnik

SUR, Nº 153-156, julio-diciembre de 1947

EN MEMORIA DE W. YEATS
(Fragmento)

Recibe, tierra, a un huésped honorable;
William Yeats desciende hacia el reposo.
Que el ánfora irlandesa
descanse, despojada de su música.

El tiempo que es intolerante
con el audaz y el inocente,

y en sólo una semana indiferente
ante un hermoso físico,

adora los idiomas y perdona
a quienes les dan vida;
perdona vanidades, cobardías,
y pone sus honores a sus pies.

El tiempo que con esta extraña excusa
perdonó a Kipling sus ideas,
y habrá de perdonar a Paul Claudel,
perdona a los que escriben bien.

En esta pesadilla de la sombra
todos los perros de Europa ladran,
y las naciones vivientes acechan,
secuestradas en sus odios;

la vergüenza intelectual
nos mira desde cada rostro humano
y los mares de la piedad
se hielan en todos los ojos.

Sigue, poeta, sigue derecho
hacia el fondo de la noche,
con tu voz que nunca ordena
persuádenos aún la alegría.

Con el cultivo de un verso
haz la viña de las anatemas,
canta el fracaso humano
en un éxtasis de angustia.

En los desiertos del corazón
deja fluir la fuente consoladora,
en la prisión de sus días
enseña al hombre libre los elogios.

W. H. AUDEN

Traducción de J. R. Wilcock

SUR, Nº 278, septiembre-octubre de 1962

VENERANDA

Está la orante solitaria en la estancia baja y en sombra,
Vestida del color con que esperan los muertos,
Y es el azul más suave que existe en el mundo
Mostrando entre jirones el ocre de las piedras desnudas.
Está sola la infancia, y los que vienen son oscuros.
Se inclinan con lámparas sobre su cuerpo.
¿Duermes? Tu presencia inextinguible arde
Como un alma, en estas palabras que aún te abandono.

Estás sola, has envejecido en esta pieza,
Atenta a los trabajos del tiempo y de la muerte.
Y sin embargo, mira: basta que tiemble una voz grave
Para que fluya el alba en los cristales del tiempo muerto.

SIEMPRE LA MISMA VOZ

Soy como el pan que partirás,
Como el fuego que harás, como el agua pura
Que te seguirá en la tierra de los muertos.

Como la espuma
Que maduró la luz y el puerto para ti.

Como el pájaro de la noche que aleja a las orillas,
Como el viento de la noche súbitamente más brusco y frío.

LA IMPERFECCIÓN ES LA CIMA

Sucede que había que destruir y destruir y destruir:
Sucede que sólo así puede ganarse la salvación.

Arrasar el rostro desnudo que sube desde el mármol,
Triturar toda forma, toda belleza.

Amar la perfección porque ella es el umbral,
Pero negarla apenas conocida; muerta, olvidarla,

La imperfección es la cima.

YVES BONNEFOY

Traducción de Alejandra Pizarnik e Ivonne Bordelois

SUR, Nº 113-114, marzo-abril de 1944

PROEMIO AL PUENTE DE BROOKLYN

Cuántos amaneceres, fríos de sus descansos en las aguas
Las alas de la gaviota lo sumergirán y lo dirigirán
Desparramando blancos anillos de tumulto, erigiendo alta
Sobre las encadenadas aguas de la bahía la Libertad.

Entonces, con inviolada curva, abandona nuestros ojos
Tan espectacular como velas que cruzan
Alguna página de cifras que serán archivadas;
—Hasta que los ascensores nos gotean de nuestro día...

Pienso en cinematógrafos, panorámicos ardides
Con muchedumbres asomadas a una deslumbrante escena
Nunca revelada, pero hacia la cual vuelven a apresurarse,
Predicha a otros ojos en la misma pantalla;

Y Tú, sobre el puerto, con pasos de plata
Como el sol te hubiera distanciado, pero dejando
Algún intacto movimiento en tu andar—
Deteniéndote, implícitamente te liberan!

Desde alguna prisa del subterráneo, celda o desván,
Corre un loco hacia tus parapetos,
Ladeándose momentáneamente, hinchada la aguda camisa,
Una mofa cae de la silenciosa caravana.

Murallón Abajo, desde la viga al medio de la calle gotea
Un diente arrancado del acetileno del cielo;

Toda la tarde las grúas embanderadas de nubes giran...
Tus cables respiran aún el Atlántico norte.

Y oscuro como aquel cielo de los judíos,
Tu galardón... Espaldarazo que confieres
De anonimidad que el tiempo no puede corregir:
Muestras vibrante indulto y perdón.

Oh arpa y altar de la furia conjugada
(¡Cómo podría un mero trabajo alinear tus cuerdas corales!)
Terrible umbral de la promesa del profeta
Plegaria de la parroquia, y el grito de los amantes—

De nuevo las luces del tráfico que rozan tu rápido,
Indiviso idioma, inmaculado signo de estrellas,
Manchando tu camino — condensan la eternidad:
Y hemos visto la noche levantada en tus brazos.

Bajo tu sombra, junto a los muelles aguardé;
Sólo en la oscuridad es clara tu sombra.
Los fogosos fragmentos de la ciudad están deshechos,
Ya la nieve inunda un año de hierro...

Oh insomne como el río que atraviesas,
Abovedando el mar, el sueño visionario de las praderas,
Desciende hasta nosotros, los humildes, alguna vez,
Y de tu curva ofrece un mito a Dios.

HART CRANE

Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges

SUR, Nº 113-114, marzo-abril de 1944

POEMA

Búfalo Bill
muerto
que solía
montar un padrillo
plateado y suave como el agua

y romper unadostrescuatrocinco palomassimplementeasí
¡Jesús!

Era un hombre apuesto
y quiero saber si
le gusta su muchacho de ojos azules
Señor Muerte.

E. E. CUMMINGS

Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges

SUR, Nº 153-156, julio-diciembre de 1947

PRÓXIMOS OTRA VEZ A LA ISLA LEGENDARIA...

Próximos otra vez a la isla legendaria
donde cantaron las sirenas y los marinos fueron torturados,
nos preguntamos hoy qué seducciones
lograron que esos hombres tan robustos dejaran los huesos en sus playas.

Se ve que estas coristas perdieron su esplendor,
las voces son chillonas, la pintura ha caído,
y los labios que hacían olvidar al sentido la corrosión del tiempo
suplican hoy favores con muecas sepulcrales.

Ya no tenemos carne para darles, no pueden ya mordernos,
el hambre y el sudor nos han pelado hasta los huesos;
somos una esquelética tripulación, luchando en los mares,
burlándonos del canto que debió seducirnos;

no hace falta cubrirse las orejas, desviar
los ojos de las rojas retóricas del cielo de la tarde.

CECIL DAY LEWIS

Traducción de J. R. Wilcock

SUR, Nº 96, septiembre de 1942

MUNDO GRANDE

No, mi corazón no es más grande que el mundo.
Es mucho menor.
No caben en él ni siquiera mis dolores.
Por eso me gusta tanto contarme,
por eso me desnudo,
por eso me grito,
por eso frecuento los periódicos, me expongo crudamente en las librerías.
Necesito de todos.

Sí, mi corazón es muy pequeño.
Sólo ahora veo que no caben los hombres dentro de él.
Los hombres están afuera, están en la calle,
la calle es enorme. Más grande, mucho más de lo que yo imaginaba.
Pero tampoco en la calle caben todos los hombres.
El mundo es grande.

Tú sabes cuán grande es el mundo.
Conoces los barcos que llevan petróleo y libros, carne y algodón.
Has visto los distintos colores de los hombres,
los distintos dolores de los hombres,
sabes lo difícil que es padecer todo eso, amontonar todo eso
en un solo pecho de hombre... sin que estalle.

Cierra los ojos y olvida.
Escucha el agua en los cristales.
Tan calma. No anuncia nada.
Sin embargo, corre por las manos,
¡tan calma! va inundando todo...
¿Podrán renacer las ciudades sumergidas?
¿Los hombres sumergidos podrán volver?
Mi corazón no sabe.
Estúpido, ridículo y frágil es mi corazón.
Sólo ahora descubro
que es triste ignorar ciertas cosas.
(En mi soledad de individuo

desaprendí el lenguaje
con que se comunican los hombres.)

Otrora escuché los ángeles,
las sonatas, los poemas, las confesiones patéticas.
Nunca escuché voz humana.
Soy en verdad muy pobre.
Otrora viajé
tierras imaginarias, fáciles de habitar,
islas sin problemas, pero fatigantes y convocando al suicidio.

Mis amigos se fueron a las islas.
Las islas echan a perder los hombres.
Sin embargo, algunos se salvaron y
trajeron la noticia
de que el mundo, el mundo grande crece todos los días,
entre fuego y amor.
Entonces, mi corazón también puede crecer,
entre amor y fuego,
entre vida y fuego,
mi corazón crece diez metros y estalla.
¡Oh, vida futura, nosotros te crearemos!

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

(*No se registra el nombre del traductor*)

SUR, Nº 48, septiembre de 1938

MIÉRCOLES DE CENIZA

I

Porque no espero nunca más volver
Porque no espero
Porque no espero nunca más
Deseando el don de éste y el designio de aquél *
Mi esfuerzo no se esfuerza por cosas semejantes
(¿Por qué el águila añosa extenderá sus alas?)
¿Para qué lamentarse

* Shakespeare, Sonets II.

De poderes perdidos en reinos habituales?

Porque no espero volver a conocer
El brillo deleznable de la hora positiva
Porque pienso que no
Porque conozco que no conoceré
El único verdadero transitorio poder
Porque no puedo beber
Allá, donde los árboles florecen y fluyen manantiales y nada es otra vez
Porque yo sé que el tiempo es sólo tiempo
Y el lugar siempre y nada más lugar
Y lo actual es actual no más por un momento
Y nada más en un lugar
Me regocija sean las cosas como siento
Y renuncio al rostro beatífico
Y renuncio a la voz
Porque no espero nunca más volver
Me regocija, en consecuencia, tener que construir algo
Con que regocijarme

Que Dios tenga de nos misericordia
Y que pueda olvidar
Lo que conmigo mismo tanto explico y discuto
Porque no espero nunca más volver
Permita a mis palabras responder
Por hechos que no serán hechos otra vez
Sea soportable el juicio que de nosotros juzgue

Porque incapaces de volar las alas
Baten el aire como vanos bieldos
El aire enteramente reducido y seco
Ahora todavía más seco y reducido que la voluntad
Enséñanos a interesarnos y a desinteresarnos
Enséñanos a estarnos quietos

Y ruega por nosotros pecadores
Ahora y en la hora de nuestra muerte
Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

II

Señora, tres leopardos blancos sentados bajo los enebros
en el aire fresco del día, comieron hasta saciarse
de mis piernas mi corazón mi hígado y aun de todo aquello
que el hueco redondo de mi cráneo contiene.
Y Dios dijo: ¿Podrán vivir estos huesos? ¿Podrán vivir
estos huesos? Y de lo que fue el contenidos de los huesos
(blancos y secos al poco tiempo) dijeron ellos chirriando:
Por la benevolencia de la Señora
y por su amabilidad, y porque
en su meditación honra a la Virgen
nosotros relucimos esplendorosos.
Y yo que estoy aquí deshecho ofrezco mis hechos al olvido
y mi amor a la posteridad del desierto y al fruto de la calabaza.
Esto es lo que purifica mis entrañas,
las fibras de mis ojos y las incomibles porciones
que rehusan los leopardos.
La Señora se ha retirado meditabunda,
de blanco vestida con la más blanca túnica.
Deja a la blancura de los huesos expiar hasta el olvido.
No hay vida en ellos. Así como soy olvidado
y querría ser olvidado, así yo olvidaría,
devotamente, concentrado en propósito. Y Dios dijo:
Profetiza al viento, únicamente al viento, porque sólo el viento
escuchará. Y los huesos cantaron gárrulos, con el estribillo
del saltamonte, diciendo:

Señora de silencios
Serena y angustiada
Desgarrada aún intacta
Rosa de memoria
Rosa de olvido
Exhausta y vivificadora
Angustiada en descanso
La única Rosa
Ahora el Jardín
Fin de los amores
Término del tormento
De amor insatisfecho
El tormento sin fin

Del amor satisfecho
Fin del sin fin
Jornada sin término
Conclusión de todo
Lo que es inacabable
Discurso sin palabra
Palabra sin discurso
Gracia de Ti, Madre
Por el Jardín en donde
Acaba todo amor.

Debajo del enebro los huesos cantaron, esparcidos y brillantes: Así estamos contentos porque juntos no nos servíamos lo bastante, debajo del árbol en la frescura del día, con la bendición de la arena, olvidándonos y olvidados y unidos al silencio del desierto. Esta es la tierra que vosotros os dividiréis en porciones. Mas ni la porción ni la unidad importan. Esta es la tierra. He aquí nuestra heredad.

III

En el primer recodo del segundo peldaño
Volvíme a ver abajo
La misma retorcida forma en el pasamano
Bajo el vapor del aire fétido
Luchando con el demonio de la escalera que ostenta
En el rostro engañoso la esperanza y la desesperación.

En el segundo paso del segundo peldaño
Dejélos en el fondo retorciéndose;
Y entonces, ya sin rostros, fue el aire oscurecido
Y el escalón oscuro,
Húmedo, mellado, como boca de viejo chocho
Imposible de reparar
O las dentadas fauces de un viejo tiburón.

En el primer descanso del peldaño tercero
Una ventana curva y hendida como el fruto del higo,
Un pastoril paisaje con la flor del espino
El talle de ancha espalda vestido azul y verde

Sortilegios de mayo solaz de antigua flauta.
Cabello al aire suave suelto sobre la boca,
Lilas y cabello castaño.
Distracciones y música de flautas, detenciones y pasos de la mente
sobre el tercer peldaño
Borrándose, borrándose; fuerzas inesperadas y desesperadas
En ascenso por el tercer peldaño.
Señor, yo no soy digno
Señor, yo no soy digno
pero sólo di una palabra

IV

Si aquel que entre violetas discurría
Que discurría entre
Los varios grados del variado verde
Yendo en blanco y azul, colores de María,
Diciendo cosas triviales
En su ignorancia dueño del eterno dolor
Si aquel que entre los otros como ellos se movía
Fuertes hizo las fuentes, puros los manantiales

Fresca tornó la roca seca, hizo firme la arena
En las flores azules *, azules de María,
Sovegna vos **

Están aquí los años de vagar entre arpegios
De flautas y violines, renovando
Lo que en el tiempo entre dormir y despertar se mueve, usando
Luz blanca protectora como su resplandor, plegada.
Los años nuevos pasan, renovando
A través de luciente nube de lágrimas
Los años, renovando
Con versos nuevos la caduca rima. Redime

* Espuela de caballero.

** Ara vos prec, per aquella valor
que vos guida al son de l'escalina,
Sovegna vos a temps de ma dolor,
Por s'ascose nel foco che gli affina.

DANTE, *Divina Comedia*, V. Purgatorio, XXVI, 148.

El tiempo. Redime
En el sueño más alto la visión que sublima
En tanto que unicornios enjoyados conducen el dorado ataúd.

Detrás del dios-jardín (flauta sin hálito)
La hermana silenciosa entre los tejos,
Bajo sus velos cándidos,
Inclinó la cabeza en un signo sin voz y sin palabras

El agua de la fuente ascendió, sin embargo,
Manando hacia lo alto
Y el pájaro dejó caer su canto
Redime el tiempo, redime el sueño
La señal de la palabra inaudita, inexpresada
Hasta que el viento agite millares de murmullos en el tejo *
Y después de este destierro

V

Si la palabra perdida está perdida
Si la palabra agotada está agotada
Si la inoída, inexpresada
Palabra es inaudita, inexpresada
La palabra inefable, la Palabra tácita
La Palabra sin la palabra, la Palabra con
El mundo y para el mundo;
Y entonces en tinieblas resplandeció la luz y en
Contra de la Palabra el mundo vacilante giraba todavía
Alrededor del centro de la Palabra silenciosa **

Popule meus, quid feci tibi?

* Tejo: (*Taxus baccata*) Conífera cultivada en Europa, especialmente en los cementerios, por su larga vida. Árbol de follaje verde oscuro, su polen se dispersa formando como nubes de humo. (*Webster's.*)

** palabra: verbo, razón, negocio.
Palabra: Verbo Encarnado, Verbo Divino, Jesucristo.
El autor se sirve del significado y el sonido, intraducible, de *word, Word, wold, unheard, unspoken, without, within,* con acentos musicales de órgano pleno.

¿En dónde se hallará la palabra, en dónde la palabra
Resonará? Aquí no, no hay bastante silencio,
Ni en el mar, ni en las islas,
Tampoco en tierra firme, ni en el seco desierto,
Para los que caminan en tinieblas
Lo mismo entre la noche que en el día
Aquí no es el tiempo conveniente ni el lugar conveniente
No hay sitio de gracia para aquellos que esquivan el rostro
Ni hora de beneficio para los que caminan en el bullicio y rehusan
la voz
¿Rogará la velada hermana por
Aquellos que caminan en tinieblas, los que se oponen a Ti y los que
Te escogen,
Por aquellos deshechos en las garras entre estación y estación, tiempo
y tiempo, hora y hora, palabra y palabra, poder y poder,
Por aquellos que esperan conocer la sombra en las tinieblas?
Rogará la velada hermana por los niños en el umbral que no pueden
dejarlo y tampoco implorar
Ruega por los que escogen y se oponen

Popule meus, quid feci tibi?

La hermana azul velada, junto a los finos tejos,
Rogará por aquellos que aterrados la ofenden
Que sin poder rendirse
Afirman ante el mundo y entre las rocas niegan
En el final desierto entre las rocas últimas y azules
El desierto en el jardín el jardín en el desierto
de sed las bocas escupiendo secas semillas de manzanas secas.

Oh, pueblo mío.

VI

Aunque no espero nunca más volver
Aunque no espero
Aunque no espero nunca más

Vacilando entre ganar y perder
En este breve tránsito por donde cruzan los sueños

Indeciso crepúsculo de sueños
Entre nacer y morir
(Bendíceme, padre) aun cuando no deseo desear ninguna de estas cosas
Fuera del ventanal advierto, hacia las costas de granito,
Las blancas velas dispuestas a volar rumbo a la mar en vuelo
Alas inalteradas

Y el corazón perdido se fortalece y se regocija
Con las lilas perdidas y las perdidas voces del mar
Y el espíritu débil que rebelde se anima
Con el torcido tirso-dorado y el perdido olor del mar *
Se apresura a recuperar
El grito de la codorniz y el aleteo del avefría
El ojo ciego inventa
Formas vacías entre las puertas de marfil
Y el olfato renueva el sabor de la tierra salina

He aquí el tiempo tenso entre morir y nacer
El sitio solitario por donde cruzan tres sueños
Entre rocas azules
Pero cuando se esparzan y difundan las voces del tejo sacudidas
Deja que sea sacudido el otro tejo tuyo y ofrece tu respuesta.

Bendita hermana, santa madre, ánima de la fuente, ánima del jardín
Evítanos el escarnio de engañarnos con falsedades
Enséñanos a interesarnos y a desinteresarnos
Enséñanos a estarnos quietos
Aun entre las rocas
Nuestra paz en Su voluntad
Aun entre las rocas
Hermana, madre
Y ánima del río, ánima del mar,
No me permitas tu separación
Et clamor meus ad te veniat.

T. S. ELIOT

Traducción de Ortiz de Montellano

* Tirso-dorado: (*Asteracea solidago*). Flor campestre y otoñal abundante en Norteamérica (*Toison d'or*).

Agradezco a los poetas Dudley Fitts y Thelma M. Lamb sus pertinentes aclaraciones al texto inglés.

O. de M.

SUR, Nº 147-148-149, enero-febrero-marzo de 1947

VIVO AÚN

Y yo me senté sin pudor sobre las ondas
de ese río lejano alveolado de sol verde
los árboles celebraban la noche y las estrellas

Vi claro en la noche desnuda
en la noche desnuda qué mujer
me mostró su rostro se mostró desnuda
su belleza adulta era más seria
que las leyes impías de la necesidad

Contra ella los aderezos de naturaleza
pueriles ejercían sus armas eternas
de hierro y mármol y sal
contra ella el diamante del cielo
se embotaba y se empañaba

Sin embargo era una belleza
de arena y de musgo y de crepúsculo
pero era una belleza
de carne de lengua y de pupilas
una belleza de retoño y desecho de las estaciones

Belleza que se apagaba bajo vagos encuentros
he separado amantes más feos juntos
que separados
para salvarlos hice cantar la soledad
quebré sus labios al cuadrado

Yo hice secar tuve tiempo de hacer secar
las flores sin remordimientos de una mentira
el estercolero fresco que lloraba
y las auroras mal despiertas
pero hice reír a los más agrios comediantes
apasionados de desnudez y demasiado bien vestidos
los que hablan aparte sus ojos brillan sin calor
los que hablan a sabiendas para envejecer cómodamente

los constructores de su prisión bien aceitada bien caminada
portadores de cadenas manos con esposas cabezas con cofias

Los glóbulos azules de un mundo descolorido
sobre el techo de sus sueños estaban en el sótano
no cultivaban sino la eternidad
mi corazón y mi ojo
bajo el espacio intacto todo estaba helado

De dónde surgiste imagen sin azur
espectadora en vista
sino de mí que duermo tan mal sobre un camastro
de dónde surgiste tocando la tierra de tan cerca
que sigo tu paso sobre el pavimento de las calles

Donde me aburro tantas veces donde me perdería
a pesar de todas las señales que lúcido coloqué
cuando era joven y previsor
cuando la sombra roja me habitaba
cuando sólo bebía vinos transparentes

Tú entera reglada por esa carne
que es la mía al flanco del vacío
temblorosa solamente
ante la idea de huir del mundo indispensable
tú precaria a pesar de mi esperanza de vivir

No hay irrisión
nada ha sido falseado
sino lo que no es la imagen sin mediodía
que se impone de noche sobre la médula
de este río donde me senté

Vivo aún y comparto
el trigo el pan de la belleza
sin otra luz que nacer y existir
tú bajísima y altísima en la desnudez
del norte y del sur en un único instante

La red humana está entre nosotros
nuestro nacimiento de la mujer es evidente
y ésta es la hierba que brotó en nuestra infancia

Estás enfermo o fatigado
estás demente o simplemente
más desolado que otros días
no tengo ganas de contestar

Porque yo temo al contestar
la suerte de esos jugadores
que por una nada juegan sobre el paño
de sus deseos y dolores

Saqué del nido los huevos útiles
a mi hambre para no morir
pero olvidé todos mis sueños
después y me odio hasta la muerte

PAUL ELUARD

Traducción de J. R. Wilcock

SUR, Nº 308-309-310, septiembre de 1967, febrero de 1968

IDIOMA VERNÁCULO

volebat namque varium, iracundum, iniustum, inconstantem: eundem exorabilem, clementem, misericordem, excelsum, gloriosum, humilem, ferocem, fugacemque et omnia pariter ostendere.
plinius, hist. nat. XXXV, X.

¿qué es lo que aquí he perdido,
en esta tierra,
a la que me trajeron mis mayores
por inocencia?
nativo pero intranquilo,
ausente estoy aquí,
instalado en espiritual desdicha,
en el bonito, satisfecho pozo.

¿qué tengo aquí? y qué tengo que buscar aquí,
en este plato de comida, en esta Jauja,
donde se va hacia arriba, pero no hacia adelante,

donde la saciedad se muere de bordada indigencia,
donde en las tiendas de comestibles la pobreza, cadavérica,
con sofocada voz desde la crema batida resuella y grita:
¡viento en popa!

donde a distancia de un margen de ganancia de los ricos pobres
los pobres ricos destrozan de entusiasmo sus butacas de cine,
y hacia arriba se va de caída en caída,
donde el balance su hosanna y todo lo qué bien está canta
y grita: no es bastante
que el feriado siga la fila y acelere y chapucee,
ése es el mal menor, es sólo la mitad,
no es nada, no es bastante
que los asalariados deambulen por las calles

y con cerrados puños den grititos de gozo
y canten y digan:

aquí se prospera,
es bueno estar aquí,
donde se prospera hacia atrás,
aquí el señor que manda a los señores que mandan
les dispara con el misal,
aquí guerrean los muy lisiados con los apenas lisiados,
aquí hay que ser implacablemente amables los unos con los otros,

y eso es el mal menor,
no me sorprende,
los compradores lo soportan,
aquí, donde una mano a la otra compra,
palabra de honor: aquí estamos muy cómodos,

establezcámonos aquí,
sobre este montón de chatarra aria,
sobre este graznante parqueadero,
donde de ruinas ruinas brotan,
flamantes, ruinas de reserva, en cuotas,
a pedido, hasta nueva orden:
estar aquí es magnífico,
donde al gastado gastador,
y eso es el mal menor,

se le caen los cabellos,
donde él cubre su exitosa cabeza
con cartón ondulado y celofán,
donde ausente desde el pozo grita
establezcámonos aquí,

en este hoyo homicida,
donde el calendario a sí mismo se arranca de impotencia y apuro,
donde el pasado en los tragaderos de basura arde sin llama
y el futuro rechina falsos dientes,
y eso proviene de que se prospera,
y aplicamos el quitamanchas,
es tan bonito aquí, no me sorprende,

auriprecisos aquí yacemos,
donde lo positivo se cotiza más alto,
las cámaras de comercio se cubren
y en féretro lo ponen bajo cristal blindado,

donde nos hallamos cómodos entre ciegos,
en las morgues, los negocios y las armerías,
y eso no es todo, es sólo la mitad,
es el desierto profundamente congelado,
es la rabia exitosa, eso danza
en la mísera nutria, sobre rodillas quebradas,
en la eterna primavera de la amnesia,

es un país distinto de los países distintos,
eso me duele, y que me duela
es sólo el mal menor, porque es cierto,
lo que sus víctimas, muerta gente común,
desde la tierra gritan, algo sordo y sin éxito,
que en el pavimento contra ruidos penetra
desde abajo, y así se torna oscuro,
sucio, mojado, hasta que un charco,
un charco harto común todo lo inunda,

y al hombremasa inunda,
y a los arbustos más rastreros,
y al hermoso rapónchigo, que ya no hay más aquí,
y ya no hay más ciudades y no hay peces,

todos se ahogaron en el charco,
cómo me duelen mis hermanos, los intachables, pobres vagabundos,

cómo me duelen los piadosos agentes de la justicia, los gasistas que
en masa chapalean,
con sus precintadores cómo tranquean,
con sus ausentes botas, por el vacío,
y la gloriola reglamentaria en la cerviz:

sin duda serían gentes como otras,
si este fuera un país normal, distinto
del país nebuloso y nocturno que es,
abrumado de ausentes,

que ignoran quiénes son ni lo quieren saber,
que a este país cayeron
al escapar de este país
y prófugos serán hasta la fosa:

si fuera de otro modo se lo podría ayudar,
habría consejo y desagravio,
¡si no fuera este yermo, mudo país hostil!
qué es lo que aquí perdí, qué busco yo
y hurgo en este indigente revoltijo
de prendedores, órdenes de compra,
adornos de sombrero tirolés,
ventas-fin-de-estación, y nada encuentro
sino crónicas salas de gimnasia
cronológicamente ordenadas,
propagandistas del amor al prójimo
en las barracas por las barracas para las barracas:

¿qué hago aquí? ¿y qué debo decir?
¿en qué idioma? ¿y a quién?
esta elección me duele como una puñalada,
eso me duele y es el mal menor,
que clama y así sigue
con pequeño clamor al cielo
y que se cree más grande de lo que es,
pero eso no es todo,
es sólo la mitad que clama al cielo,
todavía no es bastante:

pues este país, furibundo de hambre,
con esmero se desgreña con sus propias manos,
este país está dividido de sí mismo,
desintegrado corazón, dividido por dentro,
palpitando alocado, una bomba de carne,
mojada, ausente herida:

Alemania, mi tierra, no sagrada corazón de los pueblos,
harto mal reputada, de caída en caída,
entre todas las gentes comunes:

mis dos tierras y yo, somos gente dividida,
y aquí estoy sin embargo con fervor,
cual penitente, y me pregunto:
¿qué es lo que aquí perdí?

lo que aquí he perdido,
es lo que en mi lengua se agita,
algo distinto, el todo,
que intrépido bromea con el mundo
y en este charco no se ahoga,

perdido en este extraño, dividido estertor,
el prensado estertor en el *neuen deutschland*,
el estertor frankfurter allgemeine
(y esto es el mal menor).
mudo estrangulamiento que de sí nada sabe,
y del que yo saber no quiero, tierra ejemplar,
hoyo homicida al que arrojado soy
con medio cuerpo vivo,
y en donde estoy ahora,
disputo pero no cedo,
donde estaré por cierto tiempo,
hasta que parta hacia las otras gentes,
y descanse, en un país totalmente común,
aquí no,
no aquí.

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Traducción de Norberto Silvetti Paz

SUR, Nº 271, julio-agosto de 1961

NO MUCHO DESPUÉS

No mucho
después del principio del tiempo
hacia las nueve
de una no demasiado calurosa
noche de verano
en la puerta
de la NUEVA PISA
bajo la olvidada
cabeza en yeso de DANTE
esperando por una mesa
y observándolo
Todo
había un hombre con un espejo por cabeza
lo cual parecía muy normal
excepto que
le sobresalían orejas verdaderas
y que tenía un cartel
donde se leía
UN POEMA ES UN ESPEJO QUE CAMINA POR UNA EXTRAÑA CALLE
pero de cualquier modo
como estaba diciendo
no mucho después del comienzo
del tiempo
este hombre que era todo ojos
no tenía boca
Lo único que podía hacer era
mostrar a la gente lo que quería expresar
Y resultó
que él pretendía
ser un pintor
Pero de cualquier modo
este pintor
que no podía hablar o decir nada
sobre lo que él

quería expresar
parecía el pintor más feliz
del mundo entero
detenido allí
observándolo todo
y reflejándolo
Todo
en su enorme
Ojo Hambriento
pero de cualquier modo
así fue que vi reflejadas allí
Cuatro paredes cubiertas de imágenes
de la torre inclinada de Pisa
todas ellas inclinadas en distintas direcciones
Cinco palcos con mesas
Quince mesas sin palcos
Un bar
con un barman que parecía
un campeón de beisbol
con una cantidad de trofeos locales
colgados detrás
Tres camareras de proporciones y rostros diferentes
una grande como un pequeño fox terrier
una del tamaño de un cachalote pequeño
una extraña como un ángel
pero las tres
con los mismos ojos
Una puerta de cocina con un hermano cocinero
de pie ante ella
con los mismos ojos
y alrededor
de ciento sesenta y tres personas que hablaban y se agitaban
y
reían y comían y bebían y sonreían y
fruncían el ceño
y sacudían las cabezas y abrían las bocas llevando a ellas
tenedores y
cucharas y masticaban y tragaban toda clase
de productos
y se acomodaban en sus asientos relajándose quizás y bebían café
y encendían cigarrillos y se levantaban y etcétera

y partiendo
hacia la noche
sin advertir siquiera
al hombre de la cabeza de espejo
bajo la olvidada
cabeza de Dante
mirando
a todos
con los mismos ojos
como si aún estuviera buscando
Por Doquier
a su perdida Beatrice
pero con apenas un toque
de diabólico lapiz de labios
en la misma punta
de su nariz.

LAWRENCE FERLINGHETTI

Traducción de Alberto Girri y William Shand

SUR, Nº 254, septiembre-octubre de 1958

EL TARDÍO MILAGRO

Sucede, a veces, que ya al final del sendero
brota una luz que el corazón no espera
de bordado ropaje se engalana la tierra
como en su más temprano florecer.

Venturosa ternura inunda tu alma;
dobla su brillo el universo
como si te aguardaran todavía
meses de sol innumerables.

Solitario y ansioso
el corazón ignora y se pregunta
si es anticipo de esplendor futuro
o la nostalgia de un adiós.

Pero de gracia plena vestirá

aun todo tallo deshojado
y elevará sus preces el corazón henchido
al tardío milagro.

JACOB FIJMAN

Traducción del hebreo de Java Engelsberg

SUR, Nº 153-156, julio-diciembre de 1947

CHAMBRE D'HOTEL

Mientras la triste y plateada luz dominical
se escurría en la lluvia de la tarde
y ensuciaba las piedras grises de la ciudad,
nosotros, el uno junto al otro, sin una palabra
en la isla de guijarros del muelle
en torno al cual gira el Sena henchido,
yacíamos contemplando fijamente un blanco
y desnudo cielorraso: hasta que nos pareció
que habíamos estado siempre enterrados
en ese profundo y mudo esplín.

Cuando por fin traté de tomar
tu mano en la mía, inclinando tu rostro
extranjero hacia mi boca,
saltaste del lecho y te fuiste,
cruzaste el cuarto para asomarte a mirar
a través del vidrio con muselinas de una ventana
el plátano inclinado preguntando
al río lo que tú también preguntabas,
un acertijo sin respuesta
y viejo como la ignominia del mundo.

DAVID GASCOYNE

Traducción de Silvina Ocampo

SUR, Nº 308-309-310, septiembre de 1967, febrero de 1968

MATRIMONIO

Tenemos niños en número de dos.
Generalmente vamos a distintas películas.
Del vivir separados conversan los amigos.
    Pero mis intereses y los suyos
    todavía se tocan
    siempre en los mismos sitios.
    No sólo el problema de los gemelos para puños.
    También los asuntos del servicio:
    Sostén el espejo.
    Cambiar las lamparillas.
    Ir a buscar algo.
    O conversar hasta que todo se haya conversado.
Dos emisoras que al mismo tiempo a veces
son colocadas en recepción.
¿Debo desconectar?
    Agotamiento finge armonía.
    ¿Qué nos debemos? Eso.
    Algo de que no gusto: tu pelo en el inodoro.
Pero tras once años aún bromas sobre el caso.
Ser una carne a fluctuantes precios.
Económicamente pensamos en centavos.
En la oscuridad me lo crees todo.
Cardar y retejer.
Dilatada precaución.
Dar las muchas gracias.
    Repórtate.
    Tu césped frente a nuestra casa.
    Ahora estás nuevamente irónico.
    Ríete del asunto.
    Pero lárgate, si puedes.
    Nuestro odio es estable como el tiempo.
Mas distraídos, algunas veces, somos tiernos.
Hay que firmar
los certificados de los niños.
    Nos evadimos del impuesto.

Sólo pasado mañana es término.
Tú. Sí, tú. No fumes tanto.

GÜNTER GRASS

Traducción de Norberto Silvetti Paz

SUR, Nº 296, septiembre-octubre de 1965

VIENTO

Estos labios
son viento. Ningún nombre
puede contener sus límites. El polen emigra
a su través, la rosa destruye su círculo.
Lo sentimos llegar en las hojas,
en los ríos, como si lentamente
respirásemos.
Los árboles
lo poseen y queda dividido en múltiples ramas
de aire: los frutos que vemos inmóviles
son su peso.

Por las ropas separadas y abiertas regresa
todos los días
a lo largo de nuestros brazos.
La arena dibuja sus contornos junto al agua
y sobre las ondas permanece repetida
su presencia. Existe en la sangre,
en el movimiento de las simientes,
cuando en la tierra sentimos descender
su atmósfera vertical. Después, próximo a las nubes
o en cada vuelo, camina hacia nosotros
y nos entrega, a través de los labios,
la primera palabra.

Reunidos en el tiempo
somos árboles
irguiendo un destino
que el viento continúa.

Un rumor apenas
crece por las hojas
donde la savia describe
la presencia de la tierra.

No tenemos un centro.
Distribuimos los gestos
en los múltiples caminos
de todas las raíces.

Después, por las ramas
aparecen los frutos:
margen circular
de manos todavía inmóviles.

ARÚSPICE

Amor mío, las entrañas de las víctimas conservaron
su enigma,
en los altares el fuego se apagó lentamente;
tal vez ya no vengan las palomas, como antes,
a alimentarse de palabras en nuestras manos erguidas.

Los cometas pasaron por el cielo, mas la memoria olvida
la huella de la sangre que nos deja su brillo.
La arena secó los ríos, las nacientes,
en tanto sólo el tiempo prolonga nuestra esperanza.

Junto a nosotros la rosa fue apenas su trazo de ceniza.
Una criatura nace para siempre coronada de espinas,
y nuestros brazos se volvieron al fin vastos
y más puros
para elevarnos, amor, en cada cruz un hombre.

I

Con este poema dibujo un árbol. Éstas son
las raíces. Mas el poema nacerá libre y diferente.

II

Dentro del polen, bajo nuestro deseo,
una palabra permanece inmóvil, sin tocar
los labios. Apenas habitará la memoria.

DÍA

Cada estrella abandona en tu cuerpo
la misma luz a la que siempre regresas

FERNANDO GUIMARÃES

Traducción de Federico Gorbea

SUR, Nº 153-156, julio-diciembre de 1947

MIS SUEÑOS SON DE UN CAMPO MUY LEJANO

Mis sueños son de un campo muy lejano
entre la sangre, el humo y los disparos:
allí están mis amigos en sus tumbas
pero yo en mi sepulcro no me encuentro.

Conocí los oficios de los hombres
yo también aprendí la lección simple;
mas cuando yo olvidé y corrí, sólo ellos
rememoraron y permanecieron.

A. E. HOUSMAN

Traducción de Silvina Ocampo

SUR, Nº 2, otoño de 1931

YO TAMBIÉN...

Yo también canto América.

Soy el hermano oscuro.

Me hacen comer en la cocina
Cuando llegan visitas.
Pero me río,
Y como bien,
Y me pongo fuerte.

Mañana
Me sentaré a la mesa
Cuando lleguen visitas.
Nadie se animará
A decirme
"Vete a la cocina"
Entonces.

Además, verán lo hermoso que soy
Y tendrán vergüenza—

Yo también, soy América...

NUESTRA TIERRA

Deberíamos tener una tierra de sol,
de lujoso sol,
Y una tierra de agua fragante
Donde la tarde es un pañuelo suave floreado
De rosa y de oro,
Y no esta tierra
Donde la vida es fría.

Deberíamos tener una tierra de árboles,
De altos, espesos árboles,
Agobiados de loros charlatanes
Brillantes como el día
Y no esta tierra donde son grises los pájaros.

Ah, tendríamos un país de alegría,
De amor y alegría y vino y canción,
Y no esta tierra donde la alegría está mal.

EL NEGRO HABLA DE RÍOS

He conocido ríos...
He conocido ríos antiguos como el mundo y más antiguos que la fluencia de sangre humana por las venas humanas.
Mi espíritu se ha ahondado como los ríos.

Me he bañado en el Eufrates cuando las albas eran jóvenes,
He armado mi cabaña cerca del Congo y me ha arrullado el sueño,
He tendido la vista sobre el Nilo y he levantado las pirámides en lo alto.

He escuchado el cantar del Mississippi cuando Lincoln bajó a New Orleans,
Y he visto su barroso pecho dorarse todo con la puesta del sol.

He conocido ríos:
Ríos envejecidos, morenos.
Mi espíritu se ha ahondado como los ríos.

LANGSTON HUGHES

Traducción de Jorge Luis Borges

SUR, Nº 275, marzo-abril de 1962

EL DIOS ABANDONA A ANTONIO

Si de pronto en la hora de medianoche oyes
pasar una caravana invisible
con desusadas músicas, con voces
no deplores inútilmente
tu suerte que nunca te abandona, las obras
tuyas que fracasaron, los proyectos
de tu vida que resultaron todos ilusorios.
Como de tiempo preparado, resuelto,
despídete de Alejandría que te deja.
Ante todo no te sonrías, no digas
que fue un sueño, que fue ilusión de tus oídos,

no aceptes esas vanas esperanzas.
Como de tiempo preparado, resuelto,
como conviene a alguien digno de tal ciudad,
a la ventana, con firmeza, acércate
y escucha emocionado —pero no
con las súplicas y lamentos de los cobardes—
esos sonidos como un goce último,
los suavísimos instrumentos
de la recóndita caravana,
y despídete de ella, la Alejandría que dejas.

LAS VENTANAS

En estos sombríos cuartos, donde paso
días abrumadores, arriba abajo doy vueltas
para encontrar ventanas. Cuando se abre
una ventana es un consuelo.
Mas las ventanas no se encuentran,
o no puedo encontrarlas. Y, tal vez,
es mejor que no las encuentre.
Tal vez la luz será un nuevo tormento.
¡Quién sabe cuántas nuevas cosas mostrará!

MUY RARAMENTE

Es un anciano. Fatigado, agobiado,
golpeado por los años y por la corrupción,
caminando en silencio cruza la estrecha calle.
Y cuando entra en su casa para esconder
su decrepitud y su vejez, medita
en la parte que aún le queda de la juventud.

Los jóvenes ahora dicen sus versos.
Por sus ojos vivaces cruzan sus fantasmas.
Su sana y voluptuosa mente,
su esbelta y bien tramada carne,
con sus elogios de la belleza se conmueven.

CONSTANTINO KAVAFIS

Traducción de Norberto Silvetti Paz

SUR, Nº 93, junio de 1942

MOTIVOS DE "MIRA CELI"

I

¿Quién viene allí? ¿Es un hombre? ¿Es el viento? ¿Es un fantasma?
¿O es el velero que vuelve de su viaje al mar?
El inesperado ser arrastraba un ala,
tenía los ojos cubiertos de rocío,
su voz era de ola indómita,
todo él venía recubierto de algas,
con peces en las manos, corales en los cabellos,
embriagado o loco, febricitante o payaso.
Aun siendo hermano de los pescadores,
éstos no lo reconocieron.
El inesperado ser era como un náufrago en la tierra.
Las criaturas de Dios retrocedieron medrosas:
—¿Quién eres tú? ¿Un demonio marino o un cisne?—
Iban a crucificarlo en un peñasco del mar.
—Soy hombre, imagen de Dios: soy poeta.
Bajo esta figura humana mis hombros son de roca
y mi cabeza es una vela de barco.
Soy así para resistir,
para no morir,
para salvaros.

II

Nunca fui más que una cosa híbrida,
mitad cielo, mitad tierra,
con la luz de Mira Celi dentro de las órbitas.
Hasta dónde llega la dulce bóveda divina, no sé;
pero siento muchas veces mis pies pisando nubes,
y en la boca un horrible sabor de tierra putrefacta.

Soy, por tanto, escoria de este fuego primitivo.
Basta mirar mis contrariedades

para reconocer que una estrella candente
se destroza dentro de mi destino.

Soy, como véis, un mestizo de Satanás
Y de Eva redimida.
Y donde podría descansar las manos: sobre una constelación,
me las quema el fuego estelar, iluminando mi desnudez.

Pero no me salvéis, ¡oh, vosotros que inventáis grandes reformas
para mejorar el mundo!
Prefiero ser este celeste contrahecho,
poseer estos harapos de Rey Nostálgico
y este hígado golpeado, y estos ojos
con sus pobres cristales trastornados.
Prefiero que no me salvéis, grandes reformadores,
ni que os compadezcáis de mis andrajos,
que otrora fueron esplendente desnudez,
ni que os apiadéis de esta torpe humildad,
pues esto es un resto del orgullo que me perdió.

III

Reposa allí, perfecta y casta, como si estuviese durmiendo,
geométricamente envuelta en su manto talar.
Y ahora que el crepúsculo llegó, vense bien sus alas quietas,
dos a dos dobladas, como las hojas del Antiguo y Nuevo Testamento.
Ya hay luz entre los dedos, y levitaciones imperceptibles
tienen suspenso en el aire un hilo invisible preso a su frente y perdido en el espacio.
Mas, de súbito, ¡qué bramido marino empezó a brotar de su frente lívida!
¡Y qué vuelos vienen a anidar en sus oídos y en sus labios!
¡Qué pensamientos reposados empiezan a afluir lentamente en los párpados,
y relampaguean un instante sobre el cristal del espejo!
Una hora después, algunos signos se vieron huyendo de sus pies:
¡era la sombra de sus pasos transformada en polen!
Sus pies ahora saltan mares, islas y abismos helados,
indiferentes a los espíritus de las tinieblas, que bufan como caballos asfixiados,

indiferentes a algunas caras de asombro reflejadas sobre las nieves
eternas.
Notemos ahora, entre la prez que la circunda
y las manos, totalmente iluminadas, que los brazos están ausentes u
ocultos.
La distancia entre las trenzas mortuorias
y su cuna primitiva, vuelve a empezar desde ayer;
mas como el aspecto del ataúd muda de momento a momento
y la instantánea es imposible con estos ojos nublados de lágrimas,
y con el rapto parcial unas tres horas después,
la posición a tomar entre Orión y Andrómeda,
me trajo, ha siglos sin fin, fragmentos de su ausencia inquieta:
primero, la paz que me fue devuelta,
y después, la luz que Dios me dio para verla dormir sin fundirse en la
materia.
Sus ojos se diluyeron en una u otra visión de algún santo poeta,
y este deseo de fraternidad que nos une, ¡oh, compañeros!,
es el soplo de su adiós, que aún vaga sobre la tierra.
Ved que todo se levita y transforma en esta joven difunta,
o bella durmiente, ondina celeste, medusa de astro,
o simplemente en este hambre de Eternidad.

JORGE DE LIMA

SUR, Nº 277, julio-agosto de 1962

UNA LÍNEA FUGITIVA

La dulzura de la lluvia está en el viento,
los elididos fragmentos de Shelley constelan el espíritu;
junto con el de Kafka: "por cualquier otra ruta
habría llegado al castillo". Así como
algunos añicos que Shakespeare disputara,
ambiguas dádivas de James o Jones
que un limitado océano de pensamiento acumula
sobre blancas playas donde el alma parece sin límites,
como el hombre, extravagancia de la creación.
Frases desechadas a causa de un troqueo
oscilantes como corchos en las márgenes de la corriente

pueden indicar las profundidades donde el atrapado yambo
resplandece:
o una línea fugitiva entre tales fragmentos
se remonta para siempre, como el Ave del Paraíso.
Me hace feliz descortezar el mundo cual una frase
redondeada en el negro manuscrito de Dios,
recordada, pero abandonada por otra más hermosa,
como para la humanidad esa alternativa de Dios,
que sin embargo es nuestro anhelo. Y precavidamente conservamos.

PEÁN O CORIAMBO IMPERFECTO

El mar
derramándose
sin dañar
pasado el puerto
es aún el
amenazante
tirano de los antiguos
que los
ahogados
conocen.

ALGUNA ESPADA POR MÍ

"¿Pero yo viviré cuando tú estés muerto y condenado",
le dijiste a Chesterfield, Chatterton?
Oh, Chatterton, Chatterton, empuña
en tu infierno o tierra crepuscular
alguna espada por mí, roba algo con qué defender
mi pobre espíritu: y si no hay espada, un escudo
es lo mismo. Quiero ese espíritu ya cicatrizado,
aunque trunco, que es el tuyo, y
mi amor también ha muerto, marchóse hacia un lecho de muerte
bajo los sauces. Oh, Chatterton, grito
que te compadezcas de la piedad que por mí siento,
de mi falta de genio y de lo que escribo entre dudas;

encontrémonos en tu oscura ciudad métrica,
antes de que enmudezca; y me condene; y muera.

MALCOM LOWRY

Traducción de César Magrini

SUR, Nº 153-156, julio-octubre de 1947

PLEGARIA PRENATAL

Yo no he nacido aún; oh, escuchadme.
No permitáis que el murciélago chupador o la rata o el armiño o el
vampiro de pie torcido se me acerquen.

Yo no he nacido aún, consoladme.
Temo que la raza humana me emparede entre altos muros,
me dope con fuertes drogas, me seduzca con hábiles mentiras,
me torture en negros aparatos, me sumerja en baños de sangre.

Yo no he nacido aún; proporcionadme
agua que me acaricie, césped que crezca para mí, árboles
que me hablen, cielo que me cante, pájaros y una luz blanca
detrás de mi mente para guiarme.

Yo no he nacido aún; perdonadme
por los pecados que en mí cometerá el mundo, por mis palabras
cuando él hable por mí, mis pensamientos cuando piense por mí,
mi traición engendrada por otros traidores detrás de mí,
mi vida cuando asesinen mediante mis manos,
mi muerte cuando me vivan.

Yo no he nacido aún; ensayadme
en los papeles que debo representar y las frases que debo decir cuando
los viejos me sermoneen, los burócratas me amenacen, las montañas
me frunzan el ceño, los amantes se rían de mí, las olas blancas
me induzcan a la locura y el desierto me llame
hacia la perdición y el mendigo rehuse
mi óbolo y mis hijos me maldigan.

Yo no he nacido aún; oh, escuchadme,
no permitáis que el hombre que es una bestia o que cree ser Dios
se me acerque.

Yo no he nacido aún; oh infundidme
la fuerza contra los que quisieran helar
mi humanidad, obligarme a ser un autómata letal,
convertirme en el diente de una rueda de una máquina, una cosa
con cara, una cosa; contra todos los que
quisieran disipar mi integridad, soplarme
como un villano aquí y allí
o acá y allá, derramarme
como agua en el hueco
de las manos.

No les permitáis convertirme en piedra, y no les permitáis derramarme.
Si no, matadme.

LOUIS MACNEICE

Traducción de J. R. Wilcock

SUR, Nº 3, invierno de 1931

PETIT, EL POETA

Simientes en una vaina seca, tic, tic, tic,
Tic, tic, tic, como una discusión entre insectos—
Yambos desfallecidos que la fuerte brisa despierta—
Pero el pino hace una sinfonía con ellos.
Triolets, rondeles, villanelas, sextinas,
Baladas a docenas con el mismo viejo argumento:
Las nieves y las rosas de ayer se han desvanecido,
Y qué es el amor sino una rosa que se marchita?
La vida a mi alrededor en el pueblo:
Tragedia, comedia, valentía, verdad,
Coraje, fidelidad, heroísmo, fracaso—
Todo eso en el telar y con qué dibujos!
Monte, pastizales, ríos y arroyos—
Ciego toda mi vida a todo eso.

Triolets, sextinas, villanelas, rondeles,
Simientes en una vaina seca, tic, tic, tic,
Tic, tic, tic, qué minúsculos yambos,
Mientras Homero y Whitman rugían en los pinos!

CHANDLER NICHOLAS

Bañándome cada mañana, afeitándome,
Vistiéndome después,
Pero nadie en la vida para alegrarse
Con mi trabajada apariencia.
Caminando cada día, respirando hondo
En pro de mi salud,
Pero la vitalidad ¿de qué me sirvió?
Adelantando cada día la mente
Con meditación y lectura,
Pero nadie con quien canjear sabidurías.
No era un ágora, no era un banco de liquidación
Para lo intelectual, Spoon River.
Buscando, pero no buscado de nadie:
Maduro, afable, utilizable, pero no utilizado.
Encarcelado aquí en Spoon River,
Menospreciado por los buitres mi hígado,
Devorándose solo.

EDGAR LEE MASTERS

Traducción de Jorge Luis Borges

SUR, Nº 3, invierno de 1951

BAJO EL FARO DEL MIEDO

Todavía no es más que un halo impreciso, nadie lo ve, pero yo sé que de ahí brotará el incendio, que va a surgir un incendio inmenso. Y yo, que lo veo con lucidez, deberé escapar como pueda, continuar viviendo como antes. (¿Cómo sigue usted? Vamos tirando ¿y usted?) estragado por el fuego concienzudo y devorador.

Ante mí está un tigre inmóvil. No tiene prisa. Le sobra tiempo. Tiene aquí tarea. Es inexorable.

Cuando un pez de las profundidades abisales, que se ha vuelto loco, nada ansiosamente a seiscientos metros de fondo buscando los pescados de su familia, choca con ellos, les despierta, les interpela uno tras otro:

—Oye, tú ¿no escuchas el agua que corre?

—Y aquí ¿no se oye nada?

—¿No oís alguna cosa que hace: "tse"; no, algo más suave: tschii, tschii?

—Tened cuidado, no moveros, va a oírse otra vez.

¡Oh, Miedo, Dueño atroz!

El lobo siente miedo del sonido de un violín. El elefante tiene miedo del tambor, de los cerdos, de los petardos. Y el conejillo de Indias tiembla mientras duerme.

HACIA LA SERENIDAD

a) el Reino de Ceniza.

Por encima de los júbilos como por encima de los terrores, por encima de los deseos y de las efusiones hay una extensión inmensa de ceniza.

En ese país de ceniza podéis ver el dilatado cortejo de los amantes que buscan a las mujeres y el cuantioso cortejo de las mujeres que buscan a los amantes. En todos ellos se lee una presciencia tal de los goces únicos que demuestra cómo tienen razón que la cosa es evidente y que es preciso vivir entre ellos.

Pero aquel que se halla en el reino de ceniza ningún camino encuentra ya. Mira, escucha. Ningún otro camino encuentra más que el del eterno pesar.

b) la llanura de la leve sonrisa.

Sobre ese reino alto, pero miserable, se extiende el reino elegido, el reino de suave pelaje.

Si en él apareciese alguna cumbre, alguna punta, no duraría mucho.

Pues apenas brotadas desaparecen, cambiéndose en cortos pliegues, los dobleces en un estremecimiento y todo retorna a ser llano.

"Cuando la ola arrolladora encuentra a sus amiguitas, las olas que devuelven, se teje entre ellas un gran zumbido, primero un zumbido, luego poco a poco se hace el silencio y no vuelve a encontrarse ninguna".

¡Oh, país de losas tibias!

¡Oh, llanura de la leve sonrisa!

MI PORVENIR

Alcanzaré para terminar un país de sonrisas
Ya una brisa hecha de caricias me lleva hacia él
Se me invita, está ahí, me esperan, se sabe que llego.

Porvenir, puesto que debes, puesto que vas a invadirme,
Lleguemos a tiempo, escucha, más de prisa, acércate, atráeme,
Porvenir, puesto que debes, puesto que vienes...

LA VIDA DE LA ARAÑA REAL

La araña real destruye a su vecindario digeriéndole. Y ¿qué digestión se preocupa de la historia y de las relaciones personales del digerido? ¿Qué digestión se cuida de guardar todo eso en anaqueles?

La digestión toma del digerido virtudes que este mismo ignoraba, virtudes tan esenciales que, poco después, aquél sólo es podredumbre, cuerdas de podredumbre que es preciso entonces ocultar rápidamente bajo tierra.

A menudo la araña se acerca como amiga. Toda ella es suavidad, ternura, deseo comunicativo, pero su ardor es tan inaplacable, su enorme boca desea auscultar tan ávidamente los pechos del prójimo (y también su lengua es siempre inquieta y ávida), que se hace preciso terminar dejando que se lo trague.

¡Cuántos extranjeros fueron ya engullidos!

En el acto, la araña se desespera. Sus brazos no encuentran ya nada que estrechar. Entonces se dirige hacia una nueva víctima y, cuanto más se revuelve ésta, más se obstina la araña en conocerla. Poco a poco le introduce en ella y le compara con lo que tiene de más que-

rido e importante, y no hay duda que de esa confrontación saldrá una luz única.

Empero, el confrontado se hunde en una naturaleza infinitamente inestable y la unión se corona ciegamente.

HENRI MICHAUX

Traducción de Guillermo de Torre

SUR, Nº 225, noviembre-diciembre de 1953

LA CASA DE LOS ADUANEROS

Tú no recuerdas la casa de los aduaneros
sobre la altura a pico de la escollera:
desolada te espera desde la noche
en que entró allí el enjambre de tus pensamientos
e inquieto se detuvo.

La sudestada azota desde años los viejos muros
y no es alegre ya el sonido de tu risa,
la enloquecida brújula se mueve a la deriva
y el cálculo de los dados ya no vuelve.
Tú no recuerdas ya; otro tiempo
distrae tu memoria; un hilo se devana.

Aún tengo un cabo; mas la casa
se aleja y en el techo la veleta
ahumada gira sin piedad.
Aún tengo un cabo; pero quedas sola
y no respiras aquí en la oscuridad.

¡Oh el horizonte en fuga donde enciende
raramente su luz el petrolero!
¿Está aquí el barco? (Cunde todavía
sobre la rompiente el oleaje...)
Tú no recuerdas la casa de esta
noche mía. Y no sé ya quién va ni quién se queda.

LA ANGUILA

La anguila, sirena
de los fríos mares que el Báltico abandona
para arribar a nuestros mares,
a nuestros estuarios, a los ríos,
que la adversa corriente en profundidad remonta,
de brazo en brazo y luego
de raíz en raíz, afinándose
cada vez más adentro, más en el corazón
del peñasco, filtrando
entre grumos de fango hasta que un día
una luz desde los castaños lanzada
enciende el bullir en estancadas aguas,
en fosos que declinan
desde los despeñaderos del Apenino a la Romaña;
la anguila, antorcha, látigo,
flecha de amor en tierra
que sólo nuestras quebradas y los disecados
arroyos pirenaicos reconducen
a paraísos de fecundación;
alma verde que busca
vida allá donde sólo
muerde la aridez y la desolación,
la chispa que dice
todo comienza cuando parece
carbonizarse, tronco sepultado,
íride breve, gemela
de aquella que engarzan tus pestañas
y haces brillar intacta entre los hijos
del hombre, sumergidos en tu fango, ¿puedes
no considerarla hermana?

BARCAS SOBRE EL MARNE

Felicidad del corcho abandonado
a la corriente
que destempla en torno los puentes derrumbados

y el plenilunio pálido en el sol:
barcas sobre el río, ágiles en el verano
y un rumor estancado de ciudad.
Sigue con los remos el prado si el cazador
de mariposas alcanza con su red
la arbórea sobre el muro en que la sangre
del dragón se repite en el coral.
Voces sobre el río, estallidos desde las orillas
o rítmico escandir de piraguas
en el atardecer que rezuma
entre las cabelleras de los nogales, pero dónde está
la lenta procesión de estaciones,
que fue un alba infinita y sin caminos,
dónde la larga espera y cuál el nombre
del vacío que nos invade.

El sueño es éste: un vasto
inconcluso día que difunde
entre los diques, casi inmóvil su deslumbramiento,
y en cada recodo el trabajo del hombre
y el velado mañana que no horroriza.
Y aún era otro el sueño pero su reflejo
quieto sobre el agua en fuga, bajo el nido
del péndulo aéreo, inaccesible,
era un altísimo silencio en el grito
acorde del mediodía y una mañana
más larga era la tarde, el gran fermento
un gran reposo.

Aquí... el dolor
que resiste es del ratón que hizo saltar
entre los juncos con su metálico rociar
venenoso, el estornino que desaparece
entre los humos de la orilla.
Otro día,
repites. Oh, ¿qué repites? ¿Y dónde lleva
esta boca que bulle de un solo
golpe?
La tarde es ésta. Ahora podemos
descender hasta que la Osa se encienda.

(Barcas sobre el Marne, dominicales, en carrera
en el día de tu fiesta.)

EUGENIO MONTALE

Traducción de Alberto Girri y Carlos Viola Soto

SUR, Nº 113-114, marzo-abril de 1944

EN DESCONFIANZA DE MÉRITOS

¿Más fuertes para vivir, más fuertes para morir
por medallas y lucrativas victorias?
Luchando, luchando, luchando están contra el hombre ciego
que cree ver,
y no ve que el dominador
fue dominado y que el odio perdió la partida. ¡Oh resplandeciente,
oh firme estrella, oh mar tumultuoso,
flagelado hasta que las cosas pequeñas van
a su antojo: las olas encrespadas
nos hacen conocer las profundidades, a nosotros, los que miramos!

¡Perdidos en el océano antes de haber luchado!
¡Oh estrella de David, estrella de Belén,
oh negro león imperial
del Señor: emblema
de un mundo en pie: uníos al fin,
uníos! Hay la corona del odio, bajo la cual todo es
muerte; hay el amor, sin el cual nadie
es rey; los actos santos santifican
la aureola. Así como el contagio
del morbo engendra el morbo,

así el contagio de la confianza engendra la confianza.
Luchando están en desiertos y cavernas, el uno
junto al otro, en compañías y batallones,
luchando están para que Yo
pueda sanar de mi dolencia. Unos saldrán incólumes del trance,
otros perecerán en él. "¿Será el hombre
realmente un lobo para el hombre? ¿Habremos
de devorarnos los unos a los otros?" El enemigo

no habría podido abrir brecha mayor
en nuestras defensas. El que sirve

de piloto a un ciego podrá aún escapar de él; pero
Job, descorazonado por falsos consuelos, sabía
que nada hay tan peligroso
como un ciego capaz
de ver. ¡Oh vivos que estáis muertos,
que os gloriáis de no ver, oh ínfimo polvo de la tierra
que con tanta arrogancia caminas:
la confianza engendra la fuerza, y la fe
es cosa entrañable! A los que luchan,
hacemos esta promesa,

este voto solemne: "No odiaremos ya
a blancos ni negros, amarillos o rojos, judíos,
paganos o intocables". Pero
no tenemos derecho a hacer
voto alguno. Apretando los dientes, ellos están luchando,
luchando, luchando —a algunos los conocemos y amamos,
a otros los amamos sin conocerlos—, a fin
de que los corazones puedan sentir y no estén ateridos.
Ello habrá de curarme, ¿o bien soy algo
en que ya no puedo creer? Unos

en la nieve, otros entre riscos, en tremedales otros,
muchos o pocos, en grande o en pequeño, están
luchando, luchando, luchando, a fin de que
donde hubo muerte pueda ya
haber vida. "Cuando un hombre es presa de la ira,
movido es por cosas de afuera; cuando defiende
con paciencia, paciencia, paciencia
el lugar que ocupa, acción es y belleza",
baluarte del soldado,
armadura invulnerable
en la lucha. El mundo es el hogar de un expósito. ¿No habremos
de tener alguna vez paz sin tristeza?
¿Sin súplicas de moribundos por
un socorro que no ha de llegar?
¡Oh forma inmóvil en tierra, no puedo
mirarte, y sin embargo es fuerza que lo haga!

Si esas grandes agonías calladas,
todos esos dolores sufridos y esa sangre derramada,
nos enseñan al fin a vivir, tanta
muerte no habrá sido en vano.

¡Oh corazón empedernido por el odio, oh corazón de hierro,
el hierro es hierro hasta que se aherrumbra!
Jamás hubo guerra que no fuese
interior: de luchar tengo
hasta haber vencido en mí lo que
origina la guerra. Pero hasta ahora yo no quería creerlo.
Nada hice en mis adentros,
¡oh crimen de Iscariote!
La belleza es eterna; el polvo,
tan sólo por un tiempo.

MARIANNE MOORE

Traducción de Ricardo Baeza

SUR, Nº 96, septiembre de 1942

LA MUJER QUE PASA

Dios mío, quiero la mujer que pasa.
Su dorso frío es un campo de lirios.
Siete colores tiene su pelo,
¡siete esperanzas su boca fresca!

¡Qué linda eres, mujer que pasas,
tú que me aplacas y me suplicias,
tanto en las noches como en los días!

Tus sentimientos son poesía,
tus sufrimientos, melancolía.
Tu vello suave a hierba fresca
compararía.
Tus brazos locos son cisnes mansos
sordos al viento
viento que silba en la lejanía.

¡Dios mío, quiero la mujer que pasa!

Cómo te adoro, mujer que pasas,
que vienes, vuelves y que me aplacas
tanto en las noches como en los días.
¿Por qué me faltas cuando te busco?
¿Por qué me odias cuando te juro
que te perdía, si me encontraras,
y me encontraba si te perdía?
¿Por qué no vuelves, mujer que pasas?
¿Por qué no llenas la vida mía?
¿Por qué no vuelves, mujer querida,
siempre perdida, nunca encontrada?
¿Por qué no vuelves hacia mi vida,
para impedir que sea desgracia
toda esta pena que siento ahora?

¡Dios mío, quiero la mujer que pasa!
La quiero ahora, sin más demora,
¡la tan amada mujer que pasa!

Por tu martirio,
santo martirio que nunca cesa,
¡Dios mío, quiero, quiero en seguida
a mi querida,
a mi querida mujer que pasa!

Que queda y pasa, que pacifica,
llena de vuelos y de deslices,
que flota leve como corteza,
y como el humo tiene raíces.

VINICIUS DE MORAES

SUR, Nº 274, enero-febrero de 1962

FIGURA DE DANZA

Para las Bodas en Caná de Galilea

De oscuros ojos
Y sandalias ebúrneas
Oh mujer de mis sueños
Ninguna hay como tú entre las danzarinas,
Ninguna de pies tan ligeros.
No te encontré en las tiendas,
En las rotas tinieblas,
Ni en la fuente,
Entre las mujeres con cántaros.

Tus brazos son como el vástago bajo la corteza,
Tu rostro como un río con luces.

Blancos como la almendra son tus hombros,
Como tiernas almendras sin la cáscara.
No te guardan eunucos
Ni rejas de cobre.

Áurea turquesa y plata hay donde reposas.
Una túnica parda, hábilmente trenzada en áureas hebras, ceñiste a tu alrededor,
Oh Nazat-Ikanaye, "Árbol junto al río".
Como un arroyo entre juncos son sobre mí tus manos,
Tus dedos una corriente helada.
Tus doncellas son blancas como guijarros.
¡Su música a tu alrededor!

Ninguna hay como tú entre las danzarinas,
Ninguna de pies tan ligeros.

EZRA POUND

Traducción de Carlos Viola Soto

SUR, Nº 225, noviembre-diciembre de 1953

ANTE EL SIMULACRO DE HILARIA DEL CARRETTO

Bajo suave luna tus colinas,
junto al Serchio muchachas con vestidos
rosados y turquesa, moviéndose ligeras.
Así en tu dulce tiempo, querida; y Sirio pierde
color, se aleja cada hora,
la gaviota agítase en las playas
desoladas. Los amantes van alegres
en el aire de septiembre y sus gestos
acompañan sombras de palabras
que conoces. No tienen piedad; y tú,
prisionera de la tierra, ¿qué lamentas?
Has quedado sola aquí y mi turbación
es la tuya quizá, ira y espanto por igual.
Remotos muertos y más aún los vivos,
mis viles y taciturnos camaradas.

A MÍ, PEREGRINO

Heme aquí de retorno a la tranquila plaza;
en tu balcón flamea solitaria
la bandera de una fiesta ya pasada.
Reaparece, me digo, más sólo ya la edad
que anhela el sortilegio hechiza el eco
de las cuevas de piedra, abandonadas.
¡Cuánto tiempo ya que no responde lo invisible
si como antaño llamo en el silencio!
No estás ya aquí, ya tu saludo
no llega a mí, peregrino. La alegría
nunca se reveló dos veces. Fuerte luz
bate en el pino que recuerda al mar,
vana es también la imagen de las aguas.
Nuestra tierra está lejos, en el sur,
cálida en lutos y lágrimas. Allí,
mujeres de negros chales hablan
a media voz de la muerte,
en los umbrales de las casas.

DIÁLOGO

"At cantu commotæ Erebi de sedibus imis
umbræ ibant tenues simulacraque luce carentum."
Estamos sucios de guerra, Orfeo bulle
de insectos, horadado por los piojos,
y tú estás muerta. El invierno, aquel peso
de hielo, el agua, el aire de la tempestad
fueron contigo y el trueno de eco en eco
en tus noches de tierra. Y ahora sé
que te debía un más hondo consentimiento,
pero nuestro tiempo ha sido furia y sangre:
otros se hundían ya en el barro,
tenían las manos, los ojos deshechos,
aullaban misericordia y amor.
Mas, como siempre, es tarde para amar,
perdóname pues. Ahora grito yo también
tu nombre en esta hora meridiana,
lenta de alas, de cuerdas de cigarras,
tensas bajo la corteza de los cipreses.
Ya no sabemos dónde están tus orillas;
había un camino marcado por los poetas,
junto a fuentes que humean desde precipicios
sobre el altiplano. Pero en aquel lugar yo vi,
de muchacho, arbustos de varas violetas,
perros pastores y pájaros de aire tenebroso
y caballos, misteriosos animales
que tras el hombre van con la cabeza en alto.
Los vivos perdieron para siempre
la senda de los muertos y están solos.

Este silencio es ahora más tremendo
que el que divide, tu ribera.
"Sombras venían ligeras." Y aquí
el Olona corre tranquilo, y ni un árbol
se mueve en su pozo de raíces.
¿O no eras Eurídice? ¡No eras Eurídice!
Eurídice está viva. ¡Eurídice! ¡Eurídice!

Y tú, sucio de guerra aún, Orfeo,
como tu caballo, sin el látigo,
alza la cabeza; no tiembla ya la tierra,
aúlla de amor, vence si quieres al mundo.

CARTA A LA MADRE

"*Mater dulcissima*, ya descienden las nieblas,
el Naviglio golpea confusamente en los muelles,
los árboles se hinchan de agua, arden de nieve;
no estoy triste en el Norte, no estoy
en paz conmigo, ya no espero
perdón de nadie, muchos me deben lágrimas
de hombre a hombre. Sé que no estás bien, que vives
como todas las madres de los poetas, pobre
y justa en la medida de amor
hacia los hijos distantes. Hoy soy yo
quien te escribe." Por fin, dirás, dos palabras
de aquel muchacho que huyó en la noche con su pobre capa
y algunos versos en el bolsillo. Pobre, tan blando de corazón,
lo matarán un día en un lugar cualquiera.
"Ciertamente, recuerdo, fue desde aquel gris andén
de lentos trenes que llevaban almendras y naranjas
hasta las fauces del Imera, río de urracas,
de sal y de eucaliptos. Mas hoy te lo agradezco,
eso quiero, la ironía que pusiste
sobre mis labios, afable como la tuya.
Aquella sonrisa me salvó de llantos y dolores
y no importa si derramo ahora algunas lágrimas por ti,
por los que como tú esperan
sin saber qué. Ah, muerte gentil,
no toques el reloj de la cocina que late sobre el muro,
toda mi infancia pasó sobre el esmalte
de su cuadrante, sobre sus flores pintadas;
no toques las manos, el corazón de los viejos.
Pero ¿es que alguien responde? Oh muerte de piedad,
muerte de pudor. Adiós, querida, adiós, mi *dulcissima mater*."

SALVATORE QUASIMODO

Traducción de Alberto Girri y Carlos Viola Soto

SUR, Nº 153-156, julio-octubre de 1947

A UN CONSCRIPTO DE 1940

Qui n'a pas une fois désespéré de l'honneur,
ne sera jamais un héros.

GEORGES BERNANOS

Un soldado pasó adelante de mí, sobre la nieve recién caída,
Sus pisadas apagadas, su rostro de un gris aterrador;
Y mi corazón se sobresaltó de pronto
Cuando vi a ese espectro de veinticinco años atrás.

Grité ¡Alto! y mi voz tuvo el acostumbrado sonido
Y él lo obedeció como era obedecido
En los enlutados días cuando yo también era uno
En un ejército de jóvenes que marchaban

Hacia lo desconocido. Se volvieron hacia mí y le dije:
"Soy uno de los que fueron antes que tú,
Hace veinticinco años; uno entre tantos que nunca volvieron
Entre tantos que volvieron y, sin embargo, estaban muertos.

Fuimos adonde vas, en la lluvia y el lodo
Luchamos como has de luchar
Con la muerte, las tinieblas y la desesperación;
Dimos lo que has de dar: nuestros sesos y nuestra sangre.

Pensamos que lo habíamos dado en vano. El mundo no fue renovado.
Hubo esperanzas en el hogar e ira en las calles,
Pero el antiguo mundo fue restaurado y volvimos
al campo aburrido y al taller, y a la lucha inmemorial

Entre el pobre y el rico. Nuestra victoria fue nuestra derrota.
El poder fue conservado donde de él se había abusado
Y se dejó a la juventud para que barriera
Las cenizas que los fuegos habían esparcido bajo nuestros pies.

Pero una cosa aprendimos: no hay gloria en la proeza
Hasta que el soldado lleva una insignia de galón manchada;

Hay héroes que han oído la llamada y que han visto
El brillo de una guirnalda ceñida a sus cabezas.

De ellos es la hueca victoria. Están engañados.
Pero tú, mi hermano y espectro si puedes ir
Sabiendo que no hay recompensa, ningún uso seguro
Para todo tu sacrificio, entonces el honor está aliviado.

Luchar sin esperanza es luchar con gracia,
El yo reconstruido, el falso corazón reparado".
Entonces me di vuelta con una sonrisa y él contestó mi saludo
Mientras permanecía firme junto al seto raído, que era como encaje blanco.

HERBERT READ

Traducción de E. L. Revol

SUR, Nº 268, enero-febrero de 1961

INVOCACIÓN

Y vosotros, mares...

I

¿Y vosotros, Mares, que leíais en más vastos sueños, nos abandonaréis una noche a los rostros de la Ciudad, entre la piedra pública y los pámpanos de bronce?

Más anchurosa, oh muchedumbre, en nuestra audiencia sobre esta vertiente de una edad sin ocaso: la Mar inmensa y verde como una alborada al Oriente de los hombres.

La Mar en fiesta sobre sus gradas como una oda de piedra: vigilia y fiesta en nuestras fronteras, murmullo y fiesta a la altura de los hombres —la Mar misma, vigilia nuestra, como una promulgación divina...

El fúnebre olor de la rosa ya no sitiará las verjas de la tumba; la hora, viva en las palmas, ya no acallará su alma de extranjera... Nuestros labios de seres vivientes, ¿acaso fueron amargos alguna vez?

Yo he visto sonreír en los fuegos de alta mar a la enorme cosa

feriada: la Mar en fiesta de nuestros sueños, como una Pascua de hierba verde y como fiesta que se festeja,

Toda la Mar en fiesta en sus confines, bajo su halconera de albas nubes como un dominio franco, como bienes de manos muertas, como provincia de mala hierba que hubiese sido apostada a los dados...

¡Inunda, oh brisa, mi nacimiento! ¡Y que mis favores se vayan hacia el circo de más dilatadas pupilas!... Las azagayas del Mediodía vibran en los portales de la dicha. Los tambores de la nada ceden a los pífanos de la luz. ¡Y el Océano, desde todas partes, pisoteando su peso de rosas muertas,

Sobre nuestras terrazas de calcio levanta su testa de Tetrarca!

II

"...Os haré llorar, ya es demasiada gracia entre nosotros.
"Llorar de gracia, no de pena, dice el Cantor del más bello canto;
"Y de este puro sentir del corazón, cuya fuente ignoro,
"Como de este puro instante de mar que precede a la brisa..."

Así hablaba hombre de mar, andando con cuentos de hombre de mar.

Así alababa, alabando al amor y al deseo de mar,

Y hacia la Mar, de todas partes, ese manar, todavía, de las fuentes del placer...

"Esta es una historia que contaré, esta es una historia que habrá de escucharse;
"Esta es una historia que contaré como conviene que sea contada,
"Y con tal gracia será contada, que no habrá más remedio que regocijarse.
"Ciertamente, una historia que se quiera escuchar, en la despreocupación aún de la muerte,
"Y tal y tal, en su lozanía, en el corazón del hombre sin memoria,
"Que nos resulte como un nuevo favor y como brisa de estuario a la vista de las lámparas de la tierra

"Y de entre aquellos que la escucharán, sentados bajo el gran árbol de la pena,
"Pocos serán los que no se levanten, los que no se levanten con nosotros y no se vayan, sonrientes,

"Hacia los helechos todavía de la infancia y el desplegarse de los cayados de la muerte."

III

Poesía para acompañar la marcha de un recitado en honor de la Mar.

Poesía para asistir al canto de una marcha en el circuito de la Mar.

Como la empresa de dar vueltas al altar y la gravitación del coro en el circuito de la estrofa.

Y es este un canto de mar como jamás fue cantado y es la Mar en nosotros quien lo cantará:

La Mar que en nosotros llevamos, hasta la saciedad del soplo y la peroración del soplo.

La Mar, en nosotros llevando su ruido sedoso de alta mar y la dádiva de su gran frescura por el mundo.

Poesía para aplacar la fiebre de una velada en el periplo de mar.

Poesía para mejor vivir nuestra velada en la delicia de mar.

Y éste es un sueño en mar como jamás fue soñado y es la Mar en nosotros quien lo soñara:

La Mar en nosotros, tejida hasta sus zarzales de abismo, la Mar en nosotros tejiendo sus grandes horas de luz y sus grandes pistas de tinieblas—

Toda licencia, todo nacimiento y todo arrepentimiento, ¡la Mar, la Mar!, a su aflujo de mar.

En la afluencia de sus burbujas y la sabiduría infusa de su leche, en la ebullición sagrada, ¡ay!, de sus vocales —¡las santas hijas!, ¡las santas hijas!—

La Mar misma toda espuma, como Sibila en flor sobre su silla de hierro...

IV

Así alabada, oh Mar, seréis ceñida con una alabanza sin ofensa.

Así invitada, seréis el huésped de quien conviene callar el mérito.

De la Mar misma no se tratará, sino de su reino en el corazón del hombre:

Así como está bien, en el requerimiento al Príncipe, interponer el marfil o el jade
Entre el rostro soberano y el elogio cortesano.

Yo, inclinándome en vuestro honor con una inclinación sin bajeza,
Agotaré la reverencia y el balanceo del cuerpo;
Y el humo todavía del placer ahumará la cabeza del ferviente,
Y la delicia todavía del mejor decir engendrará la gracia de la sonrisa...
Y seréis saludada en tal forma, oh Mar, que habrá de recordarse por mucho tiempo como una recreación del corazón.

V

...Ahora bien, hacía tanto tiempo que yo tenía ganas de escribir este poema, mezclando en mis conversaciones diarias toda esta alianza, a lo lejos, de un gran fulgor de mar — como en linde de bosque, entre las hojas de laca negra, el yacimiento súbito de azur y cielo gema: ¡escama viva, entre las redes de un gran pez cogido por las agallas!

¿Y quién me hubiera sorprendido en mi propósito secreto? protegido bajo la sonrisa y la cortesía; hablando, hablando lengua de extranjero entre los hombres de mi sangre — en el ángulo quizá de un Jardín Público, o bien junto a las verjas fileteadas de oro de alguna Cancillería; el rostro quizá de perfil y la mirada ausente y fija, entre mis frases, en tal pájaro que cantaba su endecha sobre la Capitanía del Puerto.

Porque hacía tanto tiempo que yo tenía ganas de escribir este poema, y con cierta sonrisa en mí le mantenía mi reverencia; totalmente invadido, totalmente investido y totalmente amenazado por el gran poema, como por una leche de madréporas; a su aflujo, dócil, como a la busca de la medianoche, en un henchirse muy lento de las grandes aguas del sueño, cuando las pulsaciones de alta mar tiran con suavidad sobre las guindalezas y sobre los cables.

Y cómo se nos ocurrió encauzar este poema es lo que habría que decir. Pero ¿no basta acaso con encontrar placer en él? Y bien estuvo, ¡oh dioses!, que cuidara de ello antes de que me fuese arrebatado... Ve a ver, hijo, en el recodo de la calle, cómo las muchachas de

Halley, las hermosas visitantes celestes en traje de Vestales, atrapadas en la noche por el anzuelo de vidrio, están prontas a escaparse nuevamente en el recodo de la elipse.

¡Morganática es la Esposa lejana, y la alianza, clandestina!... Canto de esponsales, oh Mar, será para vos este canto: "¡Mi último canto! ¡Mi último canto!, que será canto de hombre de mar..." Y si no fuese este canto, os lo pregunto, ¿qué testimoniaría en favor de la Mar – la Mar sin estelas ni pórticos, sin Alyscamps ni Propíleos; la Mar sin dignatarios de piedra en sus terrazas circulares, ni hileras de bestias albardadas de alas en el filo de los malecones?

Yo me he hecho cargo del escrito, honraré el escrito. Como en la fundación de una gran obra votiva, el que se ha ofrecido a redactar el texto y la noticia; y fue rogado por la Asamblea de los Donantes. como el único que tenía vocación para ello. Y nadie ha sabido cómo emprendió la faena: en un barrio, os dirán, de matarifes de caballos y fundidores –en tiempos de motines populares– entre los toques de queda y los tambores de una alborada militar...

Y por la mañana, ya la Mar ceremonial y nueva le sonríe por encima de las cornisas. Y he ahí que en su página se contempla la Extranjera...

Porque hacía tanto tiempo que tenía ganas de escribir este poema; tenía para ello tal vocación... Y fue tal la dulzura, una noche, de demostrarle su reverencia; y de ceder a él, y tal la impaciencia. Y fue también tal la sonrisa para formar alianza con él... "¡Mi último canto!, ¡mi último canto!... que será canto de hombre de mar..."

VI

Y la Mar vino hacia nosotros sobre las gradas de piedra del drama:

Con sus Príncipes, sus Regentes, sus Mensajeros vestidos de énfasis y de metales, sus grandes Actores de ojos reventados y sus Profetas en cadena, sus Magos pataleantes sobre sus chanclos de madera, con la boca llena de coágulos negros, y sus tributos de Vírgenes andando por las labranzas del himno.

Con sus Pastores, sus Piratas y sus Nodrizas de infantes-reyes, sus viejos Nómades en exilio y sus Princesas de elegía, sus grandes Viudas silenciosas bajo cenizas ilustres, sus grandes Usurpadores de tronos y

Fundadores de colonias remotas, sus Prebendados y sus Mercaderes, sus grandes Concusionarios de provincias de estaño, y sus grandes Sabios viajeros sobre lomo de búfalos de arrozales.

Con todo su ganado de monstruos y de humanos, ¡ah!, toda su criazón de fábulas inmortales, anudando a sus avalanchas de esclavos y de ilotas sus grandes Bastardos divinos y sus grandes hijas de Garañones —una muchedumbre apresurada levantándose en el tramo de la Historia y avanzando en masa hacia la arena, en el primer temblor de la noche aromada de alga marina,

Recitado en marcha hacia el Autor y hacia la boca pintada de su máscara.

•

Así vino la Mar hacia nosotros en su gran edad y en sus grandes plegamientos hercinianos —¡toda la mar en su afrenta de mar, de un solo saque y de una sola tajada!

Y como un pueblo que viniese hacia nosotros, cuya lengua es nueva, y como una lengua que viniese hacia nosotros cuya frase es nueva, trayendo a sus tablas de bronce sus mandatos supremos,

Por grandes agitaciones de humores y grandes intumescencias del lenguaje, por grandes relieves de imágenes y vertientes de sombra luminosa, corriendo a sus esplendores masivos de muy hermoso estilo periódico, y tal en sus grandes fuegos de escamas y relámpagos, como en el seno de las jaurías heroicas,

La Mar moviente que se encamina hacia el deslizamiento de sus grandes músculos errantes, la Mar viscosa en el deslizamiento de su pleura, y todo, en su aflujo de mar, se precipitó hacia nosotros sobre sus anillos de pitón negro,

Enorme cosa en marcha hacia la noche y hacia la transgresión divina...

•

Y fue en el poniente, en los primeros estremecimientos de la noche atestada de vísceras, cuando sobre los templos recamados de oro y en los Coliseos de vieja fundición mellados de luz, el espíritu sagrado se despierta en los nidos de los alucones, entre la animación repentina de la amplia flora parietal.

Y así como corriésemos hacia la promesa de nuestros sueños, sobre una alta vertiente de tierra roja cargada de ofrendas y ganado vacuno, y así como pisásemos la tierra roja del sacrificio, ornada de pám-

panos y especias, como una frente de carnero bajo franjas de oro y alamares, hemos visto ascender a lo lejos este otro rostro de nuestros sueños: la cosa santa en su estiaje, la Mar, extraña, allí, y que velaba su vigilia de Extranjera —inconciliable y singular y sin par— la Mar errante caída en la trampa de su aberración.

Levantando el asa de nuestros brazos con el apoyo de nuestro "Aaah..." hemos tenido ese grito de hombre en el límite de lo humano; hemos tenido, sobre nuestra frente, esta carga real de la ofrenda: ¡toda la Mar humeante de nuestros votos como una cuba de hiel negra, como una gran batea de entrañas y bazofias en los patios empedrados del Sacrificador!

Hemos tenido, hemos tenido... ¡Ah!, decidlo todavía, ¿no fue acaso así?... Hemos tenido —¡y tal fue el esplendor de hiel y de vinos negros!— la Mar más alta que nuestro rostro, a la altura de nuestra alma; y en su crudeza sin nombre a la altura de nuestra alma, todo su despojo vivo sobre el tambor del cielo, como en los grandes muros de arcilla abandonados,

Sobre cuatro estacas de madera, ¡tendida!, una piel de búfalo estacada en cruz.

•

¿...Y desde más alto, y desde más alto ya, no habíamos visto a sabiendas, acaso, la Mar más alta aún?

¿Rostro lavado de olvido en la borradura de los signos, piedra liberada por nosotros de su relieve y de su grano? —¿y desde más alto todavía, y desde más lejos, la Mar más alta y más lejana... inalusiva y pura de toda cifra, la tierna página luminosa contra la noche sin azogue de las cosas?...

¡Ah, qué gran árbol de luz tomaba aquí la fuente de su leche!... ¡Nosotros no hemos sido alimentados con ella! ¡Nosotros no hemos sido nombrados para ese rango! Hijas de mortales fueron nuestras efímeras compañeras, amenazadas en su carne... Sueña ¡oh! sueña en alta voz tu sueño de hombre y de inmortal!... "¡Ah!, que venga un Escriba y yo le dictaré..."

¿Es posible que ningún Asiarca cargado con una orden de fiestas y de juegos haya soñado parejo sueño de espacio y de holganza? Y el hecho de que haya habido en nosotros un tal deseo de vivir a esas alturas ¿no es acaso, ¡oh dioses!, lo que nos calificaba?... ¡No os volváis a cerrar, párpados, sin que antes no hayáis aprehendido el instante de tal equidad! "¡Ah!, que venga otro Escriba y yo le dictaré...

El Cielo que vira hacia el azul gaviota nos restituye ya nuestra presencia, y sobre los golfos embestidos van nuestros millones de lámparas de ofrenda, extraviándose —como cuando el cinabrio es arrojado en la llama para exaltar la visión.

•

Porque tú volverás a nosotros ¡presencia! con el primer viento de la noche,

En tu sustancia y en tu carne y en tu peso de mar ¡oh arcilla!, en tu color de piedra de establo y de dolmen, ¡oh Mar —entre los hombres engendrados y sus comarcas de roble, tú, Mar de fuerza y de laboría, Mar con perfume de entrañas femeninas y de fósforo, con los grandes látigos restallantes de violación! ¡Mar asible en el ardor de los más bellos actos del espíritu!... (Cuando los Bárbaros están en la Corte por poco tiempo, la unión con las hijas de los siervos ¿realza acaso con un tono tan subido el tumulto de la carne?...)

"Guíame, placer, sobre los senderos de toda mar; en el estremecimiento de toda brisa donde se alerta el instante, como el pájaro vestido con su vestimenta de alas... Yo ando, ando un sendero de alas, donde la tristeza misma no es más que ala... Es preciso volver a reconquistar el bello país natal, el bello país del Rey que éste no ha vuelto a ver desde su infancia, y su defensa está en mi canto. ¡Ordena, oh pífano, la acción y esta gracia todavía de un amor que no nos ponga en las manos sino espadas de gozo!..."

¿Y vosotros, qué sois vosotros ¡oh Sabios! para reprendernos? ¡Oh Sabios! Si la fortuna de mar nutre todavía, en su estación, un gran poema fuera de razón, ¿me impediréis el acceso a él? Tierra de mi señorío, haz que entre en él, yo, que no me avergüenzo de mi gozo... "¡Ah!, que venga un Escriba y yo le dictaré..." ¿Y quién entonces nacido de hombre, permanecería sin ofensa junto a mi gozo?

—Esos que, de nacimiento, ponen el conocimiento por encima del saber.

SAINT-JOHN PERSE

Traducción de Lysandro Z. D. Galtier

PURGATORIO DEL INFIERNO

I

y conversaban, en la sombra (y yo, en el lecho, leyendo una novela de
Sollers) ; y hablaban,
en el corredor, y decían, tal vez (esto es algo como:) : mas será, él,
tan contento (porque llegamos así, de sorpresa, de noche, a su habi-
tación, en la sombra) ; y conversaban:
luego Anne reposaba en el sillón; y Françoise (la segunda),
y Odile (y Edith), en mi lecho; y Anne estaba en piyama; y él se
despertó (en su cama) ; (y preguntó: ¿qué quieren?) ;
después trajeron el pizarrón,
con las tonterías de los nombres deformados (y leían, todos juntos,
en voz alta) ;
luego dije a Ollier
que parecía, él, uno de los dos curas del *Chien andalon*; y él
puso una cara triste (y dijo, entonces: ¿pero soy tan anticuado,
entonces?) ; (y el *Chien andalon* es del 29, creo) ; (y Thibaudeau
chillaba: sucede todo como en la novela; claro, en la mía) ; (y Roche
decía: es necesario
apagar la luz, aquí) :
y yo la apagaba, y la encendía, y aún la apagaba,
de nuevo; y dije, en la oscuridad, mas inmóvil:
pero aquí no pasa nada.

II

más allá de aquel purgatorio de jardines (y la luz blanca, y las sillas
de hierro) ; y (aún) más allá de los pájaros moribundos
sobre el césped:
está la *Galerie Vivienne*;
más allá de nosotros, así, existe ese creíble cementerio (como dije) :
tres largas
cajas de postales ilustradas, todas escritas, estampilladas:
todas por leerse.

EDOARDO SANGUINETI

Traducción de Raúl Vera Ocampo

SUR, Nº 153-156, julio-octubre de 1947

CANCIÓN CALLEJERA

"Amad mi corazón una hora, pero mis huesos todo un día... El esqueleto al menos sonríe, pues tiene un mañana; pero los corazones de los jóvenes son ahora el oscuro tesoro de la Muerte, y el verano ha quedado solitario.

Consolad a la luz solitaria y al sol en su tristeza, venid como la noche, pues terrible como la verdad es el sol, y la luz muriente muestra sólo el hambre de paz del esqueleto, bajo la carne como la rosa estival.

Ven a través de las tinieblas de la muerte, como viniste antaño a través del follaje de la juventud, a través de la sombra como la puerta florecida que lleva al Paraíso, lejos de la calle... tú, la ciudad aún por nacer vista por los desamparados la noche de los pobres.

Andáis por los caminos de la ciudad, donde la sombra amenazante del Hombre ribeteada de rojo por el sol como Caín tiene una forma cambiante: esbelta como el Esqueleto, agazapada como el Tigre, con la presteza y la vieja sabiduría del Simio.

El pulso que late en el corazón tórnase el martillo que resuena en el Campo del Alfarero donde construyen un mundo nuevo con nuestros Huesos, y las inmundicias que dejan caer y el clamor durante el día de las rapaces que se alimentan de carroñas... Pero tú eres mi noche y mi sosiego,

la noche santa de la concepción, del descanso, la oscuridad consoladora en que todos los hombres son iguales: el réprobo y el justo, y el rico y el pobre no son ya naciones separadas, sino hermanos en la noche."

Tal fue la canción que oí: ¡pero los Huesos son mudos! Quién sabe si el son era el de la luz muerta que llamaba, de César haciendo rodar cuesta arriba la piedra de su corazón, o la carga de Atlas despeñándose.

EDITH SITWELL

Traducción de Ricardo Baeza

SUR, Nº 153-156, julio-octubre de 1947

SEPARACIÓN

Cuando la noche en cuya profunidad
se funden nuestras mentes y nuestros cuerpos
en vez de unirnos nos divide
con vientos y océanos entre nosotros rompiendo
nuestros sueños separados —

en mis ojos sin párpados que miran
más allá del ascendente y tenebroso terror
tu isla cálida que me responde se extiende
sobre la ola brillante del deseo
lejana como el día.

Aquí donde estoy yaciendo está el ardiente foso
agolpando la mente con sus carbones
y la voluntad contraria a ella
sólo elabora nuevas grietas de oscuridad
a través de sus oscuros alrededores.

Nuestros soles vívidos de felicidad
marchitos por el verano, pierden sus flores;
las manos del ansiado, retenido mañana
se enlazan a las manos de ayer
en un doble dolor.

Las voces presentes y los rostros
extranjeros reflejándose
en su dicha forastera,
yacen perdidos y pueblan un mapa
con nombres de lugares sin sentido.

Para acercarme a ti de nuevo, la tierra
tiene que girar, el aeroplano
volar a través del rutilante espacio,
apurarse los relojes, el escenario tornar
las montañas en una ciudad.

Contra una rueda oprimo mi cerebro,
mi sangre brama a través de una noche de madera,
pero mi corazón no lanza ningún brote
del centro de un silencio
de inmóvil violencia.

Y cuando nos encontremos — las costillas todavía
dividirán el sueño que incluye la carne
y los vientos y los océanos del tiempo
destruirán las islas con sus arroyos
por acompasada que sea nuestra voluntad;

salvo que en la noche giratoria
donde estamos siempre separados
nuestros ojos beban en nuestro mutuo silencio,
inmensurable paciencia
hilada en su secreta luz.

Resguardados por la oscuridad en el quieto centro
del circular terror del mundo,
oh nacimiento tierno de la vida y reflejo
de los labios, donde el amor por fin halla paz
liberado de los errores de la voluntad.

STEPHEN SPENDER

Traducción de Silvina Ocampo

SUR, Nº 113-114, marzo-abril de 1944

DOMINGO A LA MAÑANA

I

Complacencias del batón, y tardío
Café y naranjas en una silla al sol,
Y la verde libertad de un papagayo,
Se mezclan en una alfombra para disipar
El sagrado silencio de los sacrificios antiguos.
Ella sueña un poco, y siente la oscura
Invasión de esa vieja catástrofe,

Como se oscurece una bonanza entre las luces del agua.
Las vívidas naranjas y las brillantes alas verdes
Parecen cosas en alguna procesión de los muertos,
Serpenteando por las anchurosas aguas, sin ruido,
El día es como un agua anchurosa, sin ruido,
Aquietado para que pasen sus pies que sueñan
Sobre los mares, hacia una silenciosa Palestina,
Dominio de la sangre y del sepulcro.

II

¿Por qué dará su dádiva a los muertos?
¿Qué es la divinidad si sólo llega
En silenciosas sombras y en sueño?
¿No encontrará en consuelos del sol,
En fruta vívida y en las brillantes alas verdes, o sino
En los bálsamos y bellezas de la tierra,
Cosas dignas de amor, como la imagen del cielo?
La divinidad tiene que vivir en ella misma:
Pasiones de la lluvia, o humores en la nieve que cae;
Lamentos en la soledad, o indómitos
Entusiasmos cuando la selva florece; huracanadas
Emociones en caminos mojados por las noches de otoño;
Todos los placeres y todas las penas, recordando
La rama del verano y la rama invernal.
Tales son las medidas de su alma.

III

Zeus tuvo en las nubes nacimiento inhumano.
Ninguna madre lo amamantó, ningún dulce país
Dio amplios ademanes a su mítica mente.
Anduvo entre nosotros, como un rey que murmura,
Magnífico, andaría entre sus corzas,
Hasta que nuestra sangre, conjugándose, virginal,
Con el cielo, trajo tal recompensa al deseo que
Hasta las corzas lo divisaron en una estrella.
¿Fracasará nuestra sangre? ¿Llegará a ser
La sangre del Paraíso? ¿Y se parecerá
Toda la tierra que conocemos al Paraíso?

El cielo entonces será más amistoso que ahora,
Participará en el trabajo y participará en el dolor,
Y próximo en la gloria al amor que perdura,
Y no este azul indiferente, que aleja.

IV

Ella dice: "Estoy contenta cuando los pájaros despiertos,
Antes de volar, prueban la realidad
De los nublados campos con sus dulces preguntas;
Pero cuando los pájaros se han ido, y sus calientes campos
Ya no vuelven, ¿dónde está el Paraíso?"
No hay morada para la profecía,
Ni antiguas quimeras del sepulcro,
Ni el áureo subterráneo, ni isla
Melodiosa, donde regresan los espíritus,
Ni un visionario sur, ni nebulosa palmera
Remota en la colina del cielo, que ha perdurado
Como perdura el verde de abril; o perdurará
Como su memoria de pájaros despiertos;
O su anhelo de junio y de la tarde, tocado
Por el agotamiento de las alas de la golondrina.

V

Ella dice: "Pero aún siento en el consuelo
La necesidad de una imperecedera ventura".
La muerte es la madre de la belleza; sólo de ella
Vendrá el cumplimiento de nuestros sueños
Y de nuestros deseos. Aunque desparrama las hojas
Del seguro olvido en nuestros senderos,
El sendero que la pena enferma tomó, los muchos senderos
Donde retumbó la crasa fanfarria del triunfo, o donde el amor
Movido por ternura susurró algo,
Hace que el sauce se estremezca en el sol
Para muchachas que solían sentarse y mirar
La hierba, abandonada a sus pies.
Hace que los muchachos apilen nuevas ciruelas y peras
En desdeñadas fuentes. La muchachas prueban
Y apasionadamente se extravían en las hojas acumuladas.

VI

¿No habrá cambio de muerte en el Paraíso?
¿No cae jamás la fruta madura? ¿Cuelgan las ramas
Grávidas siempre contra el cielo perfecto,
Inmutable, pero tan parecido a nuestra tierra mortal,
Con ríos como los nuestros que buscan mares
Que nunca encuentran, las mismas playas que se alejan
Y que nunca se tocan, con inarticulado dolor?
¿A qué poner el fruto en estas márgenes
o embalsamar las costas con la flor?
Ay de nosotros, que allí usen nuestros colores,
Los tejidos de seda de nuestras tardes,
Y pulsen las cuerdas de nuestros insípidos laúdes.
La muerte es la madre de la belleza, mística,
En cuyo ardiente pecho imaginamos
Nuestras madres terrestres, esperando, insomnes.

VII

Ágil y turbulento, un círculo de hombres
Cantará, orgiástico, en una mañana de verano
Su estentórea devoción al sol,
No como un dios, sino como un dios podría estar
Desnudo entre ellos, como un manantial salvaje.
Su canto será un canto de Paraíso,
Salido de su sangre, volviendo al cielo;
Y en su canto entrarán, voz por voz,
El tempestuoso lago en el que su señor se deleita,
Los árboles como serafines y las retumbantes colinas
Que prolongan el coro mucho después.
Conocerán muy bien la celestial camaradería
De los hombres que mueren y de la mañana estival.
Y el rocío sobre sus pies manifestará
De dónde han venido y adónde van.

VIII

Ella escucha, sobre el agua silenciosa
Una voz que grita: "La sepultura en Palestina

No es el pórtico de los espíritus que se demoran.
Es la tumba de Jesús, donde yació".
Vivimos en un viejo caos del sol,
O en una vieja dependencia del día y de la noche,
O en la soledad de una isla, sin tutela, libres,
De esa anchurosa agua, inescapable.
Recorren los ciervos nuestras montañas y las codornices
Silban en torno sus espontáneos gritos;
Las dulces frutillas maduran en la soledad;
Y, en el aislamiento del cielo,
Al atardecer, bandadas casuales de palomas trazan
Ambiguas ondulaciones cuando descienden
Hacia la oscuridad, con extendidas alas.

WALLACE STEVENS

Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges

SUR, Nº 23, agosto de 1936

CORAZÓN

A Pilar

Ni sabes ni mi nombre,
Corazón que me hospedas,
Me ignoras tanto como
Las regiones salvajes.
Altos llanos de sangre,
Espesuras vedadas,
¿De qué modo venceros
sin causaros la muerte?
¿De qué modo subiros
Arroyos de mi noche
Volviendo a vuestras fuentes,
Arroyos sin pescados,
Pero ardientes y dulces?
Giro alrededor vuestro
Y no puedo abordar,
Son de playas lejanas.
Corrientes de mi tierra,
Me lanzáis mar adentro

Sin ver que soy vosotras,
Y vosotras también,
Mis orillas violentas.
Espumas de mi vida.

Mujer de bello rostro,
Cuerpo envuelto en espacio,
Yendo de sitio en sitio
Cómo has hecho tú para
Entrar en esta isla
Donde no tengo acceso
Y que me es cada día
Mas sorda y más insólita,
Para poner el pie
Igual que en tu morada,
Para alargar la mano
Sabiendo que es la hora
De tomar algún libro
O cerrar la ventana.
Vas de una parte a otra,
Usando de tu tiempo
Como si te siguiese
La mirada de un niño.
Bajo el cielo de carne
Sólo mi corazón
Se agita prisionero
Por salir de su jaula,
¡Si yo pudiera un día
Decirle sin palabras
Que formo como un círculo
En tono de su vida!
¡Por mis ojos abiertos
Hacer bajar a él
Todo el haz de la tierra
Y lo que sobrepasa
Las ondas y los cielos,
Las cabezas y ojos!
No sabría yo al menos
Iluminarle a medias
Como una llama débil
Y mostrarle en la sombra

Aquella que en él vive
Sin asombrarse nunca.

ASIR

Asir, asir la tarde, la manzana y la estatua,
Asir la sombra, el muro y el final de la calle.

Asir el cuello, el pie de la mujer tendida
Y luego abrir las manos. ¡Cuántos pájaros sueltos!

Cuántos perdidos pájaros convertidos en calle,
En sombra, muro, tarde, en manzana y estatua.

Asir cuando ya todo
Se vaya, y con qué manos
Asir el pensamiento,
Y con qué manos firmes
Asir de pronto el día
Por la piel de su cuello
Sostenerlo moviéndose
Como una liebre viva.
Ven sueño, ven, ayúdame,
Tú asirás para mí
Lo que tomar no puedo
Tú, con manos más grandes.

Un rostro junto a mi oído,
Un rostro de espejo, viene
A descansar en lo oscuro.
"Bello rostro, vela, quédate,
Quédate sin alarmarte.
Es un hombre y es su sueño
Los que están cerca de ti,
Haz que penetren los dos
En el bosque de mil leguas
Con todas las hojas bajas
Como pupilas cerradas,
Lugar en donde los pájaros
Bajo sus alas ocultos

Cantan y, al alba, despiertan
Para callarse y mirar.
—Dime: ¿es a ti a quien escucho
A través de este gran sueño,
Cadena blanca de montes
Que me separa de ti?
¿Estoy en la vieja tierra
Con distancias semejantes
A esas líneas de las manos
Que nadie sabe quien une?
—Sobre cada tallo y hierba,
Sobre los peces huidizos
Yo velo y te los preservo
Los salvo para mañana.
Y tú encontrarás también
Para descubrir el mundo
Los insectos, el color
De los ojos y las horas.
—Duerme, te escucho, mirando
Si la tierra sigue ahí,
Si los árboles son árboles,
Si las rutas obedecen
Y si la estrella novicia
Que tú descubriste ayer
Aún brilla en el cielo liso
Y se acerca a nuestro sol.
Duerme, mientras que las casas
En sus pisos y en su fuerza
Cansadas de las edades
En un instante se borran.
El sueño viene a rendirte,
Tu cama se acuerda ya
Un día haber sido cuna.
Que tu mano se abra y deje
Escapar fuerza y flaqueza,
Que tu corazón y mente
Corran al fin sus cortinas,
Que tu sangre se apacigüe
Por favorecer la noche.

FUEGO DEL CIELO

A Pierre Guéguen

I

El rayo separó al hombre de su sombra.
¿Adónde así corréis, buenas sombras sin hombres?

Animales errantes, hocicos, espinazos
¿Sois ese inmenso fuego de zarzales lejanos?

Ríos a la redonda, de qué modo tembláis
En las aguas recosas ¿qué vais a dar a luz?

Peces que vais huyendo sobre las aguas tórridas,
¿Qué habéis hecho, qué habéis hecho del golfo de Florida?

Queda el aire angustiado de gaviotas inmóviles
Su corazón es isla de hielo entre las plumas.

Colonos de uno en uno que avanzaban nadando
Los depositan vivos sobre costas de horror.
—Y quiénes sois los que así habláis
Con esa voz que no es la nuestra
¿Responderás, oh abismo, donde temblaba un rostro?

—He aquí el día llegado, he aquí llegado el día
En que el monte ha cedido a las nubes su altura.
Y mientras más silencio hace la muerte
Los vientos cambian de planeta.

II

Una voz cae de una nube
diciendo: "Llego al momento".
Pero la nube ya se marcha,
Nadie desciende.
Atraviesa el espacio, mudo, un barco de carga
Escondiendo la noche en sus bodegas,

Caer deja en el alba un puñado de sombras
Pero sólo soy yo quien lo apercibe.

De uno a otro lado del mundo
Marchan altivas estatuas
Grandes galopes de mármol
En patrulla por las calles.

"Y tus documentos, transeúnte oscuro.
El brazo vendado y el pecho en ceniza.
Dime si aún quedan vivos en el mundo
—Sombra por sombra, somos, amigo, compañeros
¿No ves acaso que llevamos
El negro anillo de los muertos?

JULES SUPERVIELLE

Traducción de Rafael Alberti

SUR, Nº 259-julio-agosto de 1959

EL FANTASMA

Cuando se apagó la lámpara
y la noche se hizo oscura,
cuando se cerró la puerta
y me quedé aislado,
presentí
que afuera,
alguien había,
de pie en la oscuridad.

Alcancé a oír pasos,
—me pareció—,
cuando en eso llegó
con la brisa nocturna
el dulce tintinear de brazaletes.

Por un instante
me pregunté, y lo deseé,
si debía abrir la puerta.

Un segundo después
vencido por el sueño
lo olvidé todo.

Más tarde, mientras yacía
despertándome a intervalos,
el pensamiento retornó:
Tal vez es algún extraño
calladamente sentado junto a la puerta
en esta desierta noche.
"¿Qué otra cosa podría ser
sino un vano sueño?"
me dije,
tranquilizándome.
Hundido en la quieta noche
desde mi ventana
contemplé las siete estrellas
haciéndome señas
desde los cielos.
"¿Por qué no abandonar el lecho
y encender la lámpara?",
me pregunté.
Pero seguía allí, indolente,
con la lámpara apagada,
y las horas pasaron
en tanto que la puerta
permaneció cerrada.

De pronto levantóse
el viento del sur
trayendo un estremecimiento
en medio del corazón del bosque,
y las hojas
iniciaron un murmullo
como alguien que hablara
en un sueño.
Con intermitencias
el fragante jazmín
caía a través de mi ventana
como desmayándose,
besando todo mi cuerpo
en éxtasis.

Por un instante desperté
hasta que mis ojos se cerraron
exámines.
Como una gota de llanto

derramada en la noche de la separación,
el lucero del alba
brillaba en el Levante.
De golpe
me pareció escuchar
una dolorosa queja elevándose
desde la avenida
de las olorosas acacias,
y la hierba empapada de rocío
tiritar como un
desconsolado.

Cuando por fin abandoné mi lecho
y abrí la puerta
¿de quién era esa guirnalda
de perfumado jazmín
que vi tendida
en el polvo?
Allá, a la distancia,
con los ojos bajos,
como una sombra
de anoche,
en el oscuro bosque,
pude verla: ella,
mi desolada visitante,
desvaneciéndose, una visión
en la neblina
del amanecer.

Desde hoy dejaré abierta
la puerta
durante la noche.
Dejaré encendida en la ventana
mi lámpara.
Desde hoy aguardaré
en la larga vigilia nocturna

el andar de sus pasos
atravesando el sendero del bosque.
¡Ah!, si al menos volviera
una vez más
para encerrar mi corazón
tal como su guirnalda
de fragante jazmín
llena de éxtasis
el aire de la noche.

Buenos Aires, 16 de noviembre de 1924

EL ESQUELETO

Yace, blanqueándose sobre la hierba, el esqueleto de una bestia.
Sus secos huesos blancos —encallecida risa del Tiempo—,
me gritan:
Tu fin, hombre soberbio, es el mismo
que el del ganado que no pasta más,
cuando hasta la última gota del vino de tu vida se haya derramado
la copa es arrojada con absoluta indiferencia.
Y yo grito en respuesta:
Mi vida no es sólo aquella que paga
su lecho y su alimento
con sus huesos en bancarrota, y luego es sustituida.
Jamás podrán mis días mortales contener del todo
cuanto pensé y sentí, gané y di,
escuché y expresé.
¿Acaso fue para detenerse al fin, para siempre,
en un confín de huesos desmoronados,
que a menudo mi mente traspuso los límites del Tiempo?
La carne y la sangre nunca podrán ser la medida
de la verdad que soy yo mismo;
los días y los instantes no pueden desgastarla
a pesar de sus coces;
el Polvo, salteador del camino, no se atreve a despojarla
de todas sus posesiones.
Muerte, me niego a aceptar que tú
no me consideres más que una gigantesca burla de Dios,

una vacía aniquilación construida con todo
el poder del infinito

Chapadmalal, 1924

NO ME INCITES...

No me incites a cargar mi nave con esta deuda,
permíteme alejarme con las manos vacías,
no sea que el precio de amor que temerariamente pagas
revele la pobreza de mi corazón.
No puedo sino amontonar en tu vida los rotos fragmentos de mi pena
y mantenerte despierta en la noche con el lamento de mis sueños
[solitarios.

Es mejor que permanezca en silencio.

Mientras recorría mi solitario camino
te encontré en la penumbra del atardecer.
Casi te pedí que me tomaras la mano
pero al mirar tu rostro tuve miedo.
Vi allí el resplandor de un fuego que yacía
dormido en el fondo del oscuro silencio de tu corazón.
Si en mi delirio lo incendiara
sólo podría arrojar una trémula luz al borde de mi vacío.
No sé qué sacrificio
ofrecer al sagrado fuego de tu amor.
Inclino mi cabeza y me arrastro hacia mi estéril fin
alimentado por el recuerdo de nuestro encuentro.

San Isidro, 20 de noviembre de 1924

RABINDRANATH TAGORE

Traducción del inglés de Alberto Girri

SUR, Nº 263, marzo-abril de 1960

ELEGÍA

Altivo hasta morirse, murió quebrado y ciego
del modo más oscuro, y ya no se volvió,
un afable hombre frío, bravo en su estrecho orgullo

en tan oscuro día. Oh, que al fin pueda siempre
yacer, leve, en la última colina atravesada,
bajo la hierba, amando, y allí reverdecer

entre largas manadas, y ya nunca extraviarse
ni cesar en los días sin cifra de su muerte,
aunque ansiaba ante todo el seno de su madre

que era descanso y polvo, y en el afable suelo
la oscura ley mortal, ciego y sin bendición.
—Que no encuentre descanso, pero sí patria y sitio —

rogué en su humilde cuarto, junto a su lecho ciego
en la callada casa, bordeando el mediodía
y la noche y la luz. Los ríos de los muertos

inervaban su mano sobre la mía, y vi
tras sus ojos cegados las raíces del mar.
(Un viejo atormentado casi del todo ciego.

Yo no soy tan altivo que no pueda gritar
que Él y él nunca, nunca, de mi mente se irán.
Sólo llanto sus huesos, y escaso, salvo en penas,

él temía, inocente, morirse detestando
a su Dios; pero él era algo que era muy claro:
un afable hombre anciano, bravo en su ardiente orgullo.

Suyos eran los muebles; sus libros eran de él.
Ni aun siendo criatura se sabe que llorase,
ni tampoco esta vez, salvo a su oculta herida.

De sus ojos vi el último destello resbalar.
Aquí entre la luz clara del cielo señorial
un anciano hombre ciego junto conmigo va

transitando los prados del ojo de su hijo
sobre quien mil desdichas como nieve cayeron.
Lloró al morir, al fin, temiendo el son final

de los cielos, el irse del mundo sin respiro:
altivo hasta en llorar, débil para ocultarlo,
y preso entre dos noches, la ceguera y la muerte.

Oh, herida más profunda que todas, que muriese
en tan oscuro día. Y hasta pudo ocultar
el llanto de sus ojos, altivo hasta en llorar.

Hasta mi muerte, nunca de mi lado se irá.)

DYLAN THOMAS

Traducción de Félix della Paolera

SUR, Nº 225, noviembre-diciembre de 1953

LOS RÍOS

Me apoyo en este árbol mutilado
abandonado en esta cavidad
que tiene la indolencia
de un circo
antes o después del espectáculo
y contemplo
el calmo pasar
de las nubes sobre la luna.

Esta mañana me he tendido
en una urna de agua
y como una reliquia
he reposado.
El Isonzo fluyendo

me pulía
como una de sus piedras.

He alzado
mis cuatro huesos
y me fui
como un acróbata
sobre el agua.

Me he acurrucado
cerca de mis ropas
sucias de guerra
y como un beduíno
me he inclinado a recibir
el sol.

Éste es el Isonzo
y aquí mejor
me he reconocido
dócil fibra
del universo.

Mi suplicio
llega cuando
no me creo
en armonía.

Pero aquellas ocultas
manos
que me escurren
me regalan
la rara
felicidad.

He repasado
las épocas
de mi vida.

Éstos son
mis ríos.

Éste es el Serchio

al que acudieron
dos mil años quizás
de mi gente campesina
y mi padre y mi madre.

Éste es el Nilo
que me ha visto
nacer y crecer
y arder de ignorancia
en las dilatadas llanuras.

Éste es el Sena
y en su turbiedad
me he vuelto a mezclar
y me he conocido.

Éstos son mis ríos,
enumerados en el Isonzo.

Ésta es mi nostalgia
que en cada uno
me descubre
ahora que es de noche,
que mi vida me parece
una corola
de tinieblas.

CAÍN

Corre sobre las arenas fabulosas
y es ligero su pie.

Oh pastor de lobos,
tienes los dientes de la breve luz
que aguijonea nuestros días.

Terrores, impulsos,
bramidos de selvas, aquella mano
que destroza como nada encinas viejas,
estás hecho a imagen del corazón.

Y cuando la hora oscura llega,
el cuerpo alegre,
¿eres tú entre los árboles encantados?

Y mientras estallo de anhelo,
cambia el tiempo, te mueves receloso,
con mi paso me huyes.
¡Como una fuente en la sombra, dormir!

Cuando aún está oculta la mañana,
serás acogida, alma,
por una suave onda.

¿Alma, no sabré nunca calmarte?

¿No veré jamás en la noche de la sangre?
Hija indiscreta del hastío,
memoria, incesante memoria,
¿no habrá viento que lleve
las nubes de tu polvareda?

Los ojos me volverían inocente,
vería la primavera eterna.

Y nueva al fin,
oh memoria, serías pura.

LA MUERTE MEDITADA

Hermana de la sombra,
nocturna si la luz cobra más fuerza,
me persigues, oh muerte.

En un puro jardín
a la luz te dio el anhelo ingenuo
y perdióse la paz
sobre tu boca,
muerte pensativa.

Desde aquel momento

te oigo en el fluir mental
ahondando lejanías,
émula sufrida de lo eterno.
Madre venenosa de los evos
en el temor del latido
y de la soledad,

belleza castigada y risueña,
en el sopor carnal
soñadora fugaz.

Atleta sin sueño
de nuestra grandeza,

cuando me hayas sojuzgado, dime:
en la melancolía de los vivos,
¿volará mi sombra mucho tiempo?

EN LAS VENAS

En las venas ya casi vacías tumbas
el ancla galopante anhela,
en mis huesos que hielan la piedra,
en el alma el sordo lamento,
la indomable iniquidad, disuelve:

del remordimiento, ladrido exterminado,
en la inenarrable oscuridad,
terrible clausura,
rescátame y tus piadosas pestañas
de tu largo sueño conmueve;
el rubor tu súbita señal,
madre mente, asome
y vuelva a sorprenderme:
inesperada resurrección,
medida increíble, paz;

Haz, en el paisaje que se cierne, que yo pueda
volver a silabear las ingenuas palabras.

EL ÁNGEL DEL POBRE

Ahora que invade las oscurecidas mentes
la más áspera piedad de la sangre y de la tierra,
ahora que nos mide en cada latido
el silencio de tanta muerte injusta,

que se despierte ahora el ángel del pobre,
sobreviviente gentileza del alma...

Con el gesto inextinguible de los siglos
descienda al frente de su viejo pueblo,
en medio de las sombras.

GIUSEPPE UNGARETTI

Traducción de Alberto Girri y Carlos Viola Soto

SUR, Nº 132, octubre de 1945

DOS POEMAS DE "CHARMES"

I

LA FALSA MUERTE

Humilde, tiernamente, sobre la tumba hermosa,
el insensible monumento,
que de abandonos, sombras y de amor prodigado
forma tu gracia fatigada,
muero, yo sobre ti muero, caigo y me abato;

pero abatido apenas sobre el bajo sepulcro,
cuyo cerrado espacio me invita a las cenizas,
esta muerte aparente, en quien vuelve la vida,
abre los ojos, tiembla, me ilumina y me muerde,
y me llega a arrancar siempre una nueva muerte
aún más preciosa que la vida.

II

EL SILFO

Ni visto ni oído
yo soy el perfume
viviente y difunto
venido en el viento.

Ni visto ni oído,
¿soy azar o genio?
Apenas venido,
labor acabada.

¿Leído, entendido?
Al mejor espíritu
¡cuánto error promiso!

Ni visto ni oído,
el tiempo de un seno
entre dos camisas.

PAUL VALÉRY

Traducción de Rafael Alberti

Galerías de Arte

GALERIA BONINO

PINTURA ARGENTINA
Y EXTRANJERA

Marcelo T. de Alvear 636

JORACI
GALERIA DE ARTE

Primer centro gráfico de difusión internacional de arte argentino

BERNI - FORTE
SCHURJIN - CASTAGNINO
DUCMELIC - GAMBARTES
SOLDI - BRUZZONE

Originales de pintores argentinos

FLORIDA 683 - VIAMONTE 640

IMAGEN
GALERIA DE ARTE

Pintura argentina
Contemporánea

Paraguay 867

RODRIGO CARMONA
GALERIA DE ARTE

EXPOSICIONES Y RESERVA
ARTISTAS ARGENTINOS

Lavalle 375

T. E. 31-2127 - 31-2105

GALERIA VAN RIEL

FLORIDA 659

T. E. 31-1282

ERGON

CENTRO DE ARTE

Exposición permanente de pintura argentina

Tucumán 653 - Tel. 392-3157
Buenos Aires

Librerías Recomendadas

ORLEANS

Libros raros y de Lujo
AMERICANOS - EUROPEOS

Compra y tasación
de bibliotecas

Arenales 1233 - Tel. 41-6149

LIBRERIA - PAPELERIA

SARMIENTO

Novedades literarias
Artículos de Papelería
Impresiones - Fotocopias

Libertad 1214/20

T. E. 41-4792 - 9500

Literatura - Historia argentina e hispanoamericana - Política nacional e hispanoamericana Economía - Derecho, etc.

Importación - Exportación

LIBRERIA HUEMUL

Santa Fe 2237 - Tel. 83-1666

LIBRERIA

RODRIGUEZ s. a.

Las últimos novedades en
Libros en Español y en Inglés
Textos - Diccionarios
Revistas Extranjeras y de Modas
Suscripciones
Papelería Comercial y Escolar
CREDITOS
London Card - City Card - Diners

SARMIENTO 835
T.E. 35-8125/6/7
No tenemos sucursales

LIBRERIA

NUEVA VISION

especializada en artes visuales
y ciencias sociales

Libros de procedencia nacional
y extranjeros

(e ntodos los idiomas)

Viamonte 500 esq. San Martín

Librería KIER

Miles de títulos seleccionados entre lo mejor de la literatura universal:

CIENCIA - ARTE - TECNICA - LITERATURA - HISTORIA - FILOSOFIA - PSICOLOGIA - RELIGION CLASICOS - IDIOMAS - VIAJES MUSICA - FICCION - ETC.

Av. SANTA FE 1260
T. E. 41-0507 - 8243
Buenos Aires

Esta edición de 2.500 ejemplares
se terminó de imprimir
el 6 de marzo de 1974
en la IMPRENTA DE LOS BUENOS AYRES, S. A.
Rondeau 3274, Buenos Aires, Argentina.

Hace 32 años la exportación argentina se hizo a la mar Vía Elma.

Las líneas marítimas argentinas iniciaron en 1941 una misión fundamental: conquistar la soberanía comercial marítima. Transportar la exportación nacional. Dar a conocer la producción argentina en todos los mercados del mundo. Aportar divisas para el país.

ELMA cumple 32 años. Ahora es Sociedad Anónima. Sigue mejorando sus servicios. Renovando material. Ampliando sus itinerarios. Apoyando la exportación. Hoy, ELMA puede decir con orgullo que ha cumplido con su misión. Que la seguirá cumpliendo fielmente. Como siempre, en apoyo del trabajo y de la grandeza del país.

EMPRESA
LINEAS MARITIMAS
ARGENTINAS S.A.

ELMA
NUESTRA FLOTA



Télam

Reloj de relojes



Con MAQUINARIA ELECTRONICA A CUARZO, se ha logrado con este reloj una precisión que sólo tolera un margen de error de un minuto por año.
De marcha ininterrumpida aun cuando no esté en uso, resistente a los golpes normales, sólido y elegante. Y respaldado por un nombre famoso en la relojería mundial:

GP GIRARD-PERREGAUX

CUARZO

exacto como el tien

H0008119

S1CJ.15.1.

PRECIO $ 40,—